Fray Mocho

Revista Semanal





Nº. 863

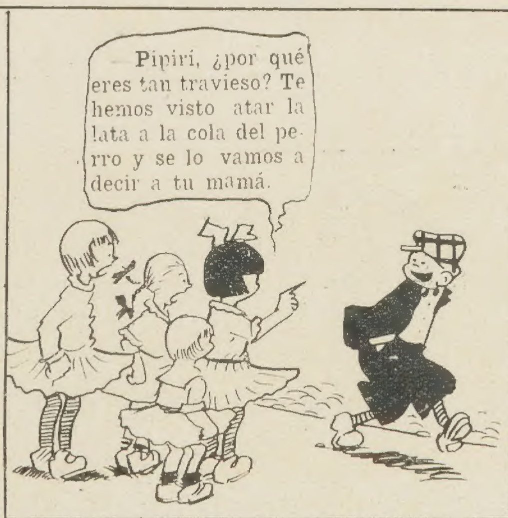
''JANE''

POR LOUIS RHEAD

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI









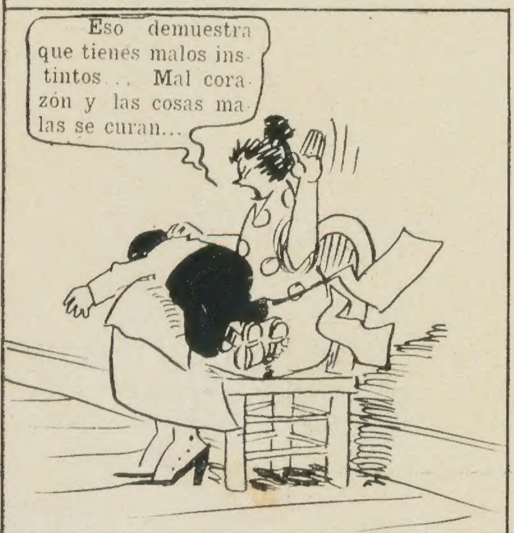






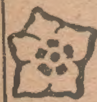












FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, noviembre 6 de 1928 — No. 863

MARTE NO CONTESTA, por Rojas

Forjanio ilusiones vanas,
Quisieron, con artes duchas,
Oír las voces marcianas,
Y los pobres radioescuchas
Se quedaron con las ganas.

HONORARIOS...

Por Arturo Orgaz

(Del libro "La huelga de las Ideas" recientemente aparecido.)

—¿Ismenio Recán? — volvió a preguntar el alcaide mientras fijaba sus ojos impertinentes en el hermano del preso que cuchicheaba con el doctor Belzio junto a la gran piscina de la cárcel.

—Sí, Ismenio Recán, El Lobito, que ingresó hará unos ocho meses —ratificó el abogado.

—Ah, vamos — exclamó el alcaide. — El Lobito, eso sí; lo de Recán no me sonaba al pronto. — Y amablemente invitó: — Pasen, pasen; aquí, en mi oficina, estarán cómodos. — Y luego con imperio, echando medio cuerpo afuera: — A ver, este... oiga, Ramírez, que traigan al procesado Recán; pabellón segundo, celda vigésima quinta. — Y volviéndose al abogado con estudiada amabilidad: — ¿Y qué? Parece que ese pájaro no alzará vuelo, eh?...

—Ciertamente, no — replicó el interpelado — se lo dejan a ustedes hasta... quién sabe... hasta siempre... no sé... tiempo indeterminado... allá se verá... El fallo se produjo ayer y venimos— en este punto señaló a Frigio— con el señor; el señor es hermano...

—Sí, ya lo conozco — afirmó con cierta sorna el alcaide — el señor es conferencista; habla de asuntos sociales... es decir, asuntos de trabajo o algo así... ¿es eso? — preguntó insinuante a Frigio.

—Algo de eso — asintió éste con intención — cosas que interesan solo a los pobres diablos... tonterías... locuras... ideas disolventes...

El alcaide se mordió. Luego dijo al doctor Belzio:

—Tenía que terminar así el asunto ¿no es verdad?... Entiendo que había plena prueba... En fin, cosas de esta desdichada vida — aquí dejó escapar un suspiro en falsete y agregó:—paciencia, qué hacer... No todos han de ser buenos... ¡psche! Ah, ahí viene El Lobito; los dejo con él; no se preocupen del tiempo; hablen no más.— Y con cierto tono mortificante expresó palmeando a Frigio que le miraba con mezcla de extrañeza y de indignación: —Así es, amigo; por muchos motivos se viene aquí como por muchos caminos se va a Roma, según reza el adagio; su hermano vino por... vamos, por sangre... y por... en fin, por codicia; otros vienen o pueden venir — esta última expresión más que pronunciada fué masticada — por agitadores, por enemigos de la paz social; otros, como yo, vienen por vivir; ya ve usted...

Frigio Recán forzó una sonrisa mientras el alcaide se alejaba precipitadamente, pero al mismo tiempo se le crisparon los puños.

Por el pasadizo que conducía a la alcaidía avanzaba El Lobito escoltado por un guardia de rostro fiero y andar rígido. El doctor Belzio componía las expresiones de circunstancias destinadas a servir de amortiguadores al fardo de la mala nueva que portaba. Frigió apenas avistó a su hermano corrió a su encuentro con agilidad fervorosa y espontánea. El Lobito lo rechazó con acritud.

—Sé lo que vienen a decirme— dijo clavando sus bravíos ojos en el doctor Belzio — me condenaron, ¿verdad?

—Tenía que ser, amigo; tenía que ser — exclamó el abogado alzando un poco los brazos y dejándolos caer como de muertos — su situación era, sencillamente, terrible. He agotado todos los recursos de la defensa, he puesto en juego toda mi actividad, pero ya vé... la justicia ha dicho su última palabra... Yo hubiera deseado salvarlo, pero...

—Ya lo esperaba, lo esperaba; usted me ha engañado miserablemente; usted... — iba a proferir una injuria pero se reprimió.

—Ismenio, — gritó Frigio — te olvidas que el doctor ha trabajado por tu causa; que ha sido el único hombre que tuvo palabras de esperanza y de consuelo para nuestra pobre madre; que con sus manos cerró los ojos a nuestro padre...

—Es verdad — profirió con acento acongojado el preso, mas como si una ola de brutalidad hubiera sumergido aquél asomo de gratitud, agregó:

—Bueno, qué diablos; se le pagará lo que ha hecho; él sabía que no trabajaba gratuitamente...

—No seas malo, Ismenio —rugió Frigio — se pagará al doctor sus honorarios de abogado pero jamás se le podrán pagar sus desvelos de amigo, su generosidad de hombre; él pudo limitarse a tu defensa pero hizo más; evitó nuestra ruina defendiendo la casa que habita nuestra madre, de la rapacidad usuraria; participtó de nuestras angustias domésticas más que nuestros próximos parientes, que por horror de tí nos borraron a todos de sus corazones...

—Con defensa o sin defensa me habían de condenar, hay que ser justos: entonces ¿de qué se jacta, doctor?...

—De nada me jacto; sé que he cumplido con mi deber del mejor modo posible... Eso es todo.

—Sí, comprendo y viene a decirme, en suma, que habiendo fenecido el proceso debo abonarle sus honorarios... Sí, señor, se los abonaré; soy un hombre de honor a pesar de todo; se los abonaré. Pero es bueno que sepa, doctor, que el dinero que va a recibir de mis manos es parte del fruto de mi crimen. ¿Le conviene a usted? ¡Estos abogados son nada aprensivos!... ¿Le conviene?... Era ese dinero el que quité de la mano trémula del viejo Fremín, ya agonizante a causa de mis certeros garrotazos... Dinero ensangrentado será su honorario, doctor, ¿le conviene?... Usted viene así a ser partícipe de mi infamia... ¿qué dice usted? ¿Acepta?... Le daré una orden para el bolichero Sanker que me tiene enterrado en seguro mi platita.. Pero mucha reserva, doctor, mire que (oiga bien) nos comprometemos; nos...

—Vivo de mi trabapo y no puedo investigar de donde procede el dinero con que se me abonan los honorarios; ese no es asunto mío, no me interesa.

—¿Ves, Frigio?... — advirtió El Lobito con afectada convicción — el doctor coincide conmigo; no hay que investigar el origen del dinero, por eso yo lo busqué en las faltriqueras del viejo Fremín, que nada me dijo del origen de sus pesotes... Muy bien, muy bien.

—Nada tengo que hacer aquí— exclamó iracundo el doctor Belzio —lo espero, amigo Frigio, allá afuera de la verja, en el coche. — Diciendo esto el abogado se retiró mascullando y accionando agitadamente.

—Has estado injusto y torpe, Ismenio — reconvino Frigio — pero no hablemos más de eso. Quiero hablarte de nuestra madre; es lo único que te queda; la única persona en el mundo que no concibe ni acepta tu condena, que maldice a los jueces como a seres protervos; que te hace una víctima del error o de la infamia de los hombres; que te ve aún puro y bueno cómo en aquellos días de colegial... Ella, la pobrecita, realizó un esfuerzo supremo hoy y abandonando su sillón que es casi una parte de sí misma, se arrastró hasta la sala donde se conserva tu retrato de adolescente y lo cubrió de flores porque, decía ella, es la condenada a la pena de no verte, de morirse lejos de tí, el regalón de los mejores años... Después lloró mucho; tan flaquita

El poema del desierto

I

Iba muerto de sed. La tarde huía
en su corcel de fuego hacia el Poniente
cuando te oí cantar. Tu voz tenía
un trémulo frescor de agua corriente.

Desgreñada palmera proyectaba
la sombra azul de sus encajes sobre
el brocal donde, lenta, se llenaba
de agua y de luz el ánfora de cobre.

En tus crespos cabellos fenecía
la ilusión del crepúsculo escarlata
en un temblor agónico y cobarde,

y en el fondo del pozo se veía
brillar como una lágrima de plata
el lírico lucero de la tarde.

II

—Calma la ardiente sed que me sofoca—
te dije arrodillado y balbuciente...
Y acercando tu ánfora a mi boca
me diste de beber patriarcalmente.

Y te fuiste. En tus rizos se extinguía
la última llamarada del Poniente...
Cantabas al partir... Tu voz tenía
un lejano frescor de agua corriente.

Y no te he vuelto a ver. ¿En qué camino
ofrecerás tu agua al peregrino?
De mi labio febril la sed saciaste;

más ahora, ¿en el brocal de qué cisterna
conseguiré saciar esta ansia eterna
que en el fondo del alma me dejaste?

III

En la paz del desierto solitario
bajo la asfixia y el dolor me pierdo,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

¡Cuántas veces, la sed del labio ardiente
sació una virgen bajo alguna palma;
mas no apagó la sed que por tí siente
la eterna calentura de mi alma!

El eco de tu voz suena en mi oído
mucho más dulce cuánto más perdido...
Y lento y melancólico me pierdo

en la paz del desierto solitario,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

Francisco VILLAESPESA

la pobre no sé cómo pudo arrancar tantas y tan gruesas lágrimas a su dolor...

La emoción temblorosa de Frigio había penetrado hasta los más secretos reductos de la impavidez de El Lobito, que se sacudía como en un estertor y se sorbía silenciosamente algunas lágrimas que su orgullo no pudo sepultar en lo oscuro de su estúpida arrogancia. El guardia, hasta entonces fijado en una postura insolente, comenzó a pasear procurando alejarse de aquel coloquio que amenazaba la integridad de su gesto de cerbero.

—¡Pobre vieja! — murmuró Ismenio como un eco.

—Sí, hermano; ella, ese montoncito de arrugas, de canas y de huesos, me pidió te dijera que te esperaría todos los días, todos, porque no puede creer que se realice tan monstruosa condena; ella confía en que un día u otro, pero pronto, algún juez será iluminado por alguna voz ignota — tal vez la voz de Dios — y que tu proceso tan cruelmente sellado será reabierto y será absuelto y entrarás por la puerta de nuestra casa gritando tu inocencia, medio loco de júbilo, escoltado por los vecinos, estrujado por todos, y no pararás hasta caer a sus pies para que ella te levante hasta su seco pero siempre amoroso pecho... Mira, mira Ismenio — y diciendo esto Frigio extrajo de su cartera un pequeño envoltorio — me dió esto para que te lo alcanzara; es... recuerdas esto, Ismenio?... Mira: dos lápices de tu niñez escolar y un trozo mal conservado de la primera plana que hiciste en la escuela fiscal; esto te manda nuestra madre para que te acompañe en tu soledad: hay en esto algo tuyo, de tu pristina alma, y algo de nuestra pobre vieja que lo ha conservado creyendo que con el andar de los años podría exhibírselo a un señor doctor diciéndole: "Con esto, hiciste palotes; empezaste por esto". Junto con la plana y los lápices te manda este anillo que fué el que nuestro padre la obsequió cuando tú naciste. Ya que no pude ella misma compartir tu condena quiere aproximarse a tí por estas pequeñas cosas, insignificantes en su valor real, pero que han incorporado a su pequeñez y humildad todo el amor de una madre abnegada, y, por eso, son grandes y magníficas como un monumento... Tómalas, tómalas, hombre; guárdalas y es condición que cuando vuelvas a la libertad puedan ellas atestiguar tu retorno a la edad de los nobles entusiasmos, que es la edad en que estás todavía para nuestra madre...

El Lobito, movido por la emoción que le había empujado el brazo, recibió los presentes augustos; los puso un instante bajo sus ojos enrojecidos por ya evaporadas lágrimas; los hizo jugar un instante entre sus dedos chatos y carnudos; contrajo los labios en una mueca de desprecio y estrelló contra el pavimento la plana, los lápices y el anillo, exclamando con acento cavernoso:

—Para qué demonios quiero esto, hombre!... Siempre las madres le vienen con tonterías a uno en los momentos más difíciles; amuletos, cositas, pero... qué me importa de lo que fuí!... Plata, necesito yo; plata, para torcer la verdad, para comprar jueces, para sobornar carceleros, para hacer desaarecer pruebas, para comprar testigos, para todo eso... La que tengo es solo bastante para pagar a ese doctor Belzio, que habrá hecho mucho por ustedes pero nada ha hecho por mí... Plata: l[illegible] demás... ¡bah! estupideces...

—Eres un infame, un maldito, Ismenio!... Te oigo y no sé como no te ahogo: tienen una insensibilidad que aterra; cuenta con que no te veré más...

—Ni falta me hace!... Y vete porque no respondo de mí: eres un infelíz, un histérico metido a idealista... No reniego de mi madre, no, pero me río de sus sensiblerías y ñoñeces... En cuanto a tí, a nadie has muerto por el cuerpo como yo pero todos los días, a cada instante, matas muchos espíritus, desvías muchas conciencias, con tus paraísos de fantoche; eres también un infame aunque en libertad!...

Acudió un empleado a una señal del guardia:

—Señores —expresó con rudeza— me parece haber percibido palabras inconvenientes y les ruego terminen la entrevista.— y dirigiéndose al soldado: —Conduzca al preso a su celda.

Frigio realizaba esfuerzos desesperados por disimular su estado de ánimo:



—Cosas de familia, señor empleado, usted puede hacerse cargo; cosas de que hay que hablar alguna vez aunque sean desagradables... En fin, ya me retiro; buenas tardes.

—Buenas.

Atravesó Frigio el corredor que conduce al cuerpo de guardia, como un fugitivo. Un centinela quiso detenerlo, pero sin resultado. Apareció al fondo del corredor el empleado que puso fin a la desgraciada entrevista y gritó:

—Dejen que salga ese hombre!...

Con esto, Frigio se aproximó a la verja exterior de la penitenciaría y a tiempo que por junto al portal un pelotón de guardias iba de relevo, se dejó caer dentro del coche donde lo recibió el doctor Belzio.

—¿Qué ocurre?... Diga, Frigio, ¿por qué está tan agitado?...

El recién llegado, dominando su angustia, repuso:

—Nada, doctor; es que mi hermano no es un hombre; es un monstruo y tengo miedo de mí mismo porque quién sabe si su abismo moral, al que me he asomado, no está también en mí y lo tengo apenas disimulado con ideales que un día pueden traicionarme...

El doctor Belzio meneó la cabeza y ordenó al cochero:

—Al centro, hasta mi estudio.

Y el coche a poco andar quedó envuelto en nubes de polvo.

—Cuánta tierra, caramba! — exclamó el doctor Belzio.

—Tenemos que cargar con los azares del camino —sentenció Frigio, y luego— ¿no le parece doctor, que cada vida es como un vehículo envuelto en la atmósfera de la senda que se ha elegido?...

—Es posible —replicó distraidamente el doctor.

Por un instante prescindió el uno del otro a pesar de que los barquinazos del coche hacían a veces, entrechocar sus cuerpos. Cada uno se internó en su propio laberinto. El doctor Belzio, cuarentón de vida agitada y versátil, tornó a revistar expedientes intrincados, reducidos sarcófagos de la verdad y de la justicia, del egoísmo y de la patraña; tornó a examinar y recompensar situaciones políticas complejas en forma tal que (¡oh, flaca egolatría!...) siempre oficiaba de eje; tornó a preguntarse por la enésima vez si Victoria Recán, aquella muchachita que hacía tiempo, con sus ojos, con sus risas y con sus promesas de amor, le robaba el sosiego, no valía la pena de renunciar a la vida de botarate que llevaba; tornó a ver a Ismenio, El Lobito, crispado, horrible, esta vez exigiendo larga cuenta del honor de su hermana, y no tuvo fuerzas para reprimir un estremecimiento que era toda una confesión. En cuanto a Frigio, repasó sus incertidumbres repujadas sobre dolor con la misma inutilidad con que el fraile mecanizado repasa su breviario que malreza de memoria; planeó alguna acción idealista sobre escenarios turbulentos; hurgó en su pobreza bruñida y rebelde como si buscara mal cobre de consuelo; cayó, por fin, como sobre parrilla inquisitorial, sobre la terrible hora doméstica y se desvaneció en ella como un estrangulado... Recobrándose murmuró tristemente:

—Espero, doctor, que la actitud de Ismenio...

—Bah, bah! —replicó vivamente Belzio que había olvidado por completo a su acompañante— no sea caviloso, hombre; quién piensa en eso; estoy habituado a la ingratitud; no hay condenado que no vocifere en contra de su defensor; todos creen que uno está obligado a obrar milagrosamente transformándolos en ángeles y a los jueces en topos... Diablo de gente! Pero le repito que no se preocupe y le ordeno que no insista. Por otra parte, Ismenio es para mí un viejo conoccido; un muchacho loco...

—Un muchacho de treinta años!...

—Lo sé; treinta locuras y despropósitos ensartados y en total una vida miserable... Lo sé; no creí que llegara a asesino ni a ladrón; confieso que...

—Yo todo esperaba de él, doctor, —murmuró abrumado Frigio.

—Claro; cuando Ismenio nació, mientras creció y hasta hace diez años ustedes conocieron una vida fastuosa y holgazana; usted sabe...

—Una vida infame, doctor; vivimos siempre del trabajo ajeno; nuestras estancias, nuestros campos, recibían el afán de otros, eran humanizados — así, humanizados — por el sacrificio de otros, de infelices, desheredados anónimos,

y nosotros "administrábamos", es decir, recibíamos lo que no habíamos producido, lo que no éramos capaces de producir; y aquel sudor, aquellas lágrimas aquella porfía con la adversidad, aquel heroísmo oscuro y sin historia, nosotros lo arrojábamos a los vientos de todas las liviandades y de todas las insensateces... Así hasta que murió nuestro padre. Caímos entonces en poder de parientes y consejeros infames; nuestra madre inepta y harto complaciente... en fin, qué puedo decirle que usted no sepa, doctor... ¡Esto es terrible!... Terrible, digo, no la pobreza sino el desastre, porque la pobreza nos ha alcanzado sin abnegación y sin amor en las mujeres; sin altivez y sin energía en los hombres... Y ahora, ya ve: la vergüenza, el hambre y el repudio...

—Cálmese, Frigio. Usted siempre fué hombre de bien; y ya se sabe: la inmensa mayoría de la gente no puede tolerar sin irritación la proximidad de un hombre, pleno, de un hombre fuerte...

—Gracias, doctor!

—Nada de gracias. Mundo del diablo!... No parece sino que la verdad, la justicia, hasta Dios, fueran despreciables cosas del comercio: tanto en votos, tanto en pesos... Puah!... qué asco da la impudicia de nuestra época!...

El doctor Belzio, de reojo miró a Frigio para sorprender el efecto que en él producían sus nobles palabras... Resopló de orgullo comprendiendo que había engañado villanamente a un ingenuo.

—A la izquierda, a la izquierda!... —gritó al cochero. —Número trescientos cinco, un poco más allá!... Alto! Estamos.

—No entra usted, doctor?... Hable a mi madre... Yo no podré...

—Excúseme, Frigio. Tengo un urgente negocio que tratar en el estudio de Pacheco con unos señores forasteros... Excúseme, por favor. Además, le confieso que me duele el trance como si fuera propio... En fin, perdone; mañana, en todo caso,... sí, mañana a las once estaré aquí... Convenido?...

—Se lo agradeceré mucho, doctor; por mi madre... En cuanto a mí...

Frigio penetró a su casa; lo tragó la sombra trágica de un crepúsculo infernal.

Belzio exclamó con imperio:

—Regresemos por la calle Perú!

II

Con las precauciones imaginables, Belzio llegó a su casita de soltero, "estudio privado", como disimuladamente lo llamaba. Una biblioteca de cristales velados, disimulaba comestibles, licores, bombones y vajilla, agazapados como expertos ladrones a la espera de horas íntimas que en sucesión aturdida y cruel corrían al más implicable olvido...

Belzio arrojó su sombrero sobre una mesa; encendió un cigarrillo; trajo de la alcoba contigua un pulverizador con el que esparció por el aire un suave aroma de sándalo; asomóse por los cristales de la ventana que daba al Oeste, nervioso; consultó el reloj, hizo como que meditaba un instante, y, por fin, fué a sentarse al lado de la chimenea, ahogada de pretérita ceniza.

Se abrió la puerta de cancel, tras breve instante. Una vocecita anhelosa y tímida, inquirió:

—Luis, mi Luisito, aquí estoy... Luisito!

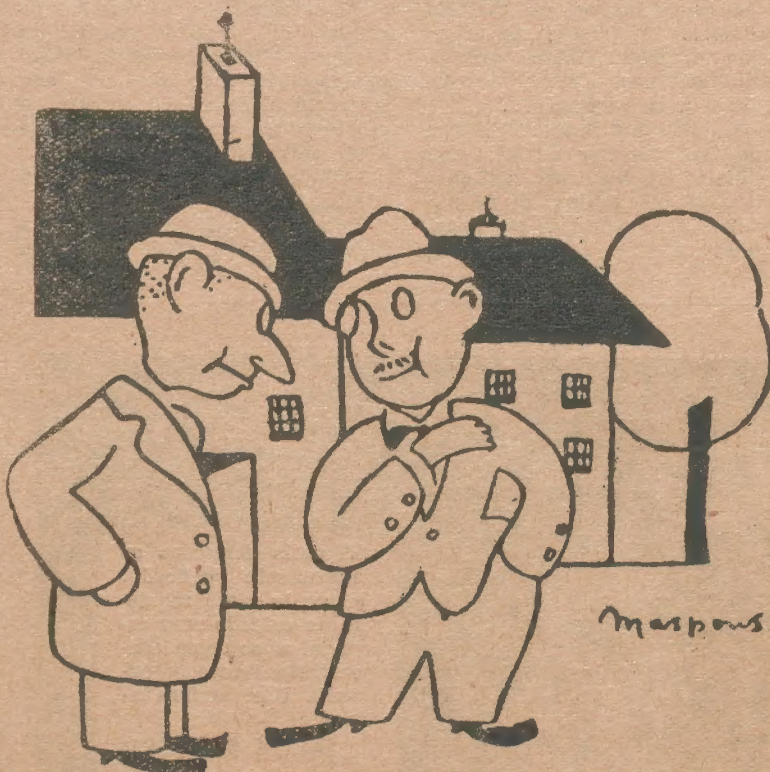
Belzio corrió arrebatado:

—Mi chiquita, mi querida Victorita!... Ven, ven!

mi queridita!... —la arrullaba el muy demonio.

—He dejado a mi madre medio loca... Estuviste con Ismenio?

—Sí. Ya está todo terminado.



—Los actos son los que importan. Las palabras no valen nada.
—Eso depende... ¿Usted ha puesto alguna vez un radiograma?

—Ay, Luisito querido: tengo miedo; déjame volver... Si me amas...

—Que si te amo... —exclamó el seductor poniendo los ojos en blanco y sellando los labios de ella con un beso varaz— Que si te amo!...

—La pobre muchacha estaba aturdida, estaba angustiada.

—He venido porque te prometí,, pero repara que si me quieres, si he de ser tuya para siempre...

—Para siempre, mi chiquita, Pero... olvidemos eso; ahora, el amor... No me amas?... No soy tuyo?... No eres mía?...

—Sí, con toda el alma; pero este sigilo, esta ocultación, esta cita que me hace actuar como una conquista de placer y no como una novia del amor que yo he soñado junto a tí, mi Luis, mi Luisito...

—Amor soñado!... — replicó mordaz Belzio— aun tienes tiempo para soñar?... Vamos, Victorita; sé una muchacha juiciosa y no me vengas con transportes románticos... He leído muchas novelas y ahora no busco un libro sino una mujer...

—No te entiendo —objetó desconcertada la infeliz Victorita— te molesta la delicadeza, y el recato de mi amor... No sé...

—Estamos solos; tus besos furtivamente conquistados por mí, tus ansias de mujer apasionada, me han autorizado a traerte a mi casa para entregarte mi amor, mi desesperado amor que no entiende de los convencionalismos del mundo, y sólo trata de realizarse en una sínteses suprema... La voz del destino nos azuza, el designio misterioso de la creación nos ha puesto al uno en el camino del otro... No soy yo ni eres tú; somos elementos de una fuerza infinita que no admite contradicción ni remordimiento... He ansiado tanto este momento; he esperado tanto tu piadosa generosidad!... Mírame en los ojos y enciéndete en la divina locura de mi amor!...

Belzio había abrazado a Victoria con fiebre simulada, con calculada pasión de vencedor timado. La muchacha resistía vigorosamente:

—No, suéltame. Tus palabras son bocanadas de fuego maligno, fuego de lujuria!... No eres el amado que sueña; quieres ser el amante de una hora loca, el triunfador despreocupado, el dilapidador de una honra tanto más codiciada cuanto mejor escondida al fácil contacto del deseo villano... Suelta, por favor, suelta! Ya no soy tuya, ya no puedo ser tuya, así me mates, Luis!...

Y lloraba la pobre amargamente, lloraba con lágrimas capaces de redimir las mayores culpas...

Belzio ensayó la táctica de la persuasión, de la dulzona lógica. Trajo licores, ofreció pulseras y pendientes, simuló entristecerse y hasta gemir su soledad y su desamparo... Victoria era inaccesible: estaba muy lejos, estaba en la más alta torre de su amor atormentado por la desilusión. Y Belzio, en definitiva, tentó la última estratagema:

—No te apiadas de mí, Victorita mía; no sabes cuánto he luchado, cómo he sufrido, cuánto he arrostrado por salvar a Ismenio! Por tu madre y por tí! Era cosa mía siendo algo tuyo... Crees tú que alguna vez hice cálculo de honorarios? Todo era por tí, por tu felicidad, por tu alegría, por tu nombre, por nuestro porvenir!... Así me pagas!... Ismenio, esta tarde me pagó también con injurias y vilezas... Merezco eso, mi Victorita?...

—Honorarios, dices!... Quieres mi cuerpo, mi pobre cuerpo por concepto de honorarios?... Miserable!... Mátame más bien!...

—Victoria, me has entendido mal! Escucha...

—No, no!. Eres un miserable, el miserable mayor de la tierra!... Déjame!. Déjame ir al lado de mi madre; la pobre vieja no sabe que su hija puede equivaler a honorarios de abogado... Dios mío!... Dios mío, cómo puedes tolerar esto!...

Belzio estaba atónito en apariencia. Sentía agitarse en su alma plebeya el lodo de la rabia impotente.

Victoria sollozaba sintiéndose aislada para siempre en el páramo del desengaño.

—Te invito a reflexionar, Victoria — expresó con falsa sere-

SUAVIDAD

Ha tantos lustros ya que estoy penando,
que al fin con mi penar marcho tranquilo.
Mi perenne dolor es como un filo
que a fuerza de cortar, se va gastando.

Broncá al principio; más hoy casi leda,
pasa mi angustia por los eriales
del mundo y el cilicio de mis males,
en un tiempo de crín, hoy es de seda.

Mi tristeza de ayer, hosca, importuna,
hoy se esconde y esquiva los alardes:
es ya crepuscular, como las tardes,
y mansa como el claro de la luna...

Siempre más tenue, siempre más suave,
el estribillo ingenuo de mi queja
parece una romanza ya muy vieja,
arrancada al marfil de un viejo clave...

Por igual en mis rimas se deslíen
aljófares y lágrimas radiantes
¡y al mirarlos caer como diamantes,
nadie sabe si lloran o si ríen!

Amado NERVO

nidad el abogado — me has ofendido como una...

—Mala mujer, ibas a decir?...

—No, como una ingrata... Como una mujer que no se conmueve ante el enardecimiento de una pasión inmensa... Tú no sabes cómo has penetrado en lo más indestructible de mi vida! Y, cruel, me has rechazado, como a un vulgar perseguidor de tus encantos; me has ofendido como nadie lo ha hecho!

—Nadie te habrá querido tanto! La indignación de una mujer que se siente víctima del más cruel ultraje, no puede ofender al provocador!...

—Es que no me quieres, nunca me has querido! Has jugado conmigo y he sido un estúpido! Tú, Victoria! Tan luego tú!...

—Vine, — afirmó con acento suavizado, amistoso, ella — no como tú parece has creído, atraída por un ardimiento insensato: vine a buscar consuelo paz, un santo amor cordial y comprensivo... Me hubieras besado en silencio, con delicada ternura, con el ansia de beberte en un beso mis indecibles tormentos de hermana, de hija... Me hubieras apretado contra tu corazón, para estrangular el dolor que me anonada... Y te hubiera bendecido: hubieras sido la misericordia de Dios, dulcemente, cálidamente viva en tu generosa pasión de hombre - ídolo... Pero he hallado al frío, al calculador y egoísta catador de honras; he sido atraída a una emboscada, como una de esas infelices que han perdido el derecho ded ser mujeres para conquistar la repugnante condición de carne angustiada, que se lleva y que se trae en la bestial marejada del dolor y el desequilibrio humanos...

Los sollozos la forzaron a interrumpirse.Belzio no pudo más. Con fiero cinismo, batiendo palmas afrentosas, reaccionó furibundo:

—Bravo, muy bien, señorita Recán!..., De un santuario del amor, como es este venturoso rincón de juventud, ha hecho usted inesperadamente un escenario de alta comedia... Muy bien!... Usted no será mi amante, ni mi esposa, (lo oye usted bien?), pero podrá ser la primera actriz de una gran farándula...— Y una carcajada insolente subrayó el sarcasmo

Victoria, horrorizada, se llevó las manos al rostro, maquinalmente.

—Pero has perdido el juicio, qué dices?... Me arrojas de tí villanamente?... Cómo puedes aparecer tan distinto, Luis, al hombre que he amado?...

—Luis?... Cuidado!... — rugió el miserable — Doctor Belzio, señorita Recán, doctor Belzio!... Y guarde usted su honor, su divino recato, si piensa hallar más alto postor... Hace bien, perfectamente bien. Pero no me venga a mí... no me hable de cosas grotescas, no haga brillar ante mis ojos pobres espejos quebradizos y talcos de cenagal... Honor, dice usted?... Honor?... Vaya, qué bueno es eso!... El de su padre, acaso, usurpador de tierras baldías y coimero de tahures?...

—No, no hables así, no seas salvaje, no seas cobarde!... — clamó la muchacha sacudiendo los brazos a su frenético injuriador.

—El de tu madre, tal vez, histérica distinguida, que todos sabemos hubo de abandonar el hogar, a ustedes, a los hijitos, para seguir al opulento secretario de la embajada inglesa?.

—Calla, calla, infame! Mi madre, mi santa madre! Maldito!...

Y una desesperada explosión de llanto contrajo en una mueca atroz el delicioso rostro de Victoria.

—Sí, prosiguió implacable Belzio — y, después, el santo Ismenio! Por él he arrostrado hasta el ridículo en una defensa imposible que me ha enlodado! Ese es el honor que proclamas?... Esa es la túnica sagrada que debe besar tu adorador?...

—Basta, basta! Te lo ruego, ni digas una palábra más!... Ya hemos muerto, el uno para el otro! Basta!...

—Sí, basta, señorita Recán, honorable señorita Recán. He cobrado ya mis honorarios. Hemos terminado. Está usted satisfecha?... Quiere usted recibo?... El honor es bruñida moneda que no siempre tiene curso, sin embargo! Abundan los circuladores falsos de esa moneda... Y no digo más; ni una palabra más.

Convulso, con los labios espumosos, su abundante cabellera revuelta, el gesto fiero, Belzio salió al vestíbulo a pasearse desatinadamente.

Victoria se mantuvo buen rato como aletargada, como ausente de toda realidad. El oprobio gravitaba sobre ella.

Minutos trémulos, minutos hinchados de ira, desprecio y bajeza, se quemaron en la hoguera inextinguible del tiempo. Belzio proseguía sus idas y venidas por el vestíbulo; Victoria no atinaba a abandonar aquella casa de ruindades y traiciones. Ni siquiera sabía cómo ponerse en pie, cómo salir, cómo pasar junto a ese hombre enardecido por el despecho y tormentoso de bestialidad. Ya la noche echaba su rebozo. En cierto instante, Luis se detuvo frente a Victoria. Iba a decir algo, algo que Victoria adivinó.

—Déjame — ordenó ella — me voy.

—Eso iba a decirte; que te vayas; que no vuelva a verte — tronó él, haciendo como que acomodaba unos cuadros del vestíbulo.

Los pasos embarazosos de Victoria, parecían los de un sonámbulo. Arrastró sus pies, mortificados con el plomo de la vileza, hasta la calle... Allí, recordó a su madre, a su pobre madre que como ella, fué juguete de una asechanza perversa... Y marchó a lo largo de la calle que la noche había convertido en un reposorio de tinieblas amorosas, hacia el olvido de sí misma, hacia el calvario del renunciamiento.

En su alcoba, Belzio se dispuso a afeitarse, después de espiar, a través de la ventana, a la primera mujer que no entendía la manera más deliciosa de solventar cuestiones de honorarios.

Y escribió en su diario de soltero: "Hoy 25 de julio, el destino me ha puesto en el camino de la derrota. Una infeliz quería pagarme en besos de matrimonio! Mi culpa consistió en pretender vencer a una Victoria que ya se había vencido a sí misma. Es la primera mujer que no he entendido"...

Un caso demasiado fácil

Por José Santugini

—Soy el detective que ha pedido usted a la Agencia Mundial de Investigaciones — dijo, inclinándose ante mí

—Muy bien. Tenga usted la bondad de sentarse.

Era un individuo alto, flaco y macilento, de unidas y pobladas cejas, mentón pronunciado, nariz prominente y ojos escrutadores. Al sentarse cabalgó una pierna sobre otra, torció aún más el gesto y encendió su cachimba.

—Dígame en qué puedo servirle, caballero.

Le hice relato del suceso. La noche antes me habían substraído de la caja de caudales ocho mil quinientos pesos con cuarenta y cinco centavos sin que nada me hiciera sospechar de una determinada persona.

—Bien — dijo cuando hube terminado—. Voy a hacerle unas cuantas preguntas necesarias para mi trabajo. ¿Es usted casado?

—Sí; soy casado y tengo tres hijos.

—¿Cómo se llama el menor y qué edad tiene?

—Se llama Alberto y tiene tres años.

—¿Se cría bien?

—Sí, señor.

—Me alegro. Dígame, ¿a qué hora se acostó usted anoche?

—A las doce.

—¿Y a qué hora se levantó esta mañana?

—A las diez.

—¿Advirtió usted el robo inmediatamente después de levantarse?

—Inmediatamente. Me extrañó que la caja de caudales estuviera abierta, busqué el dinero que en ella había depositado...

—Y no lo encontró.

—En efecto — dije asombrado de su perspicacia.

—No lo encontró porque no estaba allí, y no estaba allí porque se lo habían robado. La cosa no puede ser más lógica. Ahora sólo nos falta averiguar quién ha sido el ladrón y recuperar el dinero. Logrado esto, mi trabajo habrá concluído. Voy a hacer una inspección.

Ayudado de una enorme lupa que extrajo del bolsillo de su americana, principió a examinar todos los muebles de la estancia, la alfombra y las paredes. De vez en cuando, sin aparente motivo, decía "¡Bien!", o rezongaba '¡Hum!', y proseguía sus investigaciones.

—¿Encuentra algo?

—Por ahora, nada — me repuso—. Seguramente el ladrón es principiante en el oficio y por eso ha realizado todo tan estúpidamente, que no ha dejado ni un indicio, ni una huella. Con hombres así es difícil luchar.

—Dice usted que un hombre...

—¡O una mujer! ¡No me interrumpa! Estoy haciendo deducciones y cualquiera interrupción puede cortarlas definitivamente. El ladrón habrá sido un hombre, una mujer, un niño o un animal amaestrado. No se ría, señor. Sé de muchos casos en que un orangután, siguiendo las indicaciones de su domador... Si yo le dijera... Pero no; más vale que me calle.

—Como usted guste.

—Otra pregunta. ¿Cuántos años tiene usted, señor?

—Treinta y cinco.

—¡Ah! ¡Cómo no se me habrá ocurrido antes!

—¿El qué?

—Eso, que tenía usted treinta y cinco años. Entonces — añadió reflexionando — su esposa tiene veintiocho, ¿no?

—No, treinta y tres.

Me observó coléricamente durante un gran rato, murmuró una frase ininteligible y luego me volvió la espalda.

Y hubo una pausa, que cortó para preguntarme:

—¿Miró usted bien, caballero? ¿Está usted seguro de que miró en todos los departamentos de la caja de caudales? Porque es que a veces cree uno haber perdido una cosa y después resulta...

—Desgraciadamente, en esta ocasión la pérdida ha sido causada por otra persona.

—¿Tiene usted criados?

—Sí. ¿Acaso sospecha usted de ellos?

—¡Pero si es que aun no sé quién es el ladrón!

—También es verdad. Todavía no se sabe nada. ¡Es horrible! Un caso tan vulgar...

—Quizá por eso mismo...

—¡Claro que por eso mismo! Los casos difíciles son los más sencillos, y yo, señor, soy un detective especializado en casos difíciles. Yo fuí quien descubrió el triple asesinato de Villa Alicia y quien capturó al monedero falso Vilary y quien venció tras de larga lucha al llamado Juan, el "Hipnotizador de Cajas de Caudales"... Pero en este asunto... ¡Demasiado fácil, demasiado sencillo!

—¡Vaya, no se entristezca. Al fin y al cabo, ocho mil quinientos pesos no es una cantidad enorme.

Los ojos del detective brillaron.

—Permítame, señor: ¿a usted qué le interesa más, recobrar el dinero o que sea hallado el ladrón? Porque si bien esto último es bastante difícil, en cambio lo otro no tiene dificultad alguna.

—Preferiría recuperar el dinero — afirmé.

—¡Oh! ¡Admirable!

Introdujo la mano en el bolsillo interior de su americana, extrajo su cartera y de ella unos billetes de Banco, que me entregó sonriente.

—Tome usted. Faltan los cuarenta y cinco centavos.

—Es lo mismo, ¡por Dios! Pero... este dinero... ¡Este dinero no es el mío! Yo no puedo consentir que usted, por servirme, se prive de él.

—La Agencia Mundial de Investigaciones no repara en gastos tratándose de complacer a su clientela, caballero. Servidor de usted.

Hizo una reverencia y se fué.

Y ya estaba yo, días más tarde, a punto de enloquecer tras de la explicación de lo sucedido, cuando un recibo vino a calmar mi espíritu y a resolver mis dudas. El recibo decía así:

"Agencia Mundial de Investigaciones. D. José Santugini debe, por el rescate de "ocho mil quinientos pesos" que le fueron substraídos de su caja de caudales, la cantidad de otros "ocho mil quinientos pesos", más "quinientos" por los trabajos de uno de los detectives a nuestro servicio. El impuesto del timbre, a cargo del cliente".

LOS OJOS

Ante un ciego, yo tengo siempre una pena tan grande como la suya. El la siente por no ver su mundo. Y notad cuántos encantos pueden sumarse al natural de unos ojos negros, azules, grises, metálicos o apagados. Poned tras ellos un sentimiento hondo o una idea potente: la pena que aniquila o la dicha que exalta... La mirada de súplica angustiosa de una madre que lima los hierros de la cárcel de la vida y busca lejos remedio para el hijo que se consume de fiebre, y la mirada de la misma mujer, que en un día, en el espasmo de la voluptuosidad, se esconde pudorosa bajo los velos de los párpados que se entornan, como si más allá del amor no hubiese sino el seno de la muerte. Y sobre este mirar, que es mirar de la Naturaleza, contad aún el mirar del espíritu, la vaga caricia, la suave indulgencia, el matiz de piedra, el escepticismo mundano... En el mismo amor, ¡cómo los ojos han aligerado y redimido el peso de la carne! ¡Qué enorme distancia entre el amor de playa y el amor del brasero! ¿Vosotros concebís un "flirt" con los pies? Pues bien: nuestros abuelos flirteaban con los pies. ¡Cuánto más sutil es el tejido por los hilos de la luz y del misterio de los ojos! Promesas de felicidad cambiadas en un minuto. Esa viajera desconocida, cuyo rumbo ignoráis, pero que se ha cruzado un nstante en vuestra ruta, os ha hecho ese divino regalo. "Promesas incumplidas", diréis; mas esas son la gracia y la sal de tales promesas. Y todo merced al milagro de mirar. Los ojos son los únicos sentidos que saben ofrecer en silencio los más apreciables e íntimos tesoros. La mano oprime; la boca besa... Sólo los ojos saben dar sin pedir nada. A través de ellos los espíritus fraternizan y se reconocen hermanos. Cierto que los oídos recogen armonías; pero, ¡qué diferencia entre oír y ver el alma! Además, el alma es casi siempre muda; son intermitentes sus voces de risa o de llanto. Su vida cotidiana es silenciosa y pasiva. No son los arroyos, sino el manantial, lo que más nos interesa, y los ojos alcanzan el manantial. No sólo para ver, sino para ser vistos, nos han sido concedidos. Su nobleza consiste al revés de los otros sentidos egoístas, que valen para aprender las cosas externas. Sin los ojos sería difícil tener noticias del alma, no de la que actúa, piensa, siente o quiere, sino del alma simplemente: la lejana, la augusta, la verdadera, la única, la divina, la dormida en el fondo de los cristales negros, azules o grises... Si la dignidad de los hombres debiera vincularse en algún sentido, fuera en los ojos donde debiera vincularse.

Los ciegos se salvan por su inmensa desgracia, que sería la mayor de todas las humanas si no fuese tan grande la nuestra por no poder verles a ellos el alma... Sus rostros, en sombras, nos dejan una honda curiosidad. ¡Qué cosa tan inquietante esta de no ver las almas humanas! . . . .

V. GARCIA MARTI

Decepción

Un albañil que estaba en constante armonía con el tinto de Mendoza cayó estando trabajando desde un tercer piso, siendo auxiliado inmediatamente por sus compañeros, los cuales, como alivio, le ofrecieron un poco de agua. El desgraciado, después de beber un sorbo, y casi moribundo, les dice fatigosamente a sus amigos:

—¡Ay, mi madre! ¿Desde donde me tendré que caer yo para que me déis vino?

Salvando la situación

El cura de un pueblo encargó a un pintor un cuadro de la cena. Llegó el día de la fiesta, y momentos antes de la bendición del cuadro notó el cura que en vez de doce apóstoles eran trece; y, todo lloroso, se lo comunicó al sacristán quien le dijo:

—No se apure usté, padre, que yo lo arreglaré.

Y debajo de la figura de un apóstol puso este escrito: "Este tipo no es un apóstol; es un convidado que en cuanto cene se irá."

Terapéutica

—Esos dolores que tiene en la pierna izquierda son los años.

—Pero, doctor, los mismos tiene la derecha y no me duele.

Entre ellas

—¡Qué guapo es tu marido, Elena!

—¡Pues si hubieras visto al que consiguió escapar!

Genio y figura

Por Frederic Boutet

—Y esa joven de vestido obscuro y severo, quién es? — preguntó Bernardo Estray a su prima, la señora Devigne—. No la he visto nunca en esta casa. ¡Tiene un aire tan tímido, casi medroso !

—Me asombra y divierte, querido primo, que aquí, donde hay mujeres tan encantadoras, te fijes precisamente en esa personita, linda, sin duda alguna, pero insignificante. En fin, veo que estos cinco años de ausencia no han concluído con tu romanticismo de antes. Voy a presentarte a ella, pero no pretendas hacerle el amor. Es una mujer muy desgraciada. Se casó hace seis años con Eduardo Erchamp, mozo inteligente y rico, que creía quererla. Luego, una existencia horrible... Su marido la tiraniza; es un bruto, un celoso, un déspota... Se dce que ha llegado a pegarle, pero esto me parece excesivo. Lo cierto es que la aterroriza; le prohibe salir sin él y solamente le permite visitar casas que estima seguras, como la mía... Ya llegará, dentro de un rato, para llevársela y torturarla... Mírala; apenas se atreve a levantar los ojos... Cuando está delante de él tiembla... Es su esclava, su víctima ¡Es espantoso!

—¡Sí, sí, es espantoso! — murmuró Bernardo, cuya alma romántica sintió vivo interés por aquella mujer deliciosa e infortunada.

La señora Devigne presentó a Cristina a su primo. Sin osar mirarlo ella respondió suavemente a las palabras banales que él le dirigió cortésmente. Atento a las indicaciones de su prima, él se alejó en seguida y continuó observándola desde lejos. Encontró a Cristina Erchamp cada vez más interesante; hubiera querido protegerla, defenderla, libertarla de las crueldades del marido.

Este apareció de pronto. Era un hombre alto y bien plantado, cuyo rostro, enérgico, no tenía nada de salvaje. Desde su llegada, Cristina no dirigió una sola palabra más a sus amigas. Pocos instantes después ambos se marcharon.

—Ya lo has visto — dijo la señora de Devigne—; ella deseaba quedarse y él la obligó a salir... Ha hecho de ella su esclava... ¡Pobrecita!... ¡Es abominable!

—¡Oh, sí! — dijo Bernardo convencido.

Cuando volvió a encontrarse con Cristina le hizo comprender el tierno interés que le inspiraba. Un día se atrevió a hablarle de su amor. Pero Cristina, sin sentirse ofendida, le repuso aterrorizada:

—¡Déjeme! ¡Tengo miedo!... Si él supiera esto me mataría.

Esas palabras lo inflamaron; soñó actos heroicos, libertadores, profundamente románticos... Cristina, cuando él hablaba, le hacía callar, trémula de angustia. Sin embargo, sintióse atraída por ese cariño, y después de algunas semanas confesó a Bernardo que ella también lo amaba.

Desde entonces Bernardo sintió un odio indestructible por el marido salvaje que torturaba a aquella criatura exquisita, nacida para ser dichosa. Hubiera querido matarlo.

* * *

Una mañana de primavera Bernardo Estray, triste por la ausencia de Cristina, que había partido con su marido para un corto viaje, experimentó la más violenta emoción de su vida cuando, al desdoblar el periódico, leyó: "Grave accidente de automóvil. Ayer, Eduardo Erchamp y su señora..." Bernardo se estremeció, hororizado, pero casi inmediatamente una alegría inmensa le invadió por completo: Eduardo había muerto; Cristina, herida levemente... Imaginó que había saludado con alegría la muerte del marido y sintió vergüenza de su contento. Pero luego volvió a regocijarse, pensando que Cristina era libre y que, por lo tanto, vendría a él. ¡Qué felices serían!

Se casaron un año más tarde. El era dichoso y Cristina parecía compartir aquella felicidad. Sin embargo, pasados unos meses, Bernardo se volvió sombrío y taciturno. Intentó dominarse, quiso aparecer tranquilo, pero no lo logró.

Marido y mujer habían pasado la noche en un baile de máscaras, dado por unos amigos. En el coche, cuando volvían de la fiesta, Cristina estaba, como siempre, alegre y risueña. En cambio, Bernardo guardaba silencio.

Cuando estuvieron en casa, Bernardo dijo a su mujer:

—Quería decirte algo, pequeña. ¡No me mires con esa cara de asombro! Tu conducta es inadmisible. Desde que nos casamos te vistes de un modo escandaloso. Ninguna mujer se atreve a llevar vestidos tan llamativos como los tuyos. En los salones, en los teatros, apareces desnuda y bailas sin interrupción noches enteras en brazos de hombres que te miran codiciosos y con los que coqueteas de una manera que parece que los provocas. No sé dónde vamos a llegar... Esta noche..., con el hijo de Devrain-Bayet... ¡Es inconcebible! Desapareciste con él por espacio de una hora. Comprenderás que mi decoro no me permite que esto continúe. Así es que desde hoy te prohibo que sigas por ese camino.

Cristina lo interrumpió, estallando en sollozos:

—¡Oh Bernardo, qué malo eres! ¡Y eras tú el que me prometías hacerme feliz... Y ahora te enfadas, me amenazas y me das miedo. ¡Vas a tiranizarme como mi primer arido!... ¡Dios mío, qué desgraciada soy!...

El se quedó estupefacto al ver a Cristina tan sinceramente desolada. Sentía piedad y, al mismo tiempo, deseos de pegarle, al verla tan trivial y desvergonzada. Comenzó a comprender que Eduardo Erchamp no era el culpable de las maldades que se le atribuían, y que era casi imposible, por poco que se amara a Cristina, no ser lo que ella llamaba un tirano.

LOS ZARCILLOS

Por José Juan Cadenas

I

Desparramadas alrededor de los bordes de la cisterna, las hijas de Uzlas, las divinas doncellas de Canaam, han dejado los cantarillos cuajados de adornos primorosos, y mientras cae, placentera, la tarde, entonan canciones de perezoso ritmo.

Las palmeras y sauces recogían los vagos acordes de aquel lánguido coro, que parecían elevarse al cielo como un murmullo vago y soñoliento... El canto era triste... En él, las hijas de Uzlas recordaban las horribles desventuras de los primeros esposos arrojados del Paraíso, y elevaban sus preces a Jehová para que cumpliese en ellas sus divinas promesas.

La más joven de todas las doncellas reunidas destacóse de pronto del grupo, y colocándose en medio de sus compañeras, comenzó a bailar, acompañada por los cantos del improvisado coro.

Era una criatura de belleza incomparable... Sus cabellos de ébano circundaban su rostro encantador; las líneas de su cuerpo destacábanse vigorosas, amenazando a veces romper la flexible túnica que ceñía a su talle... Tenía tal encanto su hermosura, que las mujeres sentíanse, más que envidiosas, sugestionadas por el poder maravilloso de tan innumerables hechizos.

Su baile era un vértigo de giros caprichosos y enloquecedores... Retorcía su cuerpo con agilidad prodigiosa y saltaba contoneando con garbo el talle de palmera:.. Sus ojos abrasaban al mirar... Su boca ofendía a la luz con su blancura... Sus labios entreabiertos semejaban la flor de la amapola.

Y danzaba, danzaba sin dar muestras de cansancio, sin rendirse, mientras sus compañeras, excitada su admiración por los encantos que atesoraba aquella gentil belleza, seguían entonando cantos perezosos de lánguido ritmo y estrofas llenas de amargura...

La bailadora era Agar, la divina esclava de Abraham, el patriarca... Aquel baile era su última fiesta de virgen, pues la celestial criatura debía reposar en el lecho nupcial del patriarca, apenas la luna comenzara a besar, con su pálida luz, las espléndidas praderas de Mambré...

II

La noche comenzó a tender sus sombras por el cielo... Encendíanse las estrellas poco a poco... En los bosquecillos que circundaban las tiendas que ocupaba la tribu surgieron de pronto cánticos monótonos acompañados por el cinor hebreo y las arpas celestiales... En sus estrofas palpitaban amantes las palabras de un himno epitalámico, y a los primeros acordes de las gemidoras arpas, el ruiseñor despertó en su nido lanzando los trinos maravillosos de su canto; las tórtolas comenzaron a llamarse con tiernos arrullos; elevaron las codornices, escondidas en los trigos, sus perentorios reclamos, y surcaron los aires desatentadas las falerias, persiguiéndose las unas a las otras y yendo, por fin, a esconderse en los pabellones que les ofreciera el nenúfar como aposentos nupciales, mientras las flores todas que esmaltaban las risueñas praderas abrieron palpitantes sus corolas para recibir el beso de la luna que arrancaba a sus entrañas los más penetrantes y voluptuosos perfumes...

Agar, la divina esclava, avanzaba en aquel momento hacia el lecho nupcial. El anciano patriarca colocaba sus trémulas manos sobre los blancos senos de la gentil doncella e invocaba fervoroso las promesas mesiánicas que todavía no viera cumplidas a consecuencia de la esterilidad de Sara, su esposa querida y amante compañera.

Y las arpas hicieron vibrar sus cuerdas, y los cánticos eleváronse majestuosos repercutiendo sus sones en las lejanas colinas y ascendiendo hasta el cielo por entre las ramas de los sauces llorosos y los penachos de las orgullosas palmeras...

III

Al regresar Abraham del aprisco, presentóse a sus ojos Agar llorosa y ensangrentada.

Aprovechando la ausencia del patriarca, Sara, su esposa, que había sorprendido sola a Agar, quiso vengar en la esclava sus celos crueles, y la taladró las orejas para mutilar, de aquella suerte, la incomparable hermosura de la joven.

Grande fué el dolor al sentir sus orejas atravesadas por finísimas y penetrantes agujas, pero — ¡mujer al fin! — fué más inconsolable su desesperación al ver lo que su belleza había sufrido con la horrenda profanación.

Dolorido el patriarca, lavó con agua balsámica las heridas de la joven, prodigándola los más amantes consuelos. Después la prometió solemnemente vengar aquellos ultrajes, haciendo que resaltara aún más la divina hermosura de la esclava.

Curadas las heridas de los lóbulos doloridos, Abraham hízose traer sus tesoros. Llamó a sus esclavas y las dió orden de adornar primorosamente a la gentil Agar con flores olorosas de la pradera. Vistióla después túnica transparente de finísimo lino, y cogiendo dos sartas de gruesas perlas engarzadas por áureo hilo, prendiólas en las diminutas orejas de la joven.

Mandó que la sirvieran luego agua transparente de la cercana cisterna para que viera su imagen reflejada en el líquido cristal, y es fama que Agar, al contemplarse tan maravillosamente hermosa, olvidó sus dolores, secó sus lágrimas y sonrió satisfecha...

Fausto cubriendo de joyas a Margarita para verla contenta, no intentó nada nuevo... Su procedimiento era ya viejo en la historia del mundo...

IV

La tribu entera había sido congregada por el mandato del patriarca y aparecía rodeando los bordes de la cisterna...

El sol poniente enviaba sus pálidos rayos, sin fuerza ya, y el firmamento se coloreaba con fulgores de incendio...

Abraham había llamado a su tribu para hablar a todos de la mutilación de que fuera objeto Agar, y entre los reunidos hallábase Sara, la envidiosa mujer del patriarca, que temblaba ahora, temerosa de las iras de su esposo y señor...

De las manos de dos esclavas presentóse por último Agar, suelta la negra cabellera sembrada de flores, erguida la cabeza resplandeciente de hermosura, sujeta la túnica al talle por áureo ceñidor, pugnando por romper la estrecha cárcel que los oprimía, sus senos como dos magnolias abiertas, exhalando del clavel de su boca el aroma de nardo de su aliento; y realzando toda su maravillosa belleza aquellas dos sartas de perlas que pendían de sus orejas semejando gotas de rocío posadas en el cáliz de una flor...

Un murmullo de admiración rompió el silencio de la tribu sobreponiéndose a la envidiosa insidia y al despecho... El cinor y las arpas lanzaron sus notas melodiosas; las esclavas y mancebas comenzaron a entonar sus cánticos, y Agar, la celestial hermosura, arqueó los brazos y bailó para el patriarca una de sus danzas caprichosas, con culebreos de serpiente, y saltos de pájaros, y movimientos de onda...

. . . .

V

Y aún no había concluído de salir el sol creciente, y las aves no habían abandonado sus calientes nidos, ni había desaparecido todavía el rocío de las flores, cuando todas las mujeres de la tribu de Abraham, desde la orgullosa Sara hasta la humilde esclava, se presentaron taladradas sus orejas, y luciendo en ellas sendos zarcillos para imitar de aquella suerte a la gentil Agar.

¡Oh, Abraham! ¡Sublime patriarca! ¡Incomparable maestro de artística belleza! ¡Cuán grandes son tus culpas! Porqué... ¡de cuántas traiciones, de cuántos perjurios, de cuántas ingratitudes han sido causa unos zarcillos!...



EL PRETENDIENTE. (Nervioso) — Creo que su hermanita me ha visto besarla. ¿Como podría hacer para que no dijese nada?
ELLA (muy tranquila). — Generalmente le dan un peso.

CAMINO DE LA ESCUELA

Yo soy ese chiquillo de carita de cera,
de sombrero de paja y delantal de dril,
que agobiado por una reluciente cartera
camina hacia la escuela una tarde de Abril.

—Buenas tardes, muy serio, digo a la molinera,
—Anda con Dios, hijo, dice con voz senil.
Blanca y resplandeciente está la carretera,
riza el mar de Cantabria, su sábana de añil.

Yo soy ese chiquillo que con nadie se mete;
que sabe de memoria la Historia y el Astete,
y que nunca hizo bien una mal división.

Y que al tornar a casa a través de los prados,
va, con los grandes ojos, húmedos y pasmados,
en las trenzas doradas y luengas de Ascensión.

B. FERNANDEZ MORENO

Confesión conyugal

Por A. Conan Doyle

—Dime, Frank, ¡has amado a alguna otra mujer antes que a mí?

—¡Qué mala luz da hoy esa lámpara! — respondió Frank, yendo al aposento contiguo a buscar otra.

Paso un rato antes de que volviese. Pero ella esperó, inexorable, hasta que le hubo visto ocupar nuevamente su sitio.

—¿Y bien, Frank?

—¿Qué?

—¿Has amado a alguna otra mujer antes que a mí?

—Querida Matilde, ¿con qué fin haces esa pregunta?

—Tú dices siempre que entre nosotros no hay secretos.

—No; pero ciertos temas vale más no abordarlos.

—Quiere decir, en tal caso, que el secreto existe...

—¡Dios mío! Si te empeñas...

—Me empeño.

—Pues bien, estoy dispuesto a responder. Pero no debes enojarte si mis respuestas te desagradan.

—¿Quien era, Frank?

—¿Cuál?

—¡Cómo! ¿Había más de una?

—Ya te he advertido que el tema es escabroso.

—¡Oh, cuánto mejor que no te hubiera dirigido esa pregunta!

—Entonces, dejémosla pasar...

No, no... Ya has dicho demasiado. Ahora, quiero saberlo todo.

—No lo creo posible.

—¿Por qué motivo?

—La cantidad, ¿comprendes?... ¿Sabes cómo se disculpaba ante su esposa un poeta moderno por ciertas calaveradas anteriores al matrimonio? Decía que la iba buscando a ella.

—Linda excusa, por cierto.

—Yo te buscaba a tí.

—Has buscado mucho, creo.

—Pero por fin te encontré...

Frank mencionó vagamente la hora de la cena, pero no había modo de cambiar la conversación.

—¿A cuántas has amado? Te lo ruego, Frank, no lo tomes a broma. Necesito saberlo. ¿A cuántas?

—No exageres, Matilde, y no te lo tomes tan a pecho... Depende, claro está, de lo que tú entiendes por amor, ¡hay tantas clases de amor, tantos grados!: el capricho del momento, la pasión de toda la vida... Ciertos amores sólo se fundan en la inclinación física, otros en una simpatía intelectual; otros, por fin, en una finalidad de almas.

—¿Y con cuál de los tres me amas a mí?

—Con los tres.

—¿Deveras?

—Ciertísimo.

Una breve pausa.

—Y bien, oigamos... ¿La primera?

—¡Oh, vamos, Matilde!

—Sigue, te digo... Su nombre.

—No, Matilde, no; eso es demasiado. Ni siquiera a tí misma te diré nunca el nombre de otra mujer.

—¿Pero qué era, al menos?

—Te lo ruego, no entremos en detalles. Deja que te diga las cosas a mi modo. En una palabra, Matilde, yo siempre he estado enamorado de alguna.

Una nube cruzó la frente de Matilde.

—Debe ser un amor muy barato el tuyo.

—Es casi una necesidad para un hombre joven que siente el calor de la fantasía y de los afectos... Un amor, diré así, casi siempre superficial.

—¡Y tanto! Un amor que va y viene adonde se le llama...

—Bueno, Matilde, no te enfades. Entonces no te conocía. Ningún deber me ligaba a tí.

—Te ligaba, sin embargo, el deber de cierto respeto personal.

—¡Bah! Ya sabía yo que ibas a enojarte. Pero, ¿a qué vienen ciertas preguntas? Obro realmente como un tonto al responderte con tanta sinceridad.

Matilde permaneció un instante muda y grave. Intimamente, Frank sentíase contento de sus celos.

—¿Y bien? — prosiguió Matilde de pronto.

—¿Debo continuar?

—¡Naturalmente!

—Será peor, ¿sabes?

—Ahora, ya estamos en camino. Además, no estoy enojada. Me siento un poco dolorida. Por el contrario, aprecio tu sinceridad. Claro que no me figuraba que fueses... mujeriego a tal punto...

Y Matilde profirió una aguda carcajada.

—Alguna mujer me interesaba. Comenzaba por eso. Si luego las circunstancias eran favorables, el interés se tornaba más profundo, hasta que, naturalmente... Tú me comprendes.

—¿Y por cuántas mujeres sentiste ese interés?

—Por... casi todas.

—¿Y por cuántas el interés se tornó más profundo?

—¡Oh, no lo sé!...

—¿Veinte?

—¿Como hacer para recordarlo...? Un poquito más, tal vez...

—¿Veintitrés...? ¿Veinticuatro?... ¡Treinta!...

—¿Más... quizá?

—¿Cuarenta?

—No creo que pasaran de las cuarenta.

Matilde palidecía.

—Veamos... Ahora tienes veintisiete años, de modo que, a partir de los diez y siete, has amado a cuatro mujeres por año.

—Si cuentas de esa manera, temo que pasen de las cuarenta.

—¡Es horrible, horrible! —exclamó Matilde, sollozando.

Frank se arodilló ante ella y le besó las manos: manos suaves, mórbidas, sutiles.

—Tú me haces sentir toda mi depravación. De cualquier modo, ahora te amo con todo mi corazón y toda mi alma.

—¡Cuadragésima primera y última! — balbució Matilde entre la risa y las lágrimas.

Luego, recobrando su serenidad:

—No sé estar enojada contigo. Sería poco generoso, ya que has sido tan sincero. Tú no tenías obligación de hablar... Pero habría querido ser la primera en interesarte.

—¡Qué quieres! No era ese el destino.

—¿Eran más bellas que yo?

—¿Quienes?

—Las cuarenta.

—No, querida: en absoluto... ¿Por qué te ríes?

—Pensaba lo curioso que habría sido reunir a las cuarenta en una habitación y ponerte a tí en medio.

—Pero... no comprendo tu hilaridad.

—Bueno: ya ha pasado... Si no me riese, lloraría... Pero, en fin. ¿nunca has amado a ninguna como a mí?

—Nunca...

—Júralo.

—Lo juro.

—¿Y no amarás nunca, nunca, a otra?

—Nunca.

¿Y las cuarenta eran horribles?

—¡No, por Dios, eso sí que no!

—¿Así que, en el fondo, te gustaban más que yo?

—¡Qué tontería, Matilde! De haber sido así, me habría casado con alguna de ellas.

—Es verdad; si te has casado conmigo, quiere decir que tu interés por mí ha sido más profundo. No lo había pensado.

—Se comprende que te preferí a todas las otras. Olvidemos eso ahora; no hablemos más.

—¿Tienes sus fotografías?

—No.

HABIA UNA VEZ...

..Había una vez un hombre que sentía la terrible necesidad de querer. Una noche que estaba muy enfermo de soledad, salió de su casa para ver si encontraba quien lo amara. Y empezó a llamar a las puertas de las casas vecinas. Algunas ya se hallaban cerradas y los habitantes dormían. En otras, despertábanse sobresaltados con los aldabonazos del desventurado, y le recibían de mala manera.

—¿Qué quiere usted? — preguntábanse, agriamente.

—Vengo a ver si encuentro quien me quiera.

Los que no se enojaban, se reían de él. Debía ser loco un hombre que hablaba con semejante sencillez. Otras veces el pobre hombre ofrecía francamente su cariño. Hubiérase dicho que se trataba de un comerciante apremiado que procuraba liquidar. Su deseo era más fuerte que su pudor, y su angustia dominaba a su habilidad.

—Yo vengo para ver si quieren mi corazón.

Como se notará, era un mendigo original que no pedía sino que le consintieron ser generoso.

—No — le respondían en todas partes. — Lo que aquí esperamos es la fortuna. No necesitamos corazones. Al contrario, nos sobra con el nuestro.

Indudablemente, aquel infeliz ofrecía demasiado...

Por fin llegó a una puerta en donde le dijeron:

—Está bien, entrega tu corazón; pero no podemos asegurarte cuál será su destino.

Y él lo dejó sin vacilar; y volvió a su casa con la alegría de haberse librado de un peso. No imaginaba que la dueña de aquella casa, haría del corazón, la almohadilla de su costurero... Estaba la señora muy satisfecha de semejante blandura tibia, donde podía clavar sin recelo, las agujas y los alfileres.

Pasaron algunos días y el hombre empezó a sentir punzantes latidos que le atravesaban el pecho: era que su amada comenzaba a bordar algún encaje, o zurcía los jirones de alguna tela gastada...

(Pues aunque se entregue el corazón íntegramente, siempre se le conserva para sufrir).

Lo malo fué que una noche, vino de lejos, a casa del infortunado, una mujer que le dijo hacía mucho tiempo que lo amaba en silencio. Al verle tan apesadumbrado, le descubrió su sentimiento y le prometió consolarlo. Y entonces él tuvo que confesarle que ya no podía amar, porque había dado su corazón, y los consuelos que él no sabría agradecer, no harían más que aumentar su desgracia.

Y fué un ejemplo de los tantos, de la crueldad del amor con los amantes que se equivocan; y una prueba más de que aquellos que dan lo que no les piden, no pueden ni recibir la dicha que les vienen a dar.

Pedro Miguel OBLIGADO

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—¿Qué hicistes de ellas?

—Las rompí cuando me casé.

—Bien hecho... Y... ¿te agradaban más las rubias o las morochas?

¡Oh! nunca he sido tan meticuloso!

—¿Pero quieres hacerme creer que, entre aquellas cuarenta, no había ni siquiera una más bonita que yo?

—Hablemos de otra cosa.

—¿Y ni siquiera más inteligente?

—¡Vamos, Matilde...!

—Contéstame.

—Ya te he contestado.

—No he oído.

—¿Que no has oído? Te he dicho que el haberme casado contigo prueba mi preferencia. No hago comparaciones minuciosas porque sería absurdo. Digo que el conjunto de tus encantos es lo que me ha agradado.

—¡Oh, comprendo! ¡Qué franco eres!

—¿Te has ofendido?

—Absolutamente. La franqueza me agrada.

—¿Y tú Matilde, ¿serías igualmente sincera conmigo?

—Sí, querido... Sería ingrata si no correspondiera a tu confianza. También yo, desde luego, he tenido mis pequeñas aventuras.

—¡Tú!

—Quizá prefirieras que no te hablara de ello. ¿Para qué desenterrar ciertas viejas historias?

—No, no; es mejor decirlo todo.

—¿No lo tomarás a mal?

—No, no; ciertamente.

—Pues bien, Frank, créeme; si una mujer casada dice a su marido que, antes de conocerlo a él, no le ha interesado ningún otro hombre, afirma una soberana tontería. Quizás existan tales mujeres, pero yo no las he conocido nunca.

—¡Entonces, tú has amado otra vez!

—No puedo negar que he sentido cierto interés por varios hombres, antes de conocerte, desde luego.

—¡Varios!

—Un sentimiento superficial, se comprende...

—¡Por Dios, Matilde! ¿Cuántos hombres te inspiraron ese sentimiento?

—Según... Había unos que me interesaban más que otros.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Hasta tenías tus preferencias!

—¿Lo ves que te has enojado? Entonces no sigo hablando.

—No, no; ya has hablado demasiado... ¡Adelante!

—Pues bien, quería decir que los morochos me causaban siempre más efecto. No sé a qué obedecería; pero te aseguro que era un sentimiento irresistible.

—¿Y por eso te has casado con un rubio?

—No podía pretender hallar reunidas en un solo hombre todas las cualidades. Te aseguro, Frank, que, en conjunto, tú eres el que más me agrada. Quizá no seas el más apuesto o el más inteligente... no siempre es posible alcanzar el ideal... pero yo te amo más que a todos los otros.

—Siento no ser tu ideal... Sería absurdo figurarme que soy el ideal de nadie, pero siempre he creído que los ojos del amor transforman un objeto hasta darle todas las perfecciones... En cuanto a los cabellos no hay remedio: pero si puedes indicarme algún otro defectillo que yo pueda corregir.

—No, no; me agradas como eres. Si no te hubiese preferido a todos. ¿Me habría casado contigo? ¿No comprendes que todo se explica así?

—¿Pero las otras... aventuras?

—¡Oh, será mejor no hablar de ellas! ¿Qué objeto tiene? Te aburrirían, con toda seguridad.

—Absolutamente. Aprecio tu sinceridad aun cuando no la esperaba. Vamos adelante.

—¿Dónde habíamos quedado?

—Decías que, antes de casarte, habías estado en relaciones amorosas con varios hombres.

—¡Oh, qué exageración! He dicho que varios hombres habían despertado mi interés.

—Y que los morochos te enloquecían.

—Precisamente.

—Hubiera querido ser el primero.

—El destino no lo quiso. Podría decirte una mentira, Frank; pero nunca me la perdonarías. Sabes que a los diez y siete años dejé el colegio y a los veintitrés me casé. Quedan seis años de por medio. Figúrate todos los bailes, las excursiones, las visitas, etc. No podía evitar encuentros con jóvenes. Muchísimos se interesaban por mí, y yo...

—Y tú te interesabas por ellos.

—Naturalmente.

—¡Oh, otro "naturalmente"! Y luego, claro está, el interés crecía...

—Algunas veces... Cuando una se encuentra a menudo con la misma persona, en el baile, en el parque, en el paseo, el interés crece, naturalmente.

—¿Y entocse?

—¿No vas a enojarte?

—¡No, no...! ¡Sigue!

—Pues bien; cuando el interés ha durado cierto tiempo, entonces comienza la aventura.

—¡Ah!

—¡No grites así, Frank!

—¿He gritado, acaso? No te burles... De manera que tuviste aventuras...

—¿A qué entrar en detalles?

—Es necesario... Te ruego que tengas plena confianza en mí y me cuentes alguna de tus aventuras.

Matilde se recostó en el sofá, entornó los ojos y entreabrió sus labios en una sonrisa.

—Pues bien, ya que lo quieres, te lo diré todo. Recuerda, sin embargo, que entonces no te conocía.

—Recuerdo, recuerdo...

—Te referiré una sola, la primera... Nunca la olvidaré... Un día, por casualidad, quedé a solas con un señor que había venido a visitar a mamá.

—¡Muy bien!

—Ya sabes, nos hallábamos solos, en la sala...

—Comprendo...

—Y él me decía que yo era muy linda, que nunca había visto una niña más simpática, etc., etc.... Tú sabes lo que dicen los hombres en ciertos momentos...

—Lo sé. ¿Y tú?

—¡Oh! yo, apenas le respondía... Pero, desde luego, era joven, inexperta, y aquellos cumplimientos me agradaban bastante. Quizá hasta se lo hice comprender porque de pronto...

—¡Te dió un beso!

—Precisamente. Me dió un beso. Pero no camines de un lado al otro de la habitación, Frank... Me mareas.

—Muy bien. Sigamos adelante. No nos detengamos a la mitad del camino... ¿Y luego?

—¿De veras quieres saberlo?

—Debo saberlo. ¿Qué hiciste tú?

—Siento mucho haber empezado, porque veo que la cosa te hiere... Hablemos de otra cosa.

—¡no, no! ¿Qué hiciste?

—Bien, Frank, ya que insistes... Le devolví el beso.

—¡Tú!... ¿Tú le devolviste el beso? ¿Se lo devolviste?

—Sí; porque... porque me agradaba.

—¡Un hombre morocho!

—Sí; era morocho.

—¡Oh, Matilde, Matilde! Ahora no te detengas... ¿Y luego?

—Y luego... él me besó muchas veces.

—Se comprende... Alentado de ese modo! ¿Y luego?

—¡Oh, Frank, no tengo valor!

—¡Adelante, te digo! Estoy preparado a todo.

—Pues bien, siéntate; no camines así por el cuarto. Veo que te causo pena y que estás agitado.

—Aquí me tienes sentado. Bien

La abeja y la cigarra

Trabajaba contenta y hacendosa la abeja
Con su eterno zumbido como un canto augural
Cuando vino de pronto a turbarla, perpleja,
La cigarra perversa como el genio del mal:

—¿Por qué tanto te afanas, qué delirio te aqueja
Si no ha de ser tuya toda la miel del panal?—
Pero aquélla repuso: — no me tientes y deja
Que corone dichosa mi destino triunfal—

El trabajo que escarnias, al contrario, enaltece,
El trabajo es mi vida, trabajando parece
Que yo canto un poema subyugando al dolor;

Y si no ha de ser toda para mí la cosecha,
Nada importa: tampoco el que ama aprovecha
Todo el fruto bendito que le brinda el amor.

La protesta del león

En el desierto inmenso, rugió el león africano
Y su voz traducía la cólera de un dios:
—Yo tengo la nobleza como atributo humano;
Pero soy perseguido como bestia feroz.

Con natural violencia yo rechacé al tirano
Que quiso uncirme al carro de su soberbia en pos:
El pretendió encerrarme como un toro villano
O tenerme cual perro, tembloroso a su voz.

Pues el hombres doquiera busca imponer su yugo:
De sus propios hermanos opresor y verdugo
El poder le deleita, le ciega la ambición.

Por eso, entre nosotros no hay paz sobre la tierra,
Por eso, es que ha existido y existirá la guerra:
No puede ser borrego el que nació león.—

Domingo SASSO

ves que no me hallo agitado. ¡Por amor de Dios, prosigue!

—Me preguntó si quería sentarme en sus rodillas.

—¿Eh...?

Matilde se echó a reir...

—Me alegro de que la cosa te haga reir. Continúa: escucho. Tú accediste, melo figuro, a su natural y modesto pedido. Te sentaste en sus rodillas.

—Y bien, Frank, sí.

—¿Sí?

—Sí, querido. ¡No te pongas así...! Fué mucho antes de que te conociera a tí.

—¡Y tú tienes el valor de quedarte tan fresca y contarme, como si nada fuese, que te sentaste en las rodillas de aquel sinvergüenza!

—¿Y qué iba a hacer?

—¿Qué ibas a hacer...? Podías gritar, tocar el timbre, darle una bofetada; podías rebelarte con toda la dignidad de tu feminidad ofendida y retirarte inmediatamente del salón.

—No era fácil.

—¿El te sujetaba?

—Sí; me sujetaba...

—¡Oh, si yo me hubiera hallado allí!

—Existía también otra causa.

—¿Cuál?

—En aquella época yo no tenía mucha habilidad para caminar. Apenas contaba tres años...

Frank se dejó caer en el sofá, desfallecido.

—¡Ah, perversa! —exclamó por fin.

—¡Ah, credulón...! Ahora me siento mucho mejor.

—¡Monstruo!

—¡Debía vengarme de tus cuarenta bellezas, terrible Barba Azul! Pero te he hecho pasar un mal rato, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Me has desollado vivo! Me parece que acabo de despertar de una pesadilla... ¡Ah, Matilde, has tenido valor!

—¡Oh, has estado magnífico, impagable!

—¡Ridículo querrás decir!

—Qué celoso te pusiste! ¡Oh, qué contenta estoy! ¡Qué contenta!

Siempre tarde

Por Michel Herbert

Bernardo sólo tenía una originalidad.

Originalidad relativa, ciertamente.

Siempre llegaba tarde.

Fuera de esto era el hombre más vulgar que uno pueda imaginarse. Su rostro, su porte, su manera de vestir, sus opiniones, eran las de cualquiera, y sin su costumbre de llegar tarde a todas partes sus contemporáneos no hubieran llegado a darse nunca cuenta de su existencia.

La irregularidad de Bernardo era de una regularidad desconcertante.

Era inútil que sus amigos lo citasen media hora antes de la necesaria.

Siempre encontraba el medio de llegar más tarde de lo calculado.

Por eso Bernardo no había visto nunca el primer acto de una obra, ni oído las primeras notas de un concierto, ni viajado en el tren que se proponía tomar, ni sabía lo que eran entremeses, porque casi siempre llegaba a los postres.

Y, sin embargo, el pobre muchacho hacía lo imposible para quitarse su mala costumbre de llegar tarde.

Pero ni los despertadores, ni los encargos dados a la portera, ni los telegramas que se enviaba a sí mismo la víspera para recibirlos a primera hora, habían servido para nada.

No hay que decir que los nudos en el pañuelo y los alfileres en las mangas habían sido tan inútiles como los otros procedimientos, pues llegado el momento Bernardo no se acordaba nunca de la causa que los había motivado.

Se le iba todo el dinero en "taxis" y otros medios de transporte, que a diario utilizaba para llegar menos tarde.

En sus relaciones amorosas, su irregularidad constante le había proporcionado grandes disgustos.

Nunca llegaba a una entrevista amorosa sino cuando la dama, cansada de esperar, se había marchado ya del brazo de otro galanteador, que sabía aprovecharse del despecho de una mujer que aguarda inútilmente.

En los negocios no fallaba la regla general.

Siempre iba a ver a los clientes probables cuando éstos habían ya recibido la visita de un colega más madrugador.

En estos casos Bernardo daba pruebas de un estoicismo admirable. No se culpaba a sí mismo, ni acusaba a la suerte, sino que sonreía tristemente y salía, murmurando como si pidiese perdón:

—Espero ser más afortunado la próxima vez.

Sin embargo, cuando recibió la invitación para asistir a la boda de la señorita Verónica Regnoni con D. Hércules Leplanteur, "que se celebrará en la iglesia de San Gerardo, el sábado 17 de los corrientes, a las doce y media de la mañana", Bernardo se propuso triunfar de su costumbre, costase lo que costase.

Leplanteur era un amigo de la infancia.

La amistad le obligaba a asistir a la ceremonia.

El sábado 17, pues, Bernardo marchó apresuradamente a la iglesia de San Gerardo.

—¿La boda del Sr. Leplanteur? — preguntó al suizo que estaba en la puerta del templo.

El solemne funcionario contestó:

—La ceremonia ha terminado hace cinco minutos. La comitiva acaba de marchar en un "autocar".

Bernardo hizo un gesto de contrariedad.

—¿Qué va a pensar de mí Leplanteur? — dijo—. No tengo suerte. Para una vez que un amigo de la infancia me invita a su boda, no llego a tiempo.

Y filosóficamente, como hombre habituado a tales contratiempos, agregó:

—En fin..., veremos si tengo más suerte el día del entierro.

Michel HERBERT

LA CASA SOLA

La casa de mi amada está desierta.
Cerrada está la puerta,
y muy triste y sin flores su balcón;
y en las salas antiguas y sombrías
como en aquellos días
no resuena su plácida canción.

Al pasar por la casa abandonada,
en la noche callada,
me detengo, sobrio, a recordar;
y despierta en mi alma lo pasado
dulce gozo mezclado
a un ardiente deseo de llorar.

De aquel amor la inolvidable historia,
encanta en mi memoria
la risueña visión del tiempo aquel.
Y como sombras de lejanas vidas
mis venturas fallidas,
a mi cerebro acuden en tropel.

¡Pobre viejo salón! Nunca su mano
volverá a repasar en el piano,
una dulce canción
Tiene algo de sepulcro tu honda calma.
¡Pobre viejo salón!
Desde que ella murió no tiene alma.
¡Pobre salón sin risas y sin flores!
En tí se alzó el altar de mis amores.
Ya las arañas cuelgan sus telares,
del balcón derruído.

Los solemnes retratos familiares
me miran como a antiguo conocido.
Ya no cuelga la jaula del jilguero,
el feliz prisionero
que mimaba su mano al despertar.
Ni ya como en aquel tiempo distante,
tras el cristal se asoma su semblante
para verme pasar.

Aun parece flotar de su vestido
el perfume suave, en el dormido
ambiente del salón.
De la luna el fantástico reflejo,
finge en el fondo del antiguo espejo
de su imagen la blanca evocación.

Todo está envuelto en soledad y calma.
La amarillenta palma,
prendida del balcón no cuelga ya.
¡Ay!, tal vez pronto un argentino canto
de juventud, al secular encanto
de las salas solemnes turbará.

Quizá una marfilina y dulce mano
del sonoro piano,
arrancará melódica canción.
Pronto renacerán nuevos amores,
y adornarán las flores
los carcomidos hierros del balcón.

¡Oh, casita romántica y sagrada
de mis viejos idilios aromada
por las líricas rosas de mi amor!
¡Ya nunca más!... ¡Dentro del alma mía,
no habrá una melodía
ni volverá a cantar el ruiseñor.

Emilio CARRERE.

Terapéutica

Después de un choque de automóviles, uno de los heridos es reconocido por el médico del hospital quien diagnostica lo siguiente:

—Tiene una contusión en el recto, una herida en el triángulo de Scarpa, otra en el ángulo de la mandíbula y la fractura completa del radio.

Uno de los amigos de la víctima comunica al paciente:

—Dice que estás herido en el recto, en el ángulo, en el triángulo y en el radio.

Al oír esto exclama la víctima:

—Pero este tipo ¿es el médico o algún geómetra del catastro?

La noche de ánimas de Don Juan

Por J. Menéndez Agusty

D. Juan comió poco aquella noche. Habíale vuelto frugal la falta de apetito, y ante los manjares complicados y los vinos deleitosos con que le iban llenando la mesa, sentía una dolorosa repugnancia y entrábanle en deseo las verduras sencillas, el agua fresca y el pan moreno. Tampoco habló grande cosa, y eso que su fiel mayordomo tocó todas las teclas que solían gustar al amo y aún alguna que hacía mucho tiempo no sonaba en aquel recinto austerísimo, la cual no era otra que la del amor. Juan contestó a todo con una sonrisa pensativa, y como el criado persistiese en alegrarle con amenas conversaciones, hízole al fin un agrió gesto y le obligó a callar. Servido el café, quedóse D. Juan solo en el gabinete.

Tres enormes leños ardían en la descomunal chimenea colorando de rojo los obscuros cortinones, las sillas de nogal y cuero, el zócalo de las paredes... El inquieto llamear fingía sombras tenebrosas detrás de los muebles, figuras diabólicas, escorzos grotescos. Cuando arreciaba el viento y tiraba de las llamas, dijérase que todo el hogar ascendiera al tejado en una columna incandescente, rígida y mugidora; pero pasaba la ráfaga, amainaba el temporal, y otra vez volvían a quemarse los leños apaciblemente, con lento chisporroteo, bailando sobre ellos las llamas y haciendo bailar al gabinete, a su robusto mobiliario y a las macabras sombras.

D. Juan trasladóse a una butaca colocada junto al hogar, tendió las piernas ya reumáticas y vacilantes, sobre una silla destinada a esta triste comodidad y se puso a fumar su cigarro de sobremesa, al que dedicaba durante una hora la solícita atención de un viejo sibarita. Pero aquella noche debía estar el pensamiento de D. Juan lejos de su cigarro, por cuanto apenas lo encendió, quedóse mirando al techo y lo dejó que se apagara; tornó a encenderlo y tornó a olvidarse de él, y a la postre, encontrándole insubstancial y molesto, lo arrojó con rabia a la lumbre y se levantó briosamente, como si de pronto resucitasen en su cuerpo las muertas energías juveniles.

Los leños empezaban a pagarse; la mitad de la habitación dormía ya a la sombra de los altos sillones; el zócalo de las paredes iba obscureciéndose... D. Juan abrió los postigos de su balcón y miró al espacio. Densas nubes discurrían por él, blancuzcas como el agua enjabonada de un lavadero, y por las desgarrones que el aire les hacía, veíase de rato en rato un pedazo de cielo negro sembrado de estrellas. A la izquierda mecíase el bosque desnudo y sombrío; a la derecha se columbraba la carretera, llena de lodo, con hondos charcos que brillaban opacamente. Detrás de la casa oyóse el aullido trágico de un perro venteando la muerte. D. Juan hizo un mohín de susto, abandonó el balcón y volvióse cerca de la lumbre, cerrando los ojos para obligar al sueño. Al cabo de cinco minutos tuvo que abrirlos; los nervios le dominaban produciéndole alucinaciones y trágicas ideas. Unas veces creía sentir a su espalda ruidos de pasos cautelosos, otras le acariciaba el rostro un hálito finísimo. Aquella noche, que después de todo no tenía otra cosa de particular que la de ser la noche de ánimas, habíale puesto taciturno y miedoso, como si presintiese alguna malaventura.

Levantóse de nuevo y miró a su alrededor con medrosa desconfianza. El gabinete seguía ensombreciéndose, sin más luz que la moribunda de los leños. Un escalofrío de miedo agitó el cuerpo de D. Juan, y con rápido paso, sin mirar a su espalda, abrió una puerta y entró en su dormitorio. Artística lámpara de noche le iluminaba tristemente y daba al lecho una blancura marmórea. Quizá fuera ilusión, pero D. Juan creyó ver en ella su propia sepultura vestida de albos atavíos... Abrió otra puerta y salió al corredor. Grandes cuadros adornaban las paredes; en un ángulo dormía la imagen de Venus Viterea; dos soberbias panoplias guardaban la entrada del salón de recepciones. D. Juan entró en él. Sobre un velador japonés ardían las cinco bujías de un candelabro antiguo, y su luz apacible tendía sobre el suelo una mancha rojiza de escasa intensidad, dejando a obscuras la mayor parte del salón. Los muebles carecían de forma; las colgaduras semejaban fantasmas adosados al muro. D. Juan miró al fondo, donde debía encontrarse el elástico estrado, y no le vió. Como las tinieblas dan a todo la vaguedad de lo infinito, el noble señor figuróse que la vasta pieza no tenía fin y que sus paredes laterales iban a perderse en las tinieblas de la noche.

Volvió a sentir miedo y ganas de andar, de huir de sí mismo, corriendo mucho hasta que se rindiesen las piernas y se durmiese la imaginación. Las bujías parecían arder con una luz blanquísima, casi lívida, y todos los objetos a que alcanzaba tenían el mismo cadavérico tinte. Al pasar ante un espejo, creyó D. Juan que pasaba un espectro con bata y zapatillas. Los escasos cabellos se le pusieron de punta, y abandonando el salón, regresó al pasillo y atravesó una especie de antesala.

Seis o siete lamparillas lucían en un gran vaso lleno de agua y aceite ante un cuadro que representaba a la Virgen del Carmen rodeada de pecadores en actitud suplicante. Una criada setentona rezaba entre dientes, dormitando con un rosario entre los dedos. Al sentir los pasos de D. Juan levantóse asustada y respetuosa.

—Siga, siga, díjole el señor, indicándola con el ademán que se sentase.

La vieja volvió a su rezo y D.

Juan prosiguió su camino, cada vez más nervioso, más intranquilo y siniestro. Quería recorrer la casa entera, saciarse de terror, padecer todas las apariciones, delirar volverse loco, a ver si de una vez para siempre, le abandonaba aquella fiebre pavorosa que de repente le había acometido. Tenía miedo, sí, y sentía implacable el aguijón del remordimiento; pero no debía sucumbir ante uno ni ante el otro; su espíritu altivo exigíale entereza, valor, escepticismo. Los muertos no salen de sus ataúdes. Mas como el terror persistía y los remordimientos apretaban, dióse a correr de habitación en habitación, metiéndose en los sitios más obscuros, recreándose en la contemplación de los más tétricos detalles, con las piernas y los puños apretados, decidido a imponerse a su terror, a encadenarlo y destruirlo. ¡Bonito estaría y de glorioso timbre sirviera a su historia que fuese el pavor quien triunfase en aquella lucha entre la voluntad y la conciencia! D. Juan tenía que ser siempre D. Juan, sin decadencias ni mixtificaciones.

Y ocurrió que de sala en sala, de pasillo en pasillo, desafiando al miedo con la milagrosa agilidad de sus piernas reumáticas, fué a parar al piso más alto del caserón, dónde dormían el sueño del olvido, bajo un sudario de polvo y telas de araña, la juventud de D. Juan y aun algo de la niñez.

Entre los diferentes trastos que desde varios años ha descansaban tranquilamente de sus domésticas campañas, había dos o tres arcones de caoba, donde el cuidado de algún fámulo hacendoso puso a salvo de la rapiña o de la negligencia, juguetes, libros, útiles de caza y hasta vestidos de D. Juan pertenecientes a la época en que aún no usaba el don. De los juguetes algunos estaban perniquebrados, otros permanecían en relativo buen uso, un poquito oxidados, pálida la pintura o rota alguna rueda de escasa importancia; los libros eran de texto, toda la adolescencia estudiosa de D. Juan; los útiles de caza hallábanse roñosos y renegridos; los trajes estaban medio apolillados, y su forma y adornos, irreprochables en su tiempo, eran ahora ridículos y movían a risa...

Al entrar D. Juan en esta habitación suspiró con visible cansancio. Luego puso en el suelo la luz de que se había servido durante su carrera por el caserón y sentóse en una silla. Dos o tres ratas corrieron asustadas a refugiarse en sus guaridas. Un escarabajo monumental paseábase muy despacio por el suelo, llegó hasta los pies de D. Juan, y enterándose igual de lo que significaban aquellos aparatos zapatillescos desconocidos para él, tomó otro rumbo y desapareció debajo de los arcones. El viento cedía poco a poco y las nubes dispersábanse hacia poniente. Por las ventanas del desván, sin postigos ni cristales, veíanse grandes trozos de cielo completamente limpios, en los cuales brillaba la pedrería estelar con una pureza encantadora.

D. Juan se levantó y dedicóse a recorrer la estancia, enterándose de lo que en ella había, removiendo los trastos, abriéndolos y registrándolos. A la vista de sus juguetes, malheridos por él y despreciados cuando ya no tenían el color alegre de su virginidad, sintió cierta angustia llorona y oprimióle la garganta ese cinturón que precede a las grandes explosiones lacrimosas. Siguió registrando. Tras de los juguetes aparecieron los libros, con la encuadernación rota y las puntas de las hojas dobladas o roídas. En algunas páginas había anotaciones hechas con lápiz al margen del párrafo que las inspiró, caricaturas de los profesores y epigramas picarescos. Después vinieron los chismes de caza. También tenían algo dulce y grave que simbolizar. D. Juan tuvo miedo de que su imaginación corriese demasiado y continuó el registro. Un tufo a ropa vieja salió del arca. Los vestidos estaban enteros, pero a poco se les manoseara hubiéranse deshecho en menudos fragmentos. Al ponerlos en el suelo cayó de uno de ellos un envoltorio. D. Juan lo abrió de prisa. Eran cartas y retratos de mujeres, todas jóvenes, la mayoría cándidas doncellas que se entregaron al amor con el lírico entusiasmo de las almas sencillas. ¡Oh! ¡Ya se encargó D. Juan de hacerlas renegar de aquel lirismo! La naturaleza es implacable, y sólo los avisados pueden hurtar el cuerpo a sus leyes.



—¿Por qué ha operado usted a Gutiérrez?
—Por dos mil pesos.
—Quiero decir qué tenía.
—Dos mil pesos.

¿Qué decían las cartas? D. Juan sintió el pueril anhelo de volver a leer aquellas enamoradas epístolas, y empezó por la primera del paquete, que era cabalmente la última de cierta época tan feliz como agitada en que los idilios se combinaron con los garrotazos. Leyó al principio sin emoción alguna, dedicando compasivas sonrisas a las relamidas y a la par ingenas frases que le dedicaban y aun besando piadosamente alguna firma de gratísima memoria; pero luego comenzó a dominarle un horror sin freno, una profunda lástima; no sonreía ante los desahogos pasionales de aquellas pobres vírgenes que soñaron con la eternidad del amor, ni se atrevía a besar sus nombres, estampados al final de la carta con letra temblorosa, como si le diesen con él las santas primicias de su cuerpo y de su espíritu. Otra vez se puso nervioso y pensativo, y no queriendo incurrir en nuevas y vergonzosas debilidades, optó por quemar cartas y retratos. Muerto el pasado, era un deber incinerarlo cristianamente.

Mas ¡oh triste equivocación del viejo amador! Las rojas llamas que alegraron de pronto el desván, el humo espeso que por encima de ellas se elevaba hasta el techo, diéronse en remedar las graciosas formas de las tiernas sacrificadas, sus rostros amables, los ojos llenos de inocente pasión, creciendo el número de imágenes a medida que aumentaba el fuego, como si de cada misiva, al llegarle el turno crematorio, surgiera la figura de su autora para recordar a D. Juan sus imperdonables felonías. Y llegó un momento en que ardieron a un tiempo toda la correspondencia, retratos y cartas, retorciéndose como condenados, y el desván se llenó de visiones dolientes, con las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos por el llanto. Sus manos blancas y descarnadas elevábanse al cielo en demanda de protección y quien sabe si de justo castigo, y su pecho desnudo ostentaba en el lado izquierdo una hendedura sangrienta, húmeda todavía...

D. Juan quiso huir de aquel sitio, pero en vano recorrió las paredes en busca de la puerta. El desván habíase convertido en una prisión sin salida, y las manos crispadas del noble seductor no hallaron ningún sitio por dónde escapar. Las mismas ventanas parecían cerradas por el humo. Entonces intentó apagar la hoguera pisoteando las cartas y esparciéndolas en todas direcciones, pero tampoco consiguió nada de provecho. Las fatídicas sombras bullían sin cesar en torno suyo, azotándole el rostro con la suelta cabellera y mirándole con una fijeza dolorosa, que llegó a enloquecerle

* * *

La blanda voz del mayordomo sacó a D. Juan de su desmayo.

—¿Qué había sido eso, señor?... Le hemos buscado por toda la casa, y el humo que vimos salir por los ventanales del desván nos guió hasta aquí... ¿Le dió algún accidente?

—Sí, hijo mío, murmuró D. Juan levantándose. Fué el miedo, el verdadero miedo, que está siempre en acecho de una hora de sinceridad... Pero no se lo digas a nadie... ¡Cómo se reiría la gente si supiera que D. Juan se desmayó de pavor al recordar sus culpas una noche de ánimas!

PERPETUO ESPECTADOR

Perpetuo espectador, el espíritu ocioso,
ve todo lo que es grande y todo lo pequeño,
el águila que pasa en el cielo glorioso
y su sombra que juega en el jardín del Sueño.

Callarse es escuchar, y detenerse es ver...
cuando el diablo interior comprende este prodigio
todo es nuestro, la estrella, la nube, la mujer,
No hay minuto que pase sin dejar su vestigio.

Si en la rosa es visible la fragante belleza,
hay también en la hierba un secreto esplendor,
si tu sabes mirarla con tus ojos de amor.

El espíritu ocioso sensible y perdurable,
es el lector asíduo, de todo lo admirable,
que hay en el libro enorme de la Naturaleza.

Fernán Félix de AMADOR

La huída heróica

Por Mario Pensuti

Miss Maud había hecho desear por seis larguísimos años ese matrimonio a Carpmann. La mamá, las amigas de la mamá, sus mismas amigas, no terinaban de darle consejos. ¡Una fortuna así! ¡Un hombre que poseía cuatrocientas mil toneladas de naves, y ella que no se decidía! Reflexionar si debía o no aceptar tan imponente tonalaje! Bastaba un sí para convertirse en dueña de toda una flota mercante, y ella vacilaba.

—La juventud pasa, Maud — le decía su madre—; ya tienes veintitrés años...

—El me ama, y un hombre verdaderamente enamorado debe olvidar la fe de nacimiento de la mujer amada.

—Siempre, sin embargo, que su rostro no se la recuerde.

—Yo quiero tener de él la prueba de que no me ama por este aspecto juvenil que desaparecerá con los años. No quiero que pida el divorcio cuando mi belleza se marchite.

—Pero aunque lo pidiese... te corresponderían por lo menos cincuenta mil toneladas.

Maud sacudía la cabeza.

—Muy lindo poseer una flota e irse a pique en el mar del matrimonio.

Y la madre, para sí, le daba la razón. Las madres son así. Si en uno de los platillos de la balanza de su corazón pudiese colocarse la belleza de sus hijas, y en el otro toda la flota de guerra del mundo, sin duda el platillo con los submarinos, los torpedos los acorazados con las torres de sus cañones, quedaría en alto. ¿Hay algo de más valor que la belleza de una hija? ¡Ni siquiera todo el oro de las reservas metálicas!

La mamá exageraba, pero Maud era realmente bellísima. Y nada presuntuosa. Si su madre hubiera sabido por qué Maud no se decida a procurar ese sí...

No era por cálculo, o, mejor dicho, era por uno de esos cálculos que se hacen a los veinte años, cuando la cabaña parece un palacio si alberga a su corazón. Maud tenía su secreto, de esos que no se revelan, porque confesarlos equivale a admitir una desilusión o una derrota. Maud estaba enamorada. Un joven empleado de la misma tienda en la cual ella era la más bella vendedora, era su amor. Alto, hercúleo, de puño formidable en los desafíos de pugilato, deportista invencible y a un mismo tiempo corazón ternísimo Walter trataba a Maud como a una muñeca de porcelana con quien se tiene miedo de jugar por temor de romperla. No le había declarado su amor hasta el día anterior al que fuera llamado a las armas para la gran guerra. Se había alejado de ella sin excesivas expansiones, dándole pequeños besos en la frente y riendo estruendosamente. Pero esa risa ocultaba el llanto. El disfrazaba su angustia porque no quería que ella se entristeciese a la vista de un rostro sufriente.

En seguida le escribió desde el acorazado. Luego, de la primera ciudad francesa donde se detuvieron; luego, de todos los lugares por donde él pasaba. Las últimas cartas provenían de los Dardanelos: llegaban casi todos los días; si un correo tardaba, el siguiente traía tres o cuatro cartas juntas. Páginas escritas a máquina, que la hacían reir a ella como él riera al dejarla. Los incidentes grotescos de ciertas marchas larguísimas, el extenso "menú" compuesto de un solo plato, las colosales borracheras durante los descansos, todos los incidente cómicos de su vida de soldado eran alegremente narrados, y nunca dejaba traslucir una sola nota triste de sufrimiento o de nostalgia. En una palabra, la guerra de sus cartas aparecía como una colosal burla, y si ella no hubiese leído los diarios, habría terminado por creer que era la más grande diversión que pudiera imaginarse, una espectaculosa partida de "foot-ball" en la cual se jugaba cambiando proyectiles de acero que nunca llegaban a marcar sus tremmendos "goals" de destrucción y de muerte. Maud reía, y la risa le hacia saltar lágrimas a los ojos. A cada carta Maud sentíase más enamorada de ese muchachote jovial y bueno que tomaba la vida: a risa Una sola tristeza: el vago temor de que el pudiese encontrarse de un momento a otro en peligro, no obstante haberce autodefinido combatiente de cuarta linea y haber pintado a su novia una prudencia rayana casi en el miedo más bien que una audacia que desprecia cualqier peligro.

Un dia, Mud recibió una carta escrita a lapiz. No era alegre como de costumbre, y lo que más le preocupó fué que en ella Walter le hablaba en forma vaga de muchas novedades. Un nuevo destino, una nueva vida... Luego se lo explicaría.

Ahora no tenía tiempo: estaba muy ocupado en una misión. Seguramente no podría escribirle tan pronto.

Después de esa carta, un largo silencio. Maud temió por su vida. Pidió noticias ansiosamente. El no respondía. Un día recibió una carta que traía el sello de la lejana tierra donde él se hallaba. Pero la escritura no era de Walter. Era una carta de mujer, que decía simplemente:

"No insista, señorita, en pedir noticias suyas. Sepa únicamente que él ha iniciado hace poco una nueva vida. Ha contraído nuevos deberes. Ya no puede ser suyo".

Nada más. El orgullo impidió a Maud llorar. Pero cuando Mr. Carpmann la pidió por esposa, ella aceptó inmediatamente ser su prometida. Nada más que su prometida, porque en su corazón se agitaba la duda de que hubiese sucedido algo muy distinto de lo que aquella carta de mujer dejaba intuír.

¡"Quién sabe!... — repetía ella a su corazón—. ¡Quién sabe!..."

Palabra de dulce esperanza que a veces el tiempo borra para inscribir en su lugar una triste certidumbre.

Maud esperó que aquella duda fuese disipada por el tiempo; que el tiempo le devolviese a su Walter. Pero los años pasaron y ella debió inclinar la cabeza ante su desdicha. Ninguna duda ya: él había querido desligarse de su vida, y quizá no era más que un vil burlador... Ahora recordaba su risa de cuando partió. Desde entonces él meditaba su abandono. Ella no había comprendido. ¿Y hasta el tono de sus cartas no revelaba una incorregible insensibilidad?

El día en que se celebraba la boda, en forma absolutamente privada, por voluntad de ella, una grave melancolía parecía infiltrarse en las almas. La novía estaba cansada. El, un poco triste, la tenía del brazo y la sentía abstraída, lejana, ausente. Salieron de la casa donde ella, con pocos trazos de pluma, había unido su vida a la de un hombre a quien no amaba. Apenas habían dado unos pasos cuando un hombre flaco, demacrado, pesadamente apoyado en dos muletas, adelantóse hacia ellos Ella lo miró, distraída. Pensó que fuera un mendigo que venía a pedir limosna... Pero luego sus mejillas se empurpuraron. Sí, en aquel rostro demacrado y doliente, ella encontraba los rasgos de un rostro amado. Los veía con el alma más que con los ojos...

—¡Walter! ¡Walter!

Fué a su encuentro, desasiéndose del brazo de su marido...

El la miró y rióse: la risa de otros tiempos, pero que irradiaba sin alegría de ese rostro extenuado.

—¡Walter, señora! ¡Usted me llama Walter! ¿Por qué para llamar a una persona tan distinta de lo que era, no mutila usted este nombre?

—¿Era este tu drama, y me lo has callado? ¿Por qué? ¿Por qué me abandonaste?...

—¿Por qué? — su rostro obscurecióse de una sombra densa.— ¿Por qué? ¿Qué habría podido ofrecer ya a mi novia? En cambio a la esposa de otro, puedo, como regalo de bodas, demostrarle que he querido darle toda la felicidad que habría podido quitarle.

—¿Y tu corazón?...

—Hélo aquí, Maud: mi corazón está en mi renuncia.. en esta renuncia, y en el augurio que puedo hacerte, estando de rodillas ante tí sin parecer ridículo y sin ser indiscreto... Maud, Maud, lo que importa es que tú vivas y seas feliz. De no ser así, me hubiera casado contigo...

Se había acercado un "taxi". Abrióse una portezuela. Dos brazos ayudaron al mutilado a subir. El batir de la portezuela, el ronquido del motor...

El valeroso soldado huía. Porque, a veces, huir es heroico.

ANECDOTA

Para consolar a la mariscala de Villeroy después de la batalla de Ramillies, en la que su marido y su hijo tuvieron tal vez la culpa de la derrota que sufrió el Ejército francés, hubieron de decirla que el mariscal y el duque de Villeroy estaban buenos.

—Eso me basta a mí — respondió ella; — pero no es bastante para ellos.

LUCIANA

Por José Cerdán Aranda

En varias leguas a la redonda, ninguna criolla tenía fama de ser tan hermosa como Luciana, la hija de don Cipriano, uno de los puesteros de la estancia del señor Gutiérrez, allá por el sur de Buenos Aires.

Efectivamente, la muchacha era hermosa. De una hermosura natural, casi agreste, algo imperfecta a juzgar detalle por detalle, pero seductora en todo su conjunto. Su cara y su cuerpo no conocían de otros refinamientos para hacerles seductores, que los que proporcionan una tina llena de agua cristalina donde se chapuzaba apenas clareaba el día; unos vestidos limpios, con olor a retama y hierbabuena, y un peinado sencillo, aunque cuidadosamente hecho, con un rodete a cada lado de la cara.

—Chei, Luciana, ¿y pa cuándo vas al barbero? — solíanle preguntar.

La moda de la melena se había extendido hasta los más apartados confines; chinas ya viejas, tostadas y curtidas por el sol, descendientes de indios auténticos, no habían podido resistir a la tentación de cortarse el cabello, tomando así un aspecto grotesco.

Luciana se reía; su boca algo grande, pero de labios jugosos, frescos, bien delineados, se abría, mostrando el hechizo de unos dientes muy unidos, muy blancos y muy brillantes... Entornaba sus ojos grandes y rasgados, vibraban las aletas de su nariz, ligeramente respingona, y contestaba invariablemente:

—Pa cuando tenga la tifoidea, que me pelarán al cero.

Un peón, el de mejor estampa, el más bravo domador, y el más corajudo pero sin vanos alardes, bebía los vientos por la Luciana. Era también un excelente tipo de criollo, bien plantado y bueno.

Cuando las noches de los sábados salía con algunos a festejar la velada yéndose a las pulperías a jugar un rato, llevaba por única arma un rebenque, "pa castigar al destino... y a los malos intensionaos"..., como decía Lindolfo.

La Luciana también gustaba del mozo, pero, ladina, y sabiendo con esa intuitiva coquetería femenina que para hacerlo más suyo. más debía ella hacerse valer, fingía no darse por enterada, y ahí me le tenía al pobre Lindolfo.

Como una tromba de bichos molestos, cayó Jorgito con un grupo de amigos a pasar una temporada veraniega en la estancia.

Jorgito era el prototipo de los niños fifís, enviciados y groseros, quien en su calidad de hijo del dueño se propuso hacer de la Luciana su amante mientras durase su estada en la estancia.

Y es que, ante aquella carne fresca, lozana y maciza, su sensualidad, brindada tan sólo a pecadoras pintadas y metalizadas, se sintió enardecida, y el señorito que tenía manicura, que se depilaba las cejas y se hacía dar masajes faciales; el niño bien que usaba la gomina por kilos y se perfumaba con lociones super-finas, se sintió arrastrado en su condición de hombre hacia la hembra garrida y fuerte, que sólo conocía como perfume ultradelicioso el que emanaba su cuerpo limpio.

Y todavía indicó a sus compañeros:

—Ya saben, muchachos: la Luciana para mí; ustedes apunten hacia otro lado.

A Lindolfo le decían:

—Chei, Lindolfo, tené cuidado del patronsito. Nos paice que apunta pa la Luciana.

—¿Y d' entonces? La que tiene que tener cuidao es ella, pues.

Y ella lo tenía; admitía algún manotón de Jorgito, quien frotándose las manos daba aquello como pan comido, pero un día en que las cosas, por las proporciones que tomaban, amenazaban pasar a mayores, la Luciana se empacó, y no siguió adelante.

El barbilindo no se explicaba esa intempestiva salida, y cuando tras mucho pedir consiguió que la moza explicara las causas de actitud, le dijo ésta:

—Vea, niño. Soy nacida en el campo, y Usted es de la ciudá. Las yuntas se forman con animales de una misma casta, pues. Usted es de una y yo soy de otra.

Rumbee pa otros pagos, que allá por Buenos Aires hay porteñas muy lindas...

Las que nacemos aquí, en los ranchos, y nos venimos gurisas y de gurisas mujeres, queremos pa nosotras hombres gauchos... Y, además, hay algo que no me gusta en usted. A mí los hombres me gustan que a la distancia huelan a hombre, y no a perfumes venidos de la Francia; que el perfume sea el del cuerpo cuando está limpio y na más.

Lindolfo andaba cerca moredeando, y ella lo vió:

—Chei, Lindolfo, vení p' acá, pues. No te hagás el arisco y duro e' boca.

El mozo se acercó, ella se prendió de él y le dijo a Jorgito:

—Este es de los míos, como me gustan, porque somos como los tientos cortaos de una mesma lonja...

Y ante el asombro de Jorgito, y el no menos, aunque feliz asombro, de Lindolfo, se llevó a éste del brazo, decidiéndose por fin a mostrarle la realidad de su amor...

Nuevo administrador general de los Ferrocarriles del Estado



El ingeniero don Manuel J. Claps, designado por el P. E. administrador general de los Ferrocarriles del Estado, acompañado de los ministros de Obras Públicas y de Hacienda, doctores José Benjamín Abalos y Enrique Pérez Colman, respectivamente, del vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, señor Victoriano Ortúzar, y de un núcleo de altos funcionarios de la mencionada repartición, después de haber sido puesto en posesión del cargo por el ministro de Obras Públicas, doctor Abalos.

Conferencia del señor Hugo Miatello



El ingeniero agrónomo, señor Hugo Miatello (hijo) rodeado de un núcleo de profesores, después de pronunciar su conferencia sobre el tema "California, edén de Norte América", en el salón del Museo de Bellas Artes.

Banquete al señor Sandullo



Cabecera de la mesa en el banquete que, con motivo de su jubilación, le fué ofrecido al señor Víctor Sandullo en el Restaurant Trocadero, por un numeroso grupo de amigos.

Manifestación de adhesión al presidente Irigoyen





Un aspecto de la manifestación de adhesión al presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, organizada por el Comité Ejecutivo del Comercio y de la Industria. — Vista tomada al llegar la columna a la plaza de Mayo. — A la izquierda: el jefe de policía de la capital, coronel Graneros, esperando a los manifestantes frente a la casa de gobierno.

La fiesta de la poesía actual en la Facultad de Filosofía y Letras





Organizada por el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, llevóse a cabo en el salón de grados de la Facultad de Filosofía y Letras, la "Fiesta de la poesía actual". — A la izquierda: el decano de la mencionada casa de estudios, doctor Emilio Ravignani acompañado de la doctora Nydia Lamarque, de la señora Blanca de la Vega y de algunos de los demás poetas que tomaron parte en la audición. — A la izquierda: vista parcial de la numerosa concurrencia de familias que llenaba el local.

Recital poético



La declamadora señorita Wally Zenner mientras interpretaba "Cuentos de la abuelita", de Eduardo O. Zapiola, en la audición poética organizada por la Asociación Filarmónica Argentina.

Torneo atlético anual





En la cancha del Club F. C. O. realizóse el octavo torneo atlético anual del Colegio Americano e Instituto Comercial Ward. — A la izquierda alumnos del curso superior, que se clasificaron primero y segundo en la carrera de 400 metros. A la derecha: la llegada de la carrera de 100 metros entre alumnos del curso inferior.



Durante una exhibición de ejercicios gimnásticos.

Bibliografía



Señorita Julia Bustos, autora del libro de poesías "Los temas eternos", recientemente aparecido.



Sr. Arturo Vázquez Cey, a cuya pluma se debe "El Angélico Asesino", colección de apólogos últimamente editada



Señor Alberto Larrán de Vere, autor del folleto "Vicenta Castro Cambón. — Su vida y su obra", acabado de publicar



Señor Silvio A. Rentería, autor del volumen titulado "Devaneos", recientemente aparecido.

PURA BLAYA



Se nos ha muerto Pura Blaya.

Era como una hermana nuestra, y al irsenos abrió en nosotros ese claro de soledad que dejan aquellos cuyo recuerdo, si bien será una compañía perdurable, casi una presencia espiritual, tiene siempre la insondable tristeza de las ausencias definitivas.

Se nos ha muerto Pura Blaya, y con ella un pedazo de nuestra vida.

Más que una de las intérpretes felices del teatro, más que una mujer en la cual se juntaban todos los dones de la gracia y de la inteligencia, Pura Blaya fué el alma cordial, alegre, tierna, hecha de armonía y dulzura, que difundió a su alrededor, en cuantos tuvieron la buena fortuna de conocerla, el encanto del mundo, este concepto amable de la existencia que aún en la desgracia cruel obliga a resignarse y callar la protesta.

La juventud se había prodigado en Pura Blaya. La admirable belleza que hemos sentido en sus manos, en sus ojos, en su frente serena y límpida — y que, a pesar de la muerte, más allá del tiempo y el espacio, permanecerá indemne en nuestro recuerdo — no era sino una trascendencia profunda de su alma. Así su perfección física parecía venir, leve, de los caminos superiores del espíritu. Era simple y absoluta como el agua y el fuego.

No sabíamos si era por lo mucho que la queríamos, pero cerca suyo respirábamos la atmósfera apacible, reconfortante, aligera, de las cosas que enaltecen el espectáculo de la vida: una estrella, un pájaro, una flor.

A su lado recobrábamos la alegría, el aliento, la ráfaga de frescura que disipaba en nuestras frente dobladas de fatiga la impresión áspera de las jornadas de lucha. Su palabra nos trajo a menudo el cálido arrebato de fe que necesitábamos. Su bondad, que era tanta, desparramóse en nuestros días con la millonaria disipación de quienes guardan un inagotable tesoro. Porque ¿de donde sacaba Pura Blaya los infinitos gestos de cariño, de sabia comprensión, de exquisita dulzura, de expansiva amistad de que, ahora, está lleno el recuerdo de su vida? ¿Quién inspiraba en ella esa sutil delicadeza de alma? ¿Qué favor divino había caido sobre ella para que fuera tan buena?

Se nos ha muerto Pura Blaya, y es como si acabáramos de perder el mejor y más hondo latido de nuestro pecho. Por eso la lloraremos siempre, y por eso, en cada aniversario, nos cubriremos del duelo que enluta hoy nuestras palabras.





HIJOS Y ARBOLES

Por Alfonso Pérez Nieva

I

Era el frutal el benjamín del huerto, y en plena madurez, cuando se cubrían sus ramas madres de peras de invierno que las abrumaban haciéndolas encorvarse, con su altura y su esplendidez de organismos nuevos recordaba aquellos mancebos primitivos de los tiempos prehistóricos patrocinados por su tribu. A la primera mirada presentíase en el árbol un culto, una veneración, algo como un derecho, respetado, a la humanidad. Sus peras se sazonaban colgando y pendientes se pudrían, y las que rodaban permanecían en la húmeda tierra, sin que nadie, legítima ni ocultamente, las levantase. Concluía, por último, de rodear al frutal del misterio una verja circular que le ceñía el tronco, rematada en agudos pinchos, con el elocuente propósito de que fuera imposible rebasarla. Así considerado y defendido, parecía explicarse el que diera tan hermosa cosecha, libre de arranques prematuros. Hasta siendo frutal se necesita buena suerte.

Semejante culto sagrado tenía un sacerdote que oficiaba todas las tardes bajo el sol del otoño, que no faltaba nunca aunque arreciase la turbonada y que permanecía las horas muertas contemplando en silencio el frutal. Era un anciano enjuto, grave, rígido, Seguía muy derecho su ruta, sin que le hicieran ladear la cabeza a los recuadros los aromas de los fresales en la primavera, de los manzanos en el invierno, de las legumbres en toda estación. Con un sombrerón de campo encasquetado salía de la casa e iba a sentarse frente al peral. Al verle alboreaba en su rostro una iniciación de sonrisa que se apagaba en el acto; diríase que reconocía al tronco y le saludase.

Después se le quedaba mirando sin pestañear, con unas pupilas inmóviles, petrificadas, sin luz, de modelo en yeso, y así permanecía trocado en una estatua hasta que la estrella de la tarde surgía por detrás de las ramas cuajadas de peras y se remontaba luego fijándose temblorosa a la vista del viejo solitario como si sollozase por él.

Porque bastaba considerar la actitud meditativa en que se hundía, para adivinar la idea fija gravitando siempre con su peso de plomo sobre el cerebro, la locura. Aquella mirada que tenía un fulgor pasajero para saludar al árbol, apagábase en seguida, y aunque caía sobre el frutal, dejaba de verlo, se perdía en el espacio, abismándose en él con la indecisión de lo que no está dirigido, con esa vaguedad que denota en el rayo lumínico de la pupila humana la carencia de la voluntad consciente que lo proyecta. Pero la demencia del pobre anciano no pasaba de ahí, de hacer una larga visita a su peral. Y consintiéndole el capricho, no sufría accesos de furia, mostrábase dócil, flexible, infantil mudo, sin pronunciar jamás palabra alguna, sordo e insensible a los halagos de la vieja criada nacida en la casa, otro árbol casi centenario que le prestaba su sombra protectora en ausencia de los seres queridos eternamente, ausentes en ultramarinas tierras, y única familia que le restaba después de la espantosa muerte de su hija, causa ocasional del eclipsamiento de aquella razón.

Todo el mundo recordaba en el país la catástrofe. El dueño de la Olmeda, una magnífica quinta con bosque y huerto, sin rival en toda la comarca, tenía la costumbre de que cada uno de sus hijos plantase un árbol en su heredad. Al cumplir los cuatro años la tierna mano infantil dejaba en la tierra la semilla del futuro tronco, y del acto que daba en el corazón del niño otra semilla no menos provechosa, la primera del amor a la naturaleza. Aunque el hortelano era luego el que cuidaba del retoño, el padre obligaba al mocito a que lo visitara diariamente. A los tres lustros de vida al muchacho hacíase cargo absolutamente del árbol. Resultaba una simpática mayoréa de edad, anticipada por la blandura del sentimiento, por el hábito de proteger y cuidar algo débil.

El dueño de la Olmeda tenía muchos hijos. Era un hombre fuerte y sano, con la robustez de la existencia deslizada en el campo, en contacto con la tierra, bajo la acción de todos los elementos, y enlazado a una mujer igualmente recia e hija del aire libre, la prole de ambos fué abundante. Lo decían en el país admirándolos. Son dos ricos con sangre de pobre. Y sin embargo, la suerte que desde luego cubrió con sus alas las respectivas cunas y que siguió cobijando el lecho vulgar, cansóse de seguir protegiéndolos y volvió la espalda a sus vástagos. Ninguno de los hijos, excepto el último, una hembra, se logró por entero. Unos antes, otros después, quien de niño, quien de adulto, murieron todos y el huerto perdió sus más lozanos árboles frutales.

Un solo hijo había respetado la hoz de la muerte y un sólo árbol frutal sobrevivía de los plantados por las manos infantiles. Ente... el plantador dejábase secar su árbol, como un tributo al partido para siempre. Y a manera de compensación, el último vástago era una linda jovencita, llegada a la adolescencia en la plena posesión de la fuerza, a la vez que el peral que ella cuidaba, exuberante de savia, daba frutos hermosísimos.

Pronto la jovencita dejó derivar hacia un hombre toda su benevolencia. La próspera fortuna quiso que encontrara un espíritu gemelo, y celebrada la boda, al año daba un nieto al dueño de la Olmeda, que se sintió estremecer de alegría cuando oyó el primer vagido del nuevo ser, y en seguida pensó en la generación de árboles simbólicos que se podían plantar, ya que muerta su cónyuge no cabía que, pareja de su sucesión directa, alzasen sus copas más frutales. Y he aquí que un día sorprendió una tormenta en el huerto a padre e hija en el instante en que ésta arreglaba con unas tijeras su árbol, y una chispa eléctrica la mata en la presencia de su propio padre, que al ver el carbonizado cadáver perdió súbitamente la razón, siendo en vano cuanto se hizo para que la recobrara, declarándole, al fin, incurable los médicos.

Su carrera llevóle al viudo a ultramar, yéndose con su hija, después de ordenar el enverjamiento del frutal de su esposa, y en la quinta se quedó solo, entregado a su mutismo y a su adoración, único náufrago superviviente del juicio perdido, sin contestar jamás a nadie, blanqueando sus cabellos, el pobre dueño de la Olmeda, que quizás no reconocía otra cosa, aunque vagamente, que aquel fruto que le recordaba todas las tardes a su hija.

II

Cuando el pobre fué aquella tarde como todas a visitar su árbol, pasados diez años, ignoraba que le acechaban sin pestañear unos ojos "hechos" a escudriñar en la locura. La víspera, la vieja criada, regocijadísima, había visto llegar a la quinta, de vuelta de Ultramar y decidido a no moverse más del país, a su antiguo amo el marido de la señora muerta, con su hija, una jovencita tan semejante a su madre, que no parecía sino que era la propia difunta retrotraída a sus doce primaveras. Los mismos ojos, idéntico pelo, igual estatura, hasta el timbre de voz análogo.

Pero lo que produjo a la fiel sirviente una profunda alegría fué el saber que el señor que acompañaba al padre y a la hija era un antiguo condiscípulo de bachillerato del primero, encontrado con él a bordo del transatlántico, alienista y muy eminente en su profesión, y al cual traía a la quinta la esperanza de curar al anciano. Por los antecedentes que en el buque se hizo referir, creía intentar, con algunas probabilidades de éxito, la operación; de que aquella tarde hubo observado al loco, afirmó rotundamente que le devolvería el juicio.

—No te quepa duda, decíale por la noche el alienista a su amigo, fumando solos en un cuarto después de la cena. La locura de tu suegro no proviene de herencia ni de debilidad del cerebro. Es un anonadamiento de la sensibilidad, bajo el cual la memoria se ha quedado como ahogada. Al acercarse al árbol hay en su mirada un instante de lucidez que se apaga en seguida, incapaz de sostenerse, bajo el sueño de la memoria. Esta es la que hay que poner en movimiento por una conmoción brusca. Si consigo impresionarla y que recuerde, está salvado.

—Chico, le repuso su amigo, yo tengo en tí una confianza absoluta. No es lisonja de condiscípulo. Conozco tu talento y sé algunas de tus curas maravillosas. Con que pide lo que te haga falta.

—Poca cosa. Tú me has dicho que conservas toda la ropa de tu mujer.

—Desde que se casó conmigo.

—¿A qué edad fué eso?

—Tenía quince años.

—Entonces vas a buscar su traje más llamativo y a hacer que tu hija se lo pruebe. Y a ésta ya la adiestraré yo mañana en el papel que le toca representar.

—¡Me parece adivinar lo que intentas! ¡Es una prueba decisiva!

No hablaron más, y al día siguiente desde por la mañana advirtióse en la quinta como una inquietud, el extraño desasosiego en sus moradores del que espera algo grave. La jovencita permaneció un buen rato encerrada con el padre y el médico en el despacho de la casa. Al concluírse la conferencia brillaban mucho los ojos de la niña y se advertían en sus pestañas humedades de llanto. La vieja criada estuvo ocupadísima cosiendo, achicando prendas antiguas de la señora. Los criados atisbaban intrigadísimos tan inusitadas operaciones. Sabían que el huésped de sus amos iba a intentar la curación del enfermo; pero esperaban aparatos, camisas de fuerza, recetas, y nada de eso parecía. Y de aquí su curiosidad redoblada ante la labor singular de la sirviente. Y llegó en estas la tranquila y primaveral tarde.

Aún el sol en el horizonte, con su sombrerón puesto dirigióse el pobre loco al árbol, andando como siempre, con el paso vacilante del ensimismado. De haber gozado de sano juicio habríale chocado quizás un boquete abierto a tijera en una cambronera próxima al frutal, por la que asomaban con precaución dos cabezas de hombre atisbando juntas. El anciano no reparó en nada y se acercó; derecho siempre al árbol.

De pronto, vestida con un sencillo traje rosa de forma anticuada en el que se adivinaba un figurín pasado de moda, con el cabello por la espalda, sonriente y jubilosa, se destacó del frutal la figura de una jovencita que se cruzó con el anciano, y ofreciéndole una pera le dijo a la vez que hacía un ademán de ternura:

- ¡Papá, papá! ¡Mira esta qué hermosa es! ¡No me negarás que no hay en el huerto árbol que dé frutos mejores que el mío!

El loco no aguardaba la aparición. Clavó sus ojos en ella, y a la vez que su mirada caía sobre su nieta, la voz de ésta, aquella voz eco exacto de la de su madre, vibró en sus oídos. El efecto fué instantáneo. El anciano se detuvo en firme, se le dilataron las pupilas, demudósele el rostro y de pronto tendió los brazos a la celestial figura y la grito con voz frenética:

—¡Hija, hija!

El alienista estaba ya de un salto junto al loco. Su nieta, perpleja, le miraba entre aterrada y conmovida. Al cabo el pobre anciano rompió en sollozos, y se arrojó en los brazos de la jovencita, mirándola con una mirada lúcida y llena de resplandores, mientras el médico gritaba con anhelo:

—¡Está salvado! ¡Llora! El dolor es la sensibilidad, es la luz del cerebro.

III

Completamente cuerdo aún tuvo el anciano diez o doce años de su vida a su disposición para plantar nuevos árboles frutales en el huerto de su casa, que substituyeron a los extinguidos. Cada uno significaba un biznieto. No hay invierno, ni en la naturaleza ni en la vida, al que no siga una primavera.

En honor del ingeniero Luiggi





La cabecera de la mesa durante el banquete que el embajador de Italia, conde Alberto Martín Franklin, ofreció en honor del ingeniero y senador italiano Luis Luiggi, con motivo de su partida para Europa.

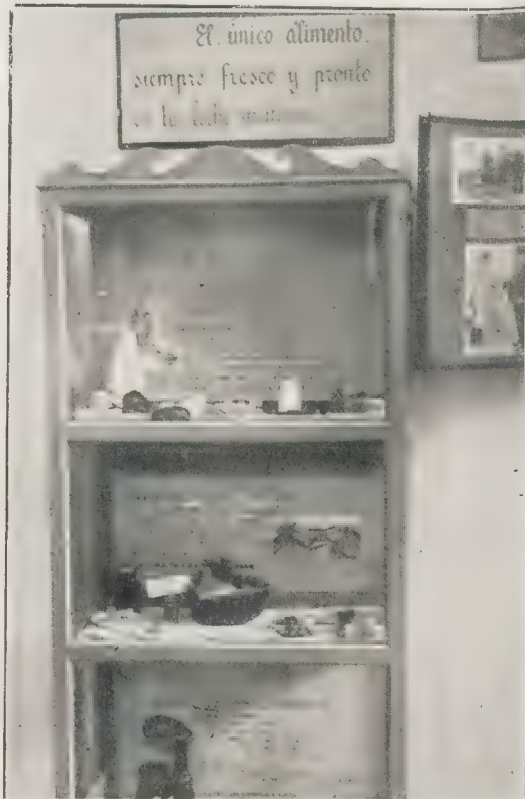


El ingeniero Luiggi recibiendo de manos del embajador de Italia, la medalla de oro conmemorativo con que le obsequiara la Federación de Sociedades Italianas

LA SEMANA DEL NENE



Una madre visitando las instalaciones e imponiéndose de los consejos recomendados por la ciencia en el cuidado de la infancia.



Una de las vitrinas de la exposición de puericultura, por cuyas instalaciones desfiló numeroso público.

Homenaje a la memoria de la señorita Alem





Dos instantáneas obtenidas mientras se tributaba el homenaje a la memoria de la señorita Tomasa Alem, organizado por la comisión directiva del comité que lleva su nombre y realizado ante la tumba que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta.

NECROLOGIA



Señor Cosme Lecumberri, recientemente fallecido en la capital federal

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Dora Sosa con el señor Francisco Wright



Señorita Rosario Llambías recientemente desposada con el señor Domingo M. Grillo



Señorita Adelina Scorcelli con el señor Juan A. Cambiasso



Señorita Esther Martín con el señor Julio César Corbacho



Señorita Delia Ramírez con el Dr. Dionisio Caravias Vera



Señorita Ranceze con el señor Peró



Señorita María Esther Conde con el señor Fernando Hernández



Señorita Inés Queirolo



Señorita García Núñez con el señor Capdevila

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "El gondolero de Venecia", film dirigido por el pintor Vassalo e interpretado por Hugo Gracci, Lya Maris, Gino Viotti y Adelina Thierry, que la Mundial estrenará mañana en los cines París y Callao.



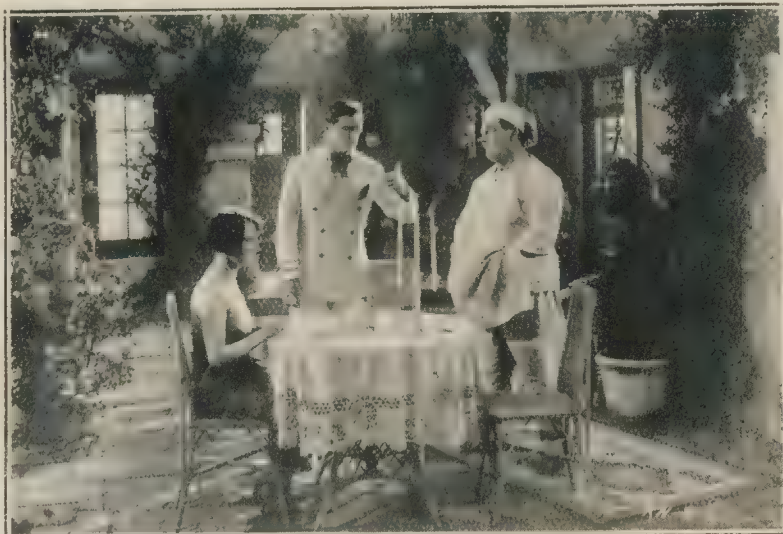
Bárbara Bedford y Boby Nelson en "La callejuela encantada", que la Corporación estrenará mañana



Richard Gallagher y Fátima Avery en Alex el grande", que la General exhibe desde el domingo último



Samba y Fatú, protagonistas de la original película "Samba", realizada por negros salvajes del Africa, que se dispone a presentar como extraordinaria la Ata Film en este mes



Escena de "Gato salvaje", nuevo film de Tom Mix que la Fox estrenará mañana.



Escena de "Su primer viaje", cinecomedia de la cual es protagonista George Davis, y que la New York Film exhibe desde el jueves último

Un sistema moderno para orientarse en las emigraciones y en las costumbres de los pájaros

El interés por los pájaros empezó seguramente en aquellos remotos tiempos en que un conocimiento íntimo de la Naturaleza era el único recurso del hombre primitivo para su alimentación.

Mucho antes del amanecer de la Historia, el misterio de las grandes bandadas de pájaros que aparecían en la primavera o en el otoño, constituyeron siempre un motivo de gran interés para el hombre y fantásticas leyendas se basaron en estas apariciones, leyendas que se han conservado en la Mitología y en el Folklore de todos los pueblos.

En los tiempos más antigüos existía la idea de que las aves eran siempre mensajeras de fortuna o de dicha; los sacerdotes y los adivinos profetizaban o leían en ellos el futuro de los hombres y de los pueblos.

En las tradiciones, en las baladas, en las leyendas, en la literatura de todos los países los poetas han sentido siempre el encanto y la poesía de las alegres bandadas de pájaros, que han cantado una y mil veces en todas las leyendas.

Como es sabido, las aves procedentes de los países del Norte aparecen en las latitudes medias en el mes de julio, aumenta la emigración en el mes de agosto y se completa en septiembre, permaneciendo hasta octubre y noviembre, en que los fríos del invierno que se aproxima, les impulsa a emigrar de nuevo a las templadas regiones del Sur, hasta la primavera, en que se dirigen de nuevo hacia el Norte.

El retorno de las aves emigrantes a las heladas regiones del norte, anunciando así el termino del largo y penoso periodo del invierno, es motivo de verdadero júbilo para los habitantes. Durante cuatro estaciones consecutivas que permanecimos entre los esquimales en los hielos del mar de Bering, tuvimos ocasión de observar la llegada de los viajeros. El primero en llegar era siempre un ganso, que venía seguramente en calidad de explorador a reconocer el terreno, al que había de conducir a sus crias después de recorrer aquellas regiones lanzando al aires una serie de sonidos estridentes que se oían todavian cuando se habían perdido de vista, desaparecia hacia el Jukou y los demás pájaros no aparecian ya hasta que se habia iniciado el deshielo, dejando algunos terrenos descubiertos.

Solamente en los Estados Unidos se calcula que existen más de cuatro billones de pájaros, millones de los cuales emigran a cambiar las estaciones.

Por medio del sistema moderno de poner anillos en las patas del pájaro, podemos saber hoy con seguridad su procedencia, su destino y determinar exactamente el número de areás recorridas. El sistema de marcar a los pájaros para dicho objeto se ha desarrollado en Europa y los Estados Unidos durante los últimos treinta años. Los investigadores de las costumbres de los pájaros familiarizados ya con la vida de ellos, los capturan por medio de ingeniosas trampas, en las que caen sin sufrir el menor daño, procediendo luego a colocar en la pata izquierda de cada uno de ellos un anillo de aluminio con una direccion central y el número correspondiente con objeto de que al capturarse de nuevo el pájaro, muerto o vivo, pueda el que lo encuentre informar en este sentido. El empleo de las aves mensajeras se remonta y se pierde en los más lejanos tienpos; ya de Noé se nos cuenta en la Biblia que envió una paloma fuera del Arca para saber si habian ya bajado las aguas y la paloma no tardó en volver con una ramita de olivo en el pico.

El primer registrador de pájaros, según se lee en la Historia Natural de Plinio, fué un caballero romano que logró comprobar varias veces los distintos vuelos de una bandada de golondrinas desde Volterra, en Toscana, hasta Roma.

En 1710 fué cogida en Alemania una garja que llevaba varios anillos, uno de ellos colocado en Turquía.

En 1899, el profesor Mortensen, de Dinamarca, empezó a poner los anillos de un modo sistemático y a registrar sus observaciones, obteniendo tan grandes éxitos, que su sistema fué pronto adoptado en otros países, como Inglaterra, en Suecia, en otros puntos de Europa y en los Estados Unidos, no tardando en tener muchos imitadores.

Entre sus anotaciones figuran dos gaviotas cogidas en el Atlántico; una de ellas marcada en 28 de junio de 1923 en las islas Farne, lejos de la costa de Northumberland, fué cogida el 12 de agosto de 1924 en St. Barbe, Newfoundland. La otra, marcada también en las mismas islas en junio del 24, fué capturada en Labrador en octubre de 1925.

Andubon fué el primer aficionado en América que se dedicó con verdadero ahinco a marcar los pájaros en Filadelfia. Otros muchos siguieron su ejemplo, hasta que en 1920, la Sociedad Biológica se hizo cargo de estos experimentos; a los esfuerzos dignos del mayor encomio de unos y otros, se debe el rápido desarrollo de esta nueva forma de investigación científica.

Considerable también ha sido el trabajo de Mr. Jackk Miner, en Kingsville, Ontario, que se dedicó a marcar patos y gansos salvajes que llegaban hasta su retiro, constatando que el 40 por 100 de los

animales que le visitaban en otoño, volvían en la primavera, lo que demuestra una vez más la confianza que se establece entre el animal y el hombre, cuando la aproximación se hace por parte de éste con intenciones benévolas.

Una prueba del gran interés que ha despertado en América esta cuestión, es la fundación de cuatro grandes asociaciones, entre las cuales se han dividido todas las especies. El interés sigue siempre en aumento en vista de las exploraciones que se hacen hoy día a los puntos desiertos de América, incluyendo también aquéllas a las regiones árticas.

La Sociedad Biológica, procura atender e informar en todo lo concerniente a esta cuestión. Como la mayoría de las aves marcadas son especies protegidas por la ley federal, se exige que todo cooperador obtenga del departamento de Agricultura un permiso especial para capturarlas. La Sociedad proporciona, además, al aficionado las instrucciones necesarias y una serie de anillos de aluminio de todas medidas, exigiendo que éste mande la fecha, señas del pájaro marcado, etc., a las oficinas donde está establecido el registro.

Trece mil setecientas noventa y cuatro aves han sido registradas en estos últimos tiempos, entre ellas había unas 200 especies.

Cuando un pájaro americano marcado se captura, el número, la fecha y el lugar de su inscripción son comunicados a la Sociedad Biológica, que a su vez notifica al remitente el origen del ave y las circunstancias que pueden interesarle.

La captura y la marca de las aves tiende, además, a un más íntimo conocimiento de la Naturaleza.

Los diversos procedimientos ensayados para la captura de las aves han dado por resultado la obtención de unas trampas perfectamente útiles e inofensivas; la experiencia demuestra que el animal no sufre el menor perjuicio y pronto se convierte en un celoso defensor de sus dominios(donde encuentra siempre en abundancia el alimento preferido, y donde cualquier intruso suele pagar con la vida su audacia.

En estas trampas automáticas, que no escogen, naturalmente, su presa, es frecuente encontrar ardillas, ratones, ratas, pequeños conejos, skungs, etc.,; una pequeña serpiente cascabel fué encontrada en una trampa de codornices en Georgia.

Mr. Baldwin uno de los más entusiastas aficionados, ha obtenido por este sistema, más de 40.000 pájaros, sin haber tenido que registrar más que cuatro o cinco accidentes; demostrándose así lo benévolo del procedimiento, como también lo demuestra el hecho de volver siempre al mismo sitio los pájaros, una vez puestos en libertad.

Estableciendo una serie de trampas automáticas en una misma estación, visitada en frecuentes intervalos, la cantidad de pájaros obtenidos puede variar entre unos cuantos de ellos, hasta 200 y más, entre los que se distinguen a menudo una gran cantidad de especies.

[illegible] jaro que, [illegible] obstinaba siempre en [illegible] trampa, en [illegible] encontraba [illegible]

También se han observado [illegible] nente las costumbres de [illegible] comprobado [illegible] las [illegible] las parejas que [illegible] maban [illegible] que eran muchas veces [illegible] del año pasado. Entre la especie de los "reyezuelos", no se conoce la poligamia, si bien demuestran tener un claro sentido del divorcio moderno. En Hillcrest, los "reyezuelos" llegan antes que las hembras, en la primavera, escogen algún nido adecuado y esperan cantando la llegada de ellas, que, al parecer, demuestran mayor interés en e[illegible] el nido que el marido.

[illegible] stos datos en [illegible]

[illegible] s años esta Sociedad desarrolló un programa de enviar una expedición al Norte del continente, donde existen gran cantidad de aves salvajes, con objeto de marcar algunas especies y obtener de este modo datos del itinerario que siguen en sus emigraciones.

Esta primera expedición, a cuyo frente iba el famoso naturalista doctor O. J. Murie, recibió órdenes para recorrer las inmensas tundras de Hooper Bay, Alaska, al Sur del Yukon. Llegó la expedición a Fairbanks el 18 de mayo, donde con trineos y perros se organizó una caravana que se internó 700 millas en las heladas regiones que visitaban por primera vez los naturalistas y que obtuvieron en esta ocasión un verdadero éxito. Se obtuvieron diversas especies de aves, algunas muy interesantes; solamente de la raza Honker (patos salvajes del Canadá) se marcaron 153; de 39 de éstos, que fueron cogidos más tarde en diferentes sitios durante su emigración, se enviaron informaciones a la Sociedad Biológica. Por los distintos lugares donde fueron capturados, puede fácilmente deducirse el recorrido que hacen y los puntos donde se detienen. La primera información recibida fué desde las regiones del río Ugashik, cerca de la bahía de Bristol, Alaska. La segunda se recibió desde 2.200 millas más lejos de las islas de la Reina Carlota, Colombia; otro fué cogido en Copalis Beach; otros en Oregón, y una gran cantidad de ellos en California, en las lagunas de Sacramento y de los valles de San Joaquín, donde acostumbran a invernar.

LOCURA

Para Otilia S. [illegible]

Una boca sin igual
y unos ojos que asesinan
e iluminan
a unos labios de coral
que fascinan,
que embrujan y que hacen mal,
es el ser que me atormenta
noche y día;
y en un contraste me alienta
a exprimir la vida mía,
para extraer la alegría
que sustenta
tanta... tanta brujería.
Un contraste que me mata
locura por una ingrata
que es por ingrata querida.
Si a su vida
no encadena mi pasión,
yo perderé la razón;
que su huída
no la borrará el olvido,
pues se llevará prendido
al suyo, mi corazón.

Julio I. SANTANA

Son curiosísimos los estudios que se han hecho sobre las costumbres de los pájaros. La enorme cantidad de informaciones recibidas por el sistema de anillos grabados, nos ha proporcionado algunas estadísticas sobre la mortalidad de las aves.

En Thamosville, una urraca fué capturada en el mismo sitio durante seis años consecutivos. Durante el otoño de 1914, un pato herido y enfermo, fué capturado, puesto en cura y marcado por el doctor Alejandro Wetmore; doce años más tarde fué hallado y murió en California. En 1913, un pingüino, con algunos otros de su especie, fué marcado en Muscongus, Maine; cuatro años más tarde, un negro que navegaba en una chalupa por el río Niger, en el Oeste de la costa de Africa, encontró el cadáver de un extraño pájaro blanco flotando sobre las aguas, y como le llamara la atención además un curioso anillo de aluminio sujeto en una de sus patas, lo llevó a un misionero, de

Puede decirse que este nuevo sistema de investigación científica ha facilitado además la vida a miles de pájaros. En los Estados Unidos; Canadá y otras regiones, se prepararon refugios a las aves en grandes extensiones de bosque, [illegible] asegura el sus[illegible] y encuentran protección [illegible] el riguroso período del invierno.

Los nombres musulmanes

Los musulmanes no tienen nombres patronímicos. Estos se extinguen al morir su poseedor y no pasan a los descendientes.

Los nombres se dividen en cuatro grandes categorías:

En primera línea vienen los dos profetas, siguiendo la sentencia de Mahoma: "Dad a vuestro hijo el nombre de un profeta".

Así hay infinidad de musulmanes que se llaman Ibrahim (Abraham), Soliman (Salomón), Moussa (Moisés), Daoned (David), Mohammed, Ahmed, Mahmoud (los tres nombres del profeta de la tierra, en el cielo y en los infiernos).

Vienen en seguida los nombres de los que han trabajado para establecer y propagar el islamismo, como Osman, Omar, Alí, etc.

La tercera categoría es la de los nombres que comienzan por Abd (servidor), como Abd-Alláh (servidor de Dios), Abd-el-Kader (servidor del Todopoderoso), Abd el-Kerim (servidor del Generoso), Abd-el-Rhaman, Abd-Azis, etc., y así sucesivamente.

La cuarta serie es la de los nombres terminados en "din", como Salah-el-Din (restaurador de la religión), Krair-el-Din (bienhechor de la religión), etc.

A estas palabras, la reina de los dioses siente encenderse su furor.

"—¿Por qué — dice — me forzáis a romper el silencio y a hacer estallar un resentimiento que yo encerraba en mí misma?".

Marcelo dejó caer sobre sus rodillas el libro entreabierto y miró al jardín que, como un ramo, ofrecía sus rosas y su follaje claro.

La lectura de la Eneida no le interesaba. Había tomado al azar ese libro de uno de los anaqueles de la biblioteca, pero lo leía sin atención, distraído por el vuelo de las abejas y la ondulación de los tilos. ¿Cómo interesarse en la traducción de un poeta, cuando el jardín es por sí solo un poema en film? Marcelo tendió una mano hacia el velador y tomó un cigarrillo.

El odio de los héroes, la cólera de los dioses, todo parecíale ahora desprovisto de interés. El prefería los tiempos modernos, su vida tranquila al abrigo de toda complicación mitológica. ¿Acaso su dicha entera no estaba en su amor por Teresa? Sin duda, amar a la esposa puede parecer burgués; ¡pero él experimentaba dentro de sí mismo una dicha tan serena!

Teresa no era una esposa complicada. Marcelo estaba seguro de ella. Tan pronto como ella salía él se sentía desconcertado. Necesitaba su presencia. Miró la hora. ¡Las cinco! Una hora de espera aún. Teresa debía regresar hacia las seis. Marcelo se desperezó, bostezando. La "Eneida" rodó al suelo, agitando todas sus hojas. Marcelo no se molestó en levantar el libro. Lo contemplaba, abierto sobre la alfombra, como un pájaro herido. Sin embargo, poco a poco, su mirada fué atraída por un ángulo de papel que asomaba por entre las páginas como una oreja color malva. Inclinóse, tomó el libro y sacó de él una carta con esta simple dirección:

"*Para Marcelo*".

Reconoció la letra de Teresa. El sobre estaba cerrado. ¿Qué significaba ese misterio? ¿Por qué Virgilio, entre dos capítulos, le tendía esa enigmática carta?

Un poco turbado, rasgó el sobre y leyó las siguientes líneas:

"*Querido mío:*

"*Te pido perdón por el pesar que voy a causarte... pero ya lo he resuelto: parto esta tarde y no regresaré más. No es por tu culpa, ni tengo nada que reprocharte. Eres un esposo bueno, tierno y fiel; pero yo necesito otra cosa: tengo sed de lo imprevisto, de aventuras. La vida burguesa que llevamos me oprime: sacudo el yugo que muchas otras más contentadizas que yo estarían orgullosas de llevar. Me voy. Quizá hago mal,*

La sombra sobre el amor

Por Raymond Genty

pero esta noche de abril es tan dulce que parece hecha como para apresurar mi resolución. Adiós, mi querido Marcelo... y perdóname... pero no puedo aguantar más.—Tu Teresa".

Marcelo acabó la lectura con los ojos ardientes de lágrimas. ¡Cómo! ¡Después de cuatro años de dicha... Teresa le abandonaba!

¡Hacía unas horas, durante el almuerzo, ella hacía proyectos para el porvenir! Hablaba de un nuevo vestido y se servía por segunda vez helado de fresas, burlándose ella misma de su glotonería...

¡Todo esto en el momento de abandonar el lecho conyugal para huir con otro hombre! ¡Porque, si bien no hacía alusión a él, era indudable que debía marcharse con otro hombre! ¡No, no! Era una broma... Pero, ¿cuándo estaba fechada esa carta?

En vano dió vueltas y vueltas al papel malva entre sus dedos. Nada. ¡Sólo podía guiarle la noche de abril! La noche de abril.. y estaban en junio. El misterio se obscurecía. Marcelo tiró el cigarrillo y llamó a la sirvienta.

—Juana, ¿la señora no le ha dicho nada al irse?

—La señora me dijo que regresaría alrededor de las seis.

—¿No se llevó la valija?

—No, señor. La señora sólo ha ido a París a hacer compras.

—Sí... es lo que yo pensaba... Gracias, Juana.

Cuando la sirvienta salió, Marcelo quedóse más perplejo. ¿Qué pensar de esa carta que le trastornaba y que estrujaba en el bolsillo de su saco? Hubiera deseado salir, moverse, buscar a Teresa.. Pero, ¿dónde? Una inmensa necesidad de movimiento le hacía recorrer el salón de extremo a extremo. ¡Teresa no regresaría más! ¡Todo había terminado! A cada instante consultaba su reloj. ¡Las seis! ¡Las seis y cuarto!

¿Por qué había hecho eso? Sí; ¿por qué? ¿Y quién sería el miserable seductor?... De pronto, ante la verja florida de arvejillas, detúvose un "auto".

Teresa bajó de él y vino sonriendo hacia Marcelo, que se hallaba inmóvil en los escalones de la puerta de entrada.

—Buenas tardes, querido.

—Buenas tardes.

—¿Qué tienes? Estás muy pálido.

—¿Yo?... No, no... tranquilízate...

—Entonces, ven; cuéntame lo que te sucede. Voy a quitarme el sombrero. ¡Qué calor en París! ¿Acaso te duele la cabeza?

—No.

—No sería de extrañar, con este sol. Me encontré con la señora Leforban en las Galerías. Vendrá a almorzar con nosotros el domingo... He comprado un mantelito que es un encanto. Vas a ver. ¡Ah, pero es verdad, querido! Hablo, hablo, y no te pregunto qué es lo que tienes.

—No tengo nada.

—¡Misterioso! ¿Por qué pones esa cara?

Marcelo tendióle la carta arrugada y le preguntó con voz sorda:

—¿Quieres explicarme esto?

Teresa, echó una ojeada al papel color malva.

—¡Ah, era por esto!... La has encontrado... ¿Dónde estaba?

—Pero...

—¡Si supieras! La busqué desesperadamente durante un buen rato. No sabía en qué libro la había puesto.

—¡Es inaudito pensar que hablas fríamente de una cosa tan grave!

—Pero, querido... esta carta data de dos años.

—De dos años o de ayer; es una carta de adiós. ¿Cómo has podido escribir esto?

—No lo sé. Escucha amor mío; déjame hablar. Sí, es verdad; una noche, hace dos años, tuvimos una discusión... ¡Oh, casi nada: te lo confieso! Ya ni siquiera recuerdo cuál fué el motivo... Entonces decidí marcharme dejarte. Subí a mi habitación. Estaba nerviosa. Me quedé largo rato asomada a la ventana. Hacía una noche tan bella como ésta. Entonces escribí esta carta y luego lloré, pensando en el dolor que iba a causarte. Me acosté... y al día siguiente no pensé más en eso...

—Pero... ¿y la carta?

—¡Ah; verás! Había bajado para dártela y confesarte mi locura Tenía un poco de vergüenza. Temía que tú te enfadaras. De pronto, oí que llegabas. Sin reflexionar, y como sorprendida en falta, tomé un libro de la biblioteca y oculté en él la carta... Después quise recuperarla, pero me fué imposible encontrar al autor cómplice...

—Teresa, ¿es esa la verdad?

—Es la verdad; te lo juro...

—¿No amas a otro?

—¡Por Dios; no!

—Sin embargo, quisiste marcharte...

—¡Oh, durante una hora!...

—¿No eras, acaso, dichosa?

—Sí.

—¿Entonces?

—A menudo pasa una sombra sobre el amor más puro. ¿Cuál es la mujer que nunca ha pensado en dejar a su marido? Todas tenemos esas locuras pasajeras. Es necesario que se nos perdone.

—Pero... ¿esa locura puede volver a apoderarse de ti?

—¡Oh, desde luego!... Eso depende de ti.

—Ya no me atreveré nunca a tomar un libro por temor de hallar en él una carta

—No seas tontito, querido. Sabes bien que te amo.

—¡Tienes una manera de amar terriblemente peligrosa!

—Es la verdadera.

—Permíteme...

—La prueba es que tú me amas más desde que has creído perderme

LA CARETA

Por Félix Limendoux

...Hacía tiempo que venía preocupándome aquel detalle.

Siempre que entraba en el despacho del doctor, mis ojos se dirigían instintivamente hacia el mismo sitio para fijarse en una gran careta de cartón colocada en la pared y casi oculta entre cuadros con diplomas, animales disecados, láminas de fisiología y demás adornos propios del gabinete de un médico.

Un día por, fin, mientras esperaba a mi amigo que concluyese de comer, no pude dominar mi curiosidad y me acerqué al rincón donde estaba la careta que tanto me preocupaba, para contemplarla a mi gusto.

Tenía una mueca exagerada de risa; los gruesos labios pintados de carmín, se arqueaban en una carcajada grandísima; la nariz, enorme hasta la desproporción, terminaba en punta, y después de describir un arco descansaba sobre la boca; las cejas eran dos trazos negros que bajaban oblicuamente para unirse en el nacimiento de la nariz; y en los pómulos salientes, el artífice dejó una cantidad tal de vermellón, que materialmente parecía congestionada la cara por efecto de la risa.

Quedé un rato contemplando aquel objeto estrambótico, cuya justificación en aquel sitio tan solemne no podía explicarme, por más vueltas que le daba a mi imaginación.

El hueco de los ojos, negro y profundo, me atraía de tal forma que llegué a hacerme la ilusión perfecta de que me miraba: parecíame unas pupilas grandes inmóviles y misteriores que se fijaban en mí con inexplicable insistencia para reírse descaradamente.

Estos fenómenos de alucinación todos los padecemos; quería dejar de mirar la careta, y sin embargo, aquel pedazo de cartón, moldeado en un gesto de risa, reteníame contra las excitaciones de mi voluntad.

Hice un poderoso esfuerzo, y al apartar mis ojos de los suyos pude observar entonces un detalle en el que no me había fijado.

La careta tenía, en lo que podríase llamar la frente, varias manchas obscuras y pequeñas de un color indefinido.

* * *

Cuando me fijaba en aquéllo, tratando de averiguar lo que pudiera ser, sorprendióme la entrada de mi amigo el doctor.

—He dicho que nos traigan aquí el café; charlaremos de nuestras cosas mientras apuramos el moka. ¿Le parece a usted bien?

—Perfectamente, contesté distraído.

—¿Qué es eso? ¿Está usted preocupado? ¡Bah! Me figuro lo que es. Habrá tenido la tentación de fijarse en aquella careta, y arde usted en curiosidad por conocer su historia y sus antecedentes y la razón por que se encuentra en mi despacho.

—Es cierto, ¿a qué negarlo?

—Me parece muy natural; a todo el que me visita le sucede lo mismo, y aunque sea por centésima vez, no tengo inconveniente en relatar a usted la historia de uno de los "casos" más extraños y más originales que se me han presentado durante mi carrera. Sentémonos.

* * *

Comenzamos a tomar el café, y entre sorbo y sorbo, he aquí lo que me dijo el doctor:

—"No ignora usted que, hace seis años próximamente, prestaba yo mis servicios a la Beneficencia Municipal como médico en la Asistencia Pública.

"Una noche, martes de carnaval por cierto, hacía yo mi guardia acostumbrada. Solo en mi despacho, junto a la chimenea procuraba con la lectura distraer horas de encierro. Serían próximamente las tres de la madrugada, y hasta mi llegaba el rumor confuso de la calle, por donde pasaban alborotados grupos alegres a quienes el vino hacía vociferar y reír escandalosamente. Ya sabe usted que cerca de la Asistencia Pública está el teatro de..., donde todos los años se celebran los bailes de máscaras a que acude la gente del bronce. Procuraba distraerme, como digo a usted, cuando oí de pronto gran ruido de voces y pasos cerca de la escalera. Solté el libro y me dirigí apresuradamente a la sala de operaciones.

"En aquel momento estraban los mozos conduciendo una camilla que dejaron en el centro de la habitación.

"Era un herido. Sin pérdida de tiempo lo dispuse todo para practicar la cura que fuese necesaria, y no quiero ocultar a usted el efecto extraño que me produjo ver sobre la cama de hule que sirve para los heridos el cuerpo de un hombre vestido de "pierrot" y con esa careta que usted ve, la cual se oprimía fuertemente en una contracción muscular de la mano derecha.

"Intenté arrancársela, pero fué en vano. Uno de los guardias que venían dijo entonces:

—"No se moleste usted, señor doctor; por más que hemos hecho nosotros, ha sido imposible. Cuando recibió la herida que tiene en la ingle, sin lanzar un grito de dolor, llevóse la mano a la careta y se la apretó fuertemente contra el rostro. Así ha venido todo el camino.

"Ya comprenderá usted que me hubiera sido fácil despojarle de aquella máscara; pero no sé qué instinto secreto me obligó a respetar aquel deseo de un moribundo.

"Practiqué la primera cura con todo el esmero posible, a pesar de que veía cuán inútiles habían de ser mis esfuerzos.

"Aquel hombre había recibido una herida mortal de necesidad, y mi obligación era únicamente ponerle en condiciones de que llegase al hospital con un resto de vida.

"Mientras llenaba esta misión tristísima, el guardia me hacía historia del hecho, y he aquí lo que pude saber por su relato:

"El baile estaba en todo su esplendor a las dos y media; era imposible dar un paso por el salón, y cuando la orquesta ejecutaba algún bailable, las parejas apenas podían marcar el compás.

Desde las primeras horas había llamado la atención de los bastoneros y acomodadores una máscara que recorría sola el teatro, vestida con traje de "pierrot" y que parecía buscar algo que no encontraba.

"Trancurría sin incidente alguno, salvo esos pequeños alborotos que son de rigor en los bailes de esa clase, cuando de pronto la gente arremolinóse en un extremo del salón. Habíase oído un grito de mujer y veíase dos hombres que luchaban desesperadamente.

"Cuando la autoridad quiso intervenir, la mujer, que vestía un dominó azul, había desaparecido; uno de los contendientes luchaba por abrirse paso hasta conseguirlo, y en el suelo yacía herido el "pierrot", cuyo amplio traje de rayas blancas y negras inundaba la sangre que a borbotones escapaba de la profunda herida.

"Nadie en los primeros momentos pudo darse cuenta de cómo se cometió el crimen; después se supo todo.

"La víctima era un marido ultrajado. Celoso de su amor y de su honra, quiso sorprender a la infiel; y en el momento de ver cierta su traición, ella misma había provocado la riña que tan funesto desenlace tuvo para el ofendido.

"Hasta aquí lo que me dijo el guardia; cuando el herido partió para el hospital no pude menos de entregarme a profundas meditaciones.

"Aquel hombre, seguramente, llevó su pundonor hasta el límite de querer ocultar una vergüenza que le producía más daño que la herida que recibiera.

"Desde entonces no se apartó de mi su recuerdo. Aún me parece verle en el momento de la cura: en vez del gesto trágico del dolor, tenía ante mi vista la mueca horrible de esa gran carcajada!...

* * *

"Murió al día siguiente en el hospital, y no sin gran trabajo conseguí de aquel establecimiento la careta que usted ve.

"Ahí tiene explicada su historia y por qué la conservo colocada entre mis documentos más importantes.

"Las manchas de sangre son producidas por los dedos de la mano con que se sujetó la máscara después de acudir a la herida.

"No supe si era joven o viejo, ni me importa; me basta conservar esa careta. Para mí representa un poema de amor que terminó con la muerte.

"¡Su carcajada es la expresión más grande de dolor que he visto!..."

CAVILACIONES

Por severos que seamos en el juicio que nuestros semejantes nis inspiran, difícilmente compensaremos la poca indulgencia con que aprecian los actos y condiciones propas. La difusión de los defectos reales o maginados, confundan y desorientan al que desea estimar exactamente condiciones y valores. Para la investigación de la verdad nos asesoraremos de los que nada tienen que envidiar y de los que han perdido la esperanza de alcanzar el nivel en que se desarrolla la rivalidad envidiosa.

Admiro a los reflexivos que no emiten una idea, un pensamiento o formulan una observación, sin que la frase haya sido elaborada en su fondo y forma por el razonamiento. Obtendrán las mayores satisfacciones, porque para el vulgo significa prudencia, sensatezñ reserva, cuando en realidad es avaricia qué calcula los efectos y descuenta la impresión de sus sentencias. El impulsivo es un pródigo que malgasta sus reservas.

Una convicción sincera es una fuerza negativa para llegar a una finalidad, así como lo son también los escrúpulos y la delicadeza. En sus determinaciones obra el razonamiento, primando en las deliberaciones la responsabilidad.

He leído un pensamiento escrito hace treinta años, que dice asís "El hombre que piensa es un cirio encendido que se consume a medida que ilumina". Hoy, interpretando el ambiente, lo redactaría su autor en distinta forma. El hombre no se consume pensando, porque para iluminar y ser guía de la opinión sólo es necesario la sugestión de intereses y el pueblo encegucido por esa luz deslumbrante, cree que es de cirio, cuando es de candil.

Ridiculizar a sus semejantes es el recurso de los que carecen de espíritu. La inteligencia de los mediocres se especializa en la carcatura de los defectos superfciales, por que no se hallan capacitados para compenetrarse de las cualidades superiores, que cubren las lacunas de educación o físicas resaltantes.

Encontrar el ridículo es conquistar el aplauso. No existe nada más halagador para la multitud que la mofa de lo que impone respeto o admiración, por la rebelión de un espíritu sometido o presionado por la superioridad, que hace más mortificante su insignificancia. Su desahogo es la caricatura que tiende al desprestigio.

El odo nace en un espíritu inferior. Las ofensas que pueden originarlo son graves y lógicamente limitadas, de modo que existiendo la causa excepcional se justifica la reaccón violenta, impulsiva y extrema del ofendido; pero un odio reflexivo, razonado, es una cobardía que no sólo demuestra falta de hombría, sino también inferioridad de carácter.

Fundamentar el odio en una sensibilidad exageradamente susceptible, es ahondar el mal entendido o la discordia que se contesta con el desprecio o la indiferencia, hasta que desaparezca por obra del sentido común.

Sylla MONSEGUR

EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

Un francés ingenioso y decidido que se bastó para mantener el gran engaño. — El "traidor" fantasma que vendía a Alemania día tras día.

Postdam no creyó nunca que pudieran descifrarse sus mensajes; pero, sin embargo, a modo de precaución, cada veinticuatro horas, a media noche, cambiaba la clave. Precedía a este cambio el signo general de "Silencio", emitido por la estación principal de telegrafía sin hilos alemana. Pero tan diestros en su trabajo llegaron a hacerse los criptógrafos de la "40 O. B", que en pocas horas descubrían la nueva clave y se ponían en condiciones de dar el pleno rendimiento diario.

Una vez y otra el conocimiento de los planes del enemigo que por este medio llegaba a obtenerse sumía a su alto mando en la mayor consternación. Movimientos de tropas inglesas, contragolpes en el momento crítico, todo revelaba que habían trascendido sus secretos tan estrechamente guardados.

Es natural que desde el principio al fin de la guerra pusieran gran empeño en descubrir nuestra fuente de información. Sospechaban de sus propios espías, de que tenían en su seno un gran traidor, lo que no imaginaron nunca fué que era la telegrafía sin hilos la que venía descubriendo sus planes. Continuamente Postdam vigilaba. En sus frenéticos esfuerzos por descubrir al traidor se pensó mal de altos funcionarios. Nadie estuvo libre de sospechas.

Cómo se consiguió engañar y despistar a Alemania en este asunto es uno de los secretos de guerra más interesantes, al mismo tiempo que uno de los más novelescos episodios.

El principal agente en este engaño fué un joven francés de la Embajada francesa de un país neutral. Casi un niño como era, consiguió echar tierra en los ojos a los alemanes casi desde que empezó la guerra hasta que terminó.

Su papel era en verdad peligroso. El más ligero descuido hubiera sido desastroso para él. Una vez y otra estuvo en peligro de ser descubierto; pero su intrepidez y sangre fría no le faltaron nunca, y siempre venció. Su propio país premiaba sus servicios con larga mano, al mismo tiempo que las sumas que debieron de darle los alemanes supondrían una verdadera fortuna.

A él más que a nadie debe la "40 O. B." el haber podido seguir trabajando en todo el curso de la guerra.

Su procedimiento era arriesgado e ingenioso, y de su propia invención, hasta cierto punto, para decir la merecida verdad.

Fingiéndose un traidor que no sentía amor por su país y estaba dispuesto a traicionarlo con tal de sacar buen provecho, el joven francés se presentó resueltamente en la Embajada alemana en Madrid. Allí se las ingenió para hacer creer a los funcionarios que estaba empleado en la Dirección del Servicio Secreto de París.

—No amo a Francia —dijo—. Mi padre es alemán, y yo quiero servir a Alemania.

Adobó su cuento con tan oportunos detalles que produjo gran impresión, hasta el punto de que lo llevaron en seguida a presencia del príncipe de Ratibor, embajador alemán.

Pero el embajador alemán no era tan poco avisado que fiase en la sola palabra del traidor. Cuando le presentaron al francés su primera pregunta fué esta:

—¿Qué pruebas puede darnos usted de que puede vendernos los secretos de que habla?

Afortunadamente el espía, bien abastecido de antemano por el Servicio Secreto francés, pudo hacer referencia a unos cuantos asuntos de menor importancia, pero de los cuales, no obstante, sólo podía tener noticia persona que ocupase un puesto de confianza.

—Esto prueba que puedo venderles secretos de la más alta importancia militar—agregó—; pero tendrán que pagármelos.

El príncipe de Ratibor cayó en la trampa y dijo:

—Tráiganos la información que pueda y se le pagará espléndidamente.

Habiendo logrado ya inspirar confianza, el arriesgado espía francés tuvo ya coyuntura para desarrollar su principal misión, que consistía en despistar a los alemanes respecto de la verdadera fuente de información que nosotros teníamos, haciéndoles creer que algún personaje de Berlín altamente situado era el que revelaba los secretos.

Determinados informes confidenciales que nos llegaban por la "40 O. B."—claro que información de la que podíamos desprendernos—se le enviaban periódicamente para que él a su vez pudiera mostrarlos a los alemanes.

Las noticias de la dramática partida de sir Roger Casement cuando salió de Berlín para ponerse al frente de la rebelión irlandesa, sorprendente capítulo de la guerra del que habremos de ocuparnos más adelante, figuraron entre las que se le remitieron.

Tres días después de haber embarcado Casement, el francés se presentó en la Embajada alemana de Madrid.

—Supongo que ya sabrán ustedes que el secreto de la proyectada rebelión irlandesa ha trascendido también.

El príncipe de Ratibor se quedó atónito. Berlín suponía que aquel era uno de sus mejor guardados secretos, y sin embargo era tan conocido que un traidor francés lo sabía. El caso produjo la mayor alarma.

—Pero ¿cómo ha sabido usted eso?—preguntó el príncipe de Ratibor. — ¿Quién nos está vendiendo?

—No sé; pero me parece que lo ha puesto en circulación cierta persona que tiene alto cargo en el Almirantazgo alemán—replicó el francés.

Y para probar hasta el último térmmino esta supuesta traición, añadió que París conocía también puntualmente la travesía que había de hacer Casement y el número del bote "U" que le daba escolta.

Cuando estos y otros detalles conocidos por los aliados llegaron a Postdam, a través de la Embajada, el Gran Cuartel General de Estado Mayor hizo otra desesperada tentativa para descubrir al traidor. Se ofrecieron grandes cantidades a quien diese datos que pudieran conducir a su captura, y fueron aumentándose las sumas hasta constituir lo ofrecido una fortuna verdadera.

Recayeron sospechas en un militar que ocupaba elevado puesto. Se le arrestó y encarceló, mientras se esperaba el giro que tomasen los acontecimientos. El detenido estuvo en grave riesgo de ser fusilado.

Pero en seguida el joven francés llegó con nuevas revelaciones. Ello probaba que las autoridades se habían equivocado . En consecuencia, el prisionero fué puesto en libertad en medio de las más profusas disculpas, y continuó la busca frenética. Como es natural, el gran traidor de Berlín no fué descubierto nunca, por la sencilla razón de que no existía.

Siempre que los alemanes encaminaban sus sospechas hacia la verdad, el joven francés ponía en desencaminarlos tal suma de recursos, ingenio y mentirosa diplomacia, que llegó a ser el tal francés personaje indispensable a los aliados.

Hacia el fin de la guerra hubo un momento en que se creyó que nada, si no era un milagro, podría evitar que el enemigo descubriese que se captaban y descifraban sus mensajes inalámbricos. El mismo almirante Hall, director de la Inteligencia Naval, creyó que ya no había nada que hacer.

—Estoy seguro de que han empezado a sospechar—declaró—. Han ocurrido dos o tres cosas sospechosas que indican que están sobre la pista ya.

Se encomendó al francés que procurase mantener el engaño aún todo el tiempo posible. El resultado fué que salvó la situación con un arte perfecto, magistral.

Sucedió que, lo mismo que había hecho Casement, acababa de desembarcar de un submarino en la costa de Irlanda otro emisario de Berlín con el propósito de provocar desórdenes. Era el recién desembarcado un irlandés, de nombre José Dowling, que había sido hecho prisionero de guerra en Mons y puesto en libertad luego para incorporarse a la brigada irlandesa de Casement, aquel extraño ejército que el traidor trataba de levantar entre los prisioneros de guerra para dar el golpe de la emancipación irlandesa.

Sin que los alemanes se enteraran, Dowling fué hecho prisionero por el Servicio de Inteligencia irlandés pocas horas después de desembarcar del submarino. Urgentemente se envió al muchacho francés noticia del acontecimiento para que de ella hiciese el uso que estimara oportuno.

Llegó muy a punto Los alemanes tenían indudablemente sospechas de que el famoso traidor de Berlín era un mito. Pero la decoración cambió cuando el francés entró tranquilamente en la Embajada alemana en Madrid y dijo:

—Los aliados saben todo lo referente al viaje de Dowling. El traidor de Berlín ha vendido a la patria una vez más.

La busca del espía siguió, y la telegrafía sin hilos continuó emitiendo sus mensajes como siempre. Ni por un momento se imaginaron los alemanes que Dowling, de quien los mensajes no habían hablado nunca, estaba detenido.

Hugh Cleland Hog, director de la Inteligencia Naval.

De revolucionario a ministro

El poeta Núñez de Arce

ANÉCDOTAS E INTIMIDADES DE SU AGITADA VIDA

Para referir todas las anécdotas e intimidades del poeta Núñez de Arce sería menester un libro. Todos recordaréis que Núñez de Arce fué periodista, político, orador, ministro, poeta, autor dramático, académico ateneísta presidente del Ateneo de Madrid, presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, primer vicepresidente de la corrección de estilo en el Congreso, senador vitalicio, vicepresidente del Senado, consejero de Estado, gobernador del Banco Hipotecario y... amante de la justicia.

Desde el 4 de septiembre de 1834 hasta el 9 de junio de 1903, qué abarcó su vida, mantenida varios años con el insoportable sufrimiento del cáncer en el estómago, ¡cuánta sugestión acusa aquella personalidad frágil y quebradiza en su aspecto exterior, ciclópea y viril en su aspecto interior!

Vedle: su cabeza, bien proporcionada, fué la de un gigante; su cuerpo, el de un pigmeo. Unos dicen que de niño, en mantillas, rodó por unas escaleras; otros dicen que sufrió "violenta y larga compresión del tórax, un semiaplastamiento, cuando todavía mamaba". Lo cierto es que fué un enfermo desde la cuna y que su crecimiento de cuerpo estuvo en oposición con su cabeza. Don José del Castillo y Soriano, su mejor biógrafo, dijonos que el tronco de D. Gaspar Núñez de Arce "afectaba la forma cilíndrica", pero que tenía fuertes pulmones y piernas de acero. "El duque de la Torre, paseando con él, aunque también andaba mucho, se declaró vencido varias veces". En cacerías y viajes cansaba a todos con su resistencia: el vigor intelectual mandaba en músculos y nervios.

Nació Núñez de Arce en Valladolid cuando el cólera causaba gran mortandad. En seguida fué bautizado, pero no se pudo extender el acta del bautismo y nacimiento. Víctima fulminante de la epidemia fué el cura que le bautizó, cuya sotana le sirvió de mortaja. Es de suponer que en uno de los bolsillos llevó a la tumba las apuntaciones que hiciera. Con el pánico, nadie reparó en ello. El que después fué gran poeta permaneció como un indocumentado hasta el 7 de septiembre de 1860, por espacio de veintiséis años, en que presentó la oportuna reclamación al arzobispo de la diócesis para que se le expidiera el correspondiente certificado. Así se efectuó.

En su niñez aparece Núñez de Arce como protagonista de dos travesuras infantiles. Con otros diablillos como él, estando guarecidos tras de una puerta bien cerrada, por la gatera disparó un cañón de juguete, cargado de pólvora y sal, contra el dómine que cruelmente les disciplinaba. Aparte del susto épico que causaron, los papás respectivos premiaron con buena azotaina la hazaña de aquel desaguisado.

En el otro figuró como mayor víctima. Por ser aplicado y muy inteligente, le envidiaban los hijos de un jefe de su padre. Un día que los profesores le colmaron de merecidos elogios, propusiéronle aquellos niños taimados en horas de asueto, jugar a verdugos y ajusticiados. A él correspondióle ser el reo. Le colocaron en un banquillo, le pusieron una correa al cuello, y... si no llega a tiempo una persona mayor, le ahorcan de veras.

HIPODROMO

Tarde de Hipódromo; forman
relucientes cinturones
de hierro, niquel
y bronce,
decenas bien alineadas
de automóviles,
sobre la extensa avenida
retintada y uniforme...

Cerca de las Populares
inquietud, ansia, clamores;
los tranvías que descargan
vibrantes racimos de hombres,
se dijeran aburridos
con los gritos desacordes
con que saluda su arribo
un infierno de pregones:
—Hoy, La Fija extraordinaria!
—La Verde, La Verde compren!...

(La fiebre y la sed se empeñan
en que los férreos portones
como alcancías absurdas
traguen y traguen fantoches!...)

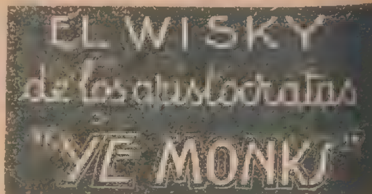
Miguel de ARZUBIAGA

Entre los laureles de sus triunfos, suntuosas o artísticas coronas de plata, bronce y oro, cuya descripción llenaría más de una columna, en su biblioteca figuraba en primer término la modesta corona que apreciaba más que ninguna otra, con ella le enterraron. Era la que, viviendo ya en Toledo, le valió su primera producción teatral, *Amor y orgullo*, cuando apenas tenía quince años, y que, bajo una ovación delirante, le entregaron con el título de hijo adoptivo de la ciudad imperial.

Dos cosas le cautivaban a don Gaspar: la lectura y los ejercicios de valor y fuerza. Más que leer, devoraba los libros; más que admirar a los atletas, era un entusiasta y panegirista de cuantos campeones alcanzaron en sus tiempos fama y popularidad. Los libros fueron causa indirecta y directa de sus triunfos posteriores. Indirecta, porque en la biblioteca de la catedral se hizo notar por su amor al libro, y el padre Loaisa, como bibliotecario, le orientó y le perfeccionó en multitud de materias. Al verle sus padres todos los días entre sacerdotes, juzgaron que su hijo debiera serlo también. Hasta lograron del padre Loaisa una beca de gracia en el Seminario. Quisieron todos, mancomunadamente, a viva fuerza el padre y la madre, obligarle a ser sacerdote; mas el pigmeo de cuerpo huyó, vino a Madrid y triunfó en *El Observador*, con sus diez y ocho años, y en *La Iberia*, cuyo periódico le envió de corresponsal de guerra a Africa. La fuerza y el valor encontraron en su prosa cincelada un admirable cantor, que, con serlo excelente, no lo fué hasta el grado inconcebible de D. Pedro Alarcón. Y Núñez de Arce, como los demás corresponsales, ejerció su cometido como simple soldado raso, aunque distinguido, como quien dice, con la pluma y con la espada, con las cuartillas y bajo la metralla enemiga.

El aspecto de Núñez de Arce prevenía en contra suya, por el fruncimiento de cejas. ¡Qué humor iba a tener, con el cáncer en el estómago! La señora condesa de Pardo Bazán, a raíz del fallecimiento de aquél, narraba que don Gaspar, "en la vejez, apenas producía. Ni tenía la complexión de Echegaray, enjuto y recio como esparto, ni la extraña vitalidad nerviosa de Zorrilla, ni menos el equilibrado y fuerte temperamento sanguíneo de D. Ramón de Campoamor. Fué hombre apagado, bilioso, melancólico, de esa melancolía que quizá se explica por la fisiología, dado que no faltaron a Núñez de Arce ni afectos de familia, ni medios de subsistencia, ni cargos y honores, ni la alabanza y el respeto de sus contemporáneos. He puesto un *quizá* porque siempre sería aventurado fijar la génesis de la humana tristeza".

Fácilmente se puede dar con el *quid*. Si no abrazó la carrera eclesiástica es porque no tuvo vocación de célibe. Sin ser mujeriego ni de costumbres disolutas, en su ánmo intervino el eterno femenino. Quiso, por lo menos, para su amante compañera, conquistar altos puestos. "Hace muchos años que sería ministro — dijo el señor Castillo y Soriano cuando lo fué de Ultramar—, a no haber sido tan bajito", y eso que el sombrero de copa era un subterfugio para elevarle de talla. No tuvo hijos, y reconcentró todo el cariño de un padre en el mayor de los hijos, Gasparito, de su hermano Braulio. Por ser áspero y punzante por fuera y lleno de miel por dentro, alguien le comparó con el higo chumbo. ¿Quién sabe si uno o varios hijos hubieran endulzado más su vida que distribuyendo, como distribuyó, su ingénita bondad entre sus familiares y entre los extraños? Hay quien cree que es un signo de oprobio la esterilidad, aunque pudo resarcirse por completo mostrando la belleza de sus hijos espirituales.



Sin conocerle, una norteamericana y dos inglesas, admiradoras del poeta, le asediaban con epístolas ditirámbicas. Al enfermar éste brindáronse a su esposa las tres, como si se hubieran puesto de enfermeras. ¿Estaban enamoradas? ¿No sufrirían una decepción? Claro está que, agradeciéndolo mucho, se cortó la correspondencia. Medida prudente y oportuna, aunque por su trato exquisito cambiaba la repulsión del visitante en rendimiento fervoroso.

Bien oficial o particularmente, en círculos literarios, en salones aristocráticos y en coliseos de buen tono, Núñez de Arce gozaba de gran partido entre las damas, que aplaudían con frenesí a Rafael Calvo cuando declamaba las estrofas tintineantes del poeta. Zahonero se lo recordó en el Congreso literario de 1887, según lo refirió Ricardo Palma en sus *Recuerdos de España*, para suavizar la mirada retadora de Núñez de Arce. A éste le había soliviantado aquél diciendo que muchos académicos no lo serían si los escritores y no la Academia emitieran el voto; pero consiguió desarrugarle el entrecejo con la salvedad de que el poeta siempre dispondría del sufragio masculino y del femenino. ¡Es tan agradable, aun siendo todo ficción, que una boca toda fragancia pondere nuestras poesías!

¿Qué sucesos fueron los más culminantes en la vida de Núñez de Arce? Fuera de las apoteosis literarias, de los clamorosos éxitos periodísticos, de sus discursos flageladores en el Ateneo, en el Congreso y en el Senado, lo más dramático y sensacional de su vida fué la política. Siendo redactor de *La Iberia* pasó a la cárcel por la política; siendo secretario de la Junta revolucionaria, y dimitido como gobernador civil de Barcelona, el capitán general de Cataluña, conde de Cheste, ordenó que se le fusilara caso de ser capturado. La frase de D. Gaspar, "al toro, por los cuernos", confirmólo de continuo. El peligro nunca le intimidó: lo mismo en el campo de batalla que yendo a sofocar un incendio lo mismo en el campo del honor que frente a frente de cor-

pulento adversario, su energía tenía todas las características de lo indomable e invencible. Era dificilísimo dar en tierra con aquel hombrecito tan hercúleo de espíritu.

En la cárcel, esto no obstante, necesitó entre aquellos forajidos con quienes fué confundido, un defensor. Lo tuvo quizá en el más repulsivo. Esta deuda de gratitud, andando los años, quiso soldarla obteniendo el indulto para su antiguo valedor, ya viejo y achacoso. ¡Con qué amargura supo la muerte del presidiario momentos antes de enviarle la ansiada libertad!

Asimismo necesitó valedores en Cataluña. Por fin, su esposa pudo respirar sin el ¡ay! en la boca. El propio conde de Cheste, compañero de Núñez de Arce en la Real Academia Española, le hizo ver los [illegible]dos ratos que había pasado temiendo que le prendieran y fusilaran al poeta que hacía versos tan preciosos. Esta espina dolorosa tenía clavada en el alma, por cumplir con inexcusables deberes militares. Don Gaspar, que era igualmente ordenancista, puntual, ordenado y fiel cumplidor de sus obligaciones, encomiaba la nobleza del general. Don Alfonso XII, pródigo en alabanzas para la inflexibilidad de Núñez de Arce, confesaba haber recibido de su ministro rotundas negativas.

Don Gaspar era enérgico por convicción. Suponía, en contra de legisladores y filósofos, que el hombre es malo por naturaleza. Procuraba, pues, moderarle y refrenarle. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en un hermoso estudio que hizo sobre Núñez de Arce, rindió férvido homenaje al poeta y servidor de la revolución, que no aduló a la *licencia desgreñada del motín* ni a las turbas *que arrastran por el fango la blanca vestidura de la libertad*. Pero fué blando para el castigo con los humildes. Una simple observación le bastó para amonestar la insolencia y negligencia del portero del Ministerio de Ultramar cuando fué a pie a tomar posesión de su cargo de ministro. Ya era hora de oficina, y las escaleras estaban por barrer. Entre nubes de polvo se disponía D. Gaspar a franquearlas. El portero, alegando que no había nadie en las oficinas, replicó con altanería a aquel caballero bajito, sin alhajas, sin cadena en el reloj y, como quien dice, tiritando de frío, por estar a principios de enero. D. Gaspar le convirtió en estatua con estas frases, pronunciadas dulcemente:

—¡Está usted en un error! Yo puedo pasar, porque soy el ministro.

Pasado este momento de estupor, el pobre portero se deshizo en mil reverencias y ofrecimientos.

-No necesito más que haga usted el favor de barrer antes las escaleras, porque madrugo a diario — le previno Núñez de Arce, más afablemente aún.

Dentro del Ministerio le presentaron a la firma una credencial para persona de muchas campanillas. Se negó a firmarla. Hubo quien al interesado le manifestó la enemiga del ministro. Ni corto ni perezoso, recurrió con el mayor desparpajo a inquirir cuál era la causa de no poder ser administrador de rentas y estadísticas de La Habana. Y Núñez de Arce, cuyos ojos pardos centelleaban como espadas, le fué recalcando estas interr[illegible]ciones:

—¿No es notorio que ha perdido usted toda su fortuna por su mala administración? ¿Cómo quiere usted ser administrador [illegible] isla de Cuba si no sabe serlo [illegible] la Península?

En cambio, rechazó la [illegible] de un funcionario modelo [illegible] do. Dispuso que se le concedi[illegible] [illegible], por sus muchos [illegible]. Y ordenó al jefe del personal que pusiera en el libro correspondiente que aquel individuo tenía do[illegible] comendacione[illegible]

La condesa de Pardo Bazán refiere que una hermosa mañana, en día festivo, lo encontró en la calle de Alcalá, frente a Bellas Artes. Le preguntó:

—¿Trabaja usted ahora?

"Don Gaspar contestó:

—Tengo entre mis manos mi *Luzbel* y voy a decirle a usted unos trozos.

Eran las doce. La acera rebosaba gente. Coches y tranvías apagaban su media voz, que nunca recitó un solo verso en ningún salón.

La gente se fijaba en nosotros: formábase un corrillo a respetuosa distancia. Desgranadas ya bastantes estrofas, el poeta acabó por notarlo; paró en firme; se despidió con brusco apretón de manos y se perdió entre la multitud a paso cansino de valetudinario que toma el sol. ¡Qué bien le comprendí! Aunque estén ya los labios [illegible]itos, el espíritu se convierte ufanoso al manantial".

Halagábale la popularidad a Núñez de Arce, la popularidad rodeada de fausto y ostentación, sin intervenir como protagonista, en cuyo caso huía de ella como de la peste. De aquí se sigue que siendo orador fuera premioso de palabra; que se excitara su sistema nervioso cuando no recordara algún nombre propio o algún sucedido; que su exaltación llegará el paroxismo cuando algún orador, en el Congreso o en el Senado, le aludiera para mortificarle. Si alguien procuraba disuadirle de que no debiera preocuparse con aquellos tiquismiquis, contestaba con energía:

—Yo no sirvo para bailar al son que toquen.

No era de sorprender que el recinto de las leyes o la Cámara de los abuelos de la patria, concluída la sesión, a la que jamás dejó de asistir aun enfermo de gravedad, amenazara con sepultarle. Salía a la calle como liebre perseguida por los galgos, y tal era su azoramiento, que, pudiendo o sin poder, se iba a su casa andando, sin utilizar el coche. Algunas veces el cochero, hecho un pasmarote, y soportando la lluvia en el pescante, se pasaba las horas muertas esperando a su señor. Gracias, otras veces, a que el portero, un sargento de Ingenieros a quien D. Gaspar conoció en la guerra de África, estaba ya sobre aviso y enmendaba el olvido en cuanto era dable. Desde luego que D. Gaspar tenía gran aversión a ir en pie ajeno, pues frecuentemente exclamaba malhumorado:

—¡Desde que voy en carruaje no tengo mucha salud!

Desde niño se dedicó a coleccionar todo lo impreso que caía en sus manos. Era el orden personificado, pues murió llevando al día su numerosa correspondencia. Nosotros le preguntaríamos a la señora condesa de Pardo Bazán, si viviera, si el escribir no es un gran trabajo. Escribía con fuerza, rasgando el papel, emborronándolo o haciendo saltar los puntos de la pluma. Lo que gastaba de más en tintas, pluma y papel lo ahorraba en papel secante, aunque volcaba toda la salvadera sobre lo escrito, derramando gran parte en la mesa o en el pavimento. Por esta razón estaba a sus anchas en el gabinetito de su sobrino o convertía el comedor en biblioteca, para respetar la pulcritud y elegancia de ésta y de su despacho, precedido de un gran salón decorado espléndidamente, y en el que exhibía en artística vitrina todos los trofeos de sus victorias.

Núñez de Arce nunca cometió una injusticia a sabiendas. Sirvió para todo, menos para el compadrazgo de la política que le encumbró. Al dejar de ser ministro, díjole a su esposa que estaban de enhorabuena.

Un mes antes de morir se retrató de cuerpo entero en unas declaraciones íntimas que hizo para el *Blanco y Negro*. Ignoraba el rasgo principal de su carácter; prefería en el hombre el amor a la justicia; en la mujer, la paciencia; su sueño dorado era vivir en el campo; era su principal defecto ser vehemente; quería sentirse optimista, sin ser molestado por el teléfono: de los colores prefería lo negro; de las flores, el jazmín; de los animales, el perro; sus prosistas favoritos eran fray Luis de Granada, Quevedo y Saavedra Fajardo; sus poetas, Dante, Byron y Quintana; sus pintores, Velázquez y Ribera; sus músicos, Mozart y Meyerbeer; sus políticos, los que tienen más alto sentido de la realidad; sus héroes, los que luchan con lo imposible, en la novela, y los bomberos, en la vida real; sus manjares y bebidas, los que le hacen más daño; sus nombres más seductores, los de las personas queridas; lo que odia más, la hipocresía; el hecho histórico que más admira, la invasión de los bárbaros; la reforma que creía más necesaria, la de nuestra apatía nacional; el don de la Naturaleza que desaría tener, un buen estómago; cómo quisiera morirse, en paz y en gracia de Dios; estado actual de su espíritu, contristado, y faltas que le inspiraban más indulgencia, las de los niños.

En el estómago tuvo un cáncer; pero como fué de soberana mentalidad y de gran presencia de ánimo, supo morir con gran resignación. Si al enojo lo sabía vencer prontamente, lo causara o no lo causara su terrible dolencia, ¿cómo no demostrar que su espíritu gigante seguía siendo viril hasta muriendo?

Aurelio BAIG BAÑOS

LA MAYOR VIRTUD

Si alguien me preguntara: ¿qué es la gloria?
Hinchado el pecho de emoción, diría:
la gloria es el laurel de la victoria:
página excelsa de la patria mía!

Y si me preguntaran: ¿qué es la escuela?
respondiera mi acento inmaculado:
templo de amor donde la ciencia vela
por el progreso de la patria honrado!

Y si después dijeran: ¿qué es tu madre?
Confundido mi boca cerraría.
No hay frase, a su virtud, que bien le cuadre;
¡mi madre es toda la esperanza mía!

Ricardo M. LLANES

La discreción del tío Blas

Por Juan José Carbonell

Una noche en que el tío Blas regaba unos bancalillos de su propiedad, le pareció notar la disminución del caudal y esto le hizo ir a dar un vistazo cauce arriba, con objeto de comprobar si algún otro regante se aprovechaba del aqua que él perdía. E iba abstraído en su misión investigadora, cuando al pasar a espaldas de la casa de un conocido labrador vióse de repente en presencia de un hombre que, metido por lo visto en los trotes de una aventura amorosa, caía a tierra descolgado de lo alto de las tapias del corral.

Grande fué la sorpresa del tío "Chitón" ante lo inesperado del suceso, pero no fué menor la contrariedad del nuevo personaje al verse descubierto en tal trance, y mucho más cuando quien acababa de conocer su intriga era nada menos que aquel hablador incorregible. ¡No podía haber sido otro!

—Buenas noches, tío Blas — dijo el desconocido, repuesto ya de la impresión.

—Buenas, don José —contestó el tío "Chitón", reconociendo en el otro a un distinguido vecino del pueblo.

—Supongo que ya habrá comprendido perfectamente mi situación, ¿no?

—Sí, señor, aunque sintiéndolo mucho, por cierto. Sin embargo, el encuentro no ha podido evitarse...

—¡No hay remedio! Pero, vamos, ya ve usted: ¡cosas de los hombres! Ahora el favor más grande que puede usted hacerme y la consideración mayor que puede dispensarle a la mujer que interviene en este delicado asuntos es guardar del modo más absoluto el secreto que acaba de conocer. Hágalo así y yo sabré recompensárselo y agradecérselo.

—Don José, yo...

—Nada, no se hable más. Ahí va eso, y en su discreción confío. Buenas noches. —Y dejando en manos del asombrado tío Blas un codiciable billete de cien pesos con el cual contaba, seguramente, haber comprado el silencio del indiscreto, marchóse don José, perdiéndose bien pronto entre las sombras de la noche.

Durante buen rato quedó plantado allí mismo nuestro hombre sin poder salir de su extrañeza; "Con que don José y Vicenta... Un secreto que guardar... Un billete de cien pesos... ¡Qué lío, señor, qué lío...!" Y así hasta que el agua de la acequia, que seguía corriendo fresca y rumorosa, le sacó de su ensimismamiento advirtiéndole que el bancal que dejara regándose ya debía de haberse llenado...

Pasaban los días y la intranquilidad de don José ante la sospecha de que el tío "Chitón" diera rienda suelta a la lengua diciendo todo lo que sabía daban buena cuenta las advertencias que le hacía cuantas veces se encontraban: "Tío Blas, ¡por amor de Dios!, mucho cuidadito..." A lo que el advertido contestaba invariablemente: "Descuide, don José".

No obstante, la zozobra que sentía el pobre señor iba en aumento en vez de calmarse: le parecía que estas palabras nunca se decían con acento de sinceridad y ello dábale a entender que quien las pronunciaba no estaba seguro de poder cumplir su promesa de ser prudente.

Hasta que una mañana... Muy temprano aún, don José, que se encontraba acostado todavía, recibió recado de que el tío "Chitón" deseaba hablarle con precisión y urgencia. Hizo pasar al visitante y a solas los dos le preguntó con ansiedad mientras se incorporaba en la cama:

—¿Qué pasa, amigo mío?

—Pues, mire, venía a decirle que aquello...

—¿Se lo ha dicho usted ya?

—No, señor, pero...

—¿Qué? —interrogó don José en el colmo de la impaciencia.

—Que voy a decirlo.

—Tío Blas, ¡por los cielos santísimos!, yo se lo suplico: no diga nada, calle... Piense que me compromete...

—No puede ser, señor; no puede ser. Y diga que lo siento en el alma...

—¿Acaso quiere usted más dinero? Por eso no debe hacerlo; estoy dispuesto a darle cuanto pida...

—¡Ca, al contrario! Aquí le traigo el billete que me dió. Tome usted. No, no es ese el motivo, don José. Es... que tengo necesidad de decirlo.

—¿Cómo necesidad?

—Sí, señor. Es preciso. Ya no me es posible seguir callando. ¡Si no lo digo, reviento!

Herminio Quirós

Con la muerte del señor Herminio Quirós, recientemente acaecida, desaparece una de las figuras de gran relieve en las sociedades de Buenos Aires y Entre Ríos.

Ya no veremos por las calles de esta metrópoli pasearse con inconfundible señorío la arrogante figura del señor de Quirós que así le llamaban quienes sabían que le correspondía esa partícula nobiliaria que su espíritu democrático apartó de su apellido.

Es que fué noble entre los más nobles; inalcanzable en las excelsas noblezas del espíritu y en las infinitamente delicadas noblezas del corazón que desparramó sus bondades tanto tiempo como alcanzó a vivir.

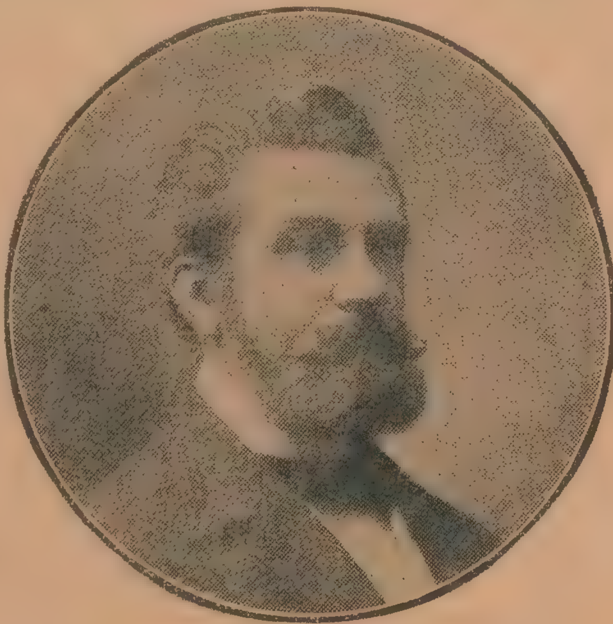
Todo era en él superior, así su entereza como su bondad magnífica.

Muchos universitarios deben a él su carrera, ya porque los atendiera con recursos, ya porque los levantara con sus consejos, o fortaleciera con su optimismo.

Muchos pobres pudieron mitigar sus penas y cubrir sus carnes debido a él. A cuantos quisieron alcanzó su bondad y su bolsillo que no supo en la mayoría de los casos a quiénes favorecía.

Fué un filántropo sin ninguna ostentación pero con toda el alma.

Uno de los decanos del cuerpo de escribanos públicos de esta capital, su bufete fué centro a donde convergieron los necesitados de un sabio consejo jurídico, junto al necesitado de pan como al necesitado de un poco de su alma grande que refrescara una porción de espíritu atribulado. Para todos estuvo siempre solícito. El que llegaba vacilante, salía de su lado confortado y más bueno. Sus lecciones de moral y de carácter, de trabajo y de honor no las olvidará ninguno de los que las recibieron, que constituyen legión. Fué un gran filósofo que construyó sus doctrinas en el amor, en el bien, en el trabajo y el honor.



Señor Herminio Quirós

Espíritu cultísimo y de sólida preparación, enseñó siempre y desparramó el bien a manos llenas.

Filólogo, conocidos son sus estudios en materias etimológicas y filológicas.

Con los doctores Luis A. Peyret y Navarro Viola organizó el Registro Civil de la Capital, y con el primero preparó la legislación de la materia, por encargo especial del gobierno de Buenos Aires.

Fué de los fundadores de Colón (Entre Ríos) y dejó marcado en forma imborrable su paso por aquella hermosa ciudad que debe a su acción todas las iniciativas útiles a su desenvolvimiento material y cultural.

Por esto es que la desaparición de este ciudadano ha conmovido a aquélla y esta sociedad en las que su recuerdo será imperecedero.

Y así lo demostró la multitud que con hondo pesar rodeó su féretro.. Junto al ex presidente de la Nación doctor Alvear estaban, allí ministros, senadores, diputados, jueces, altos funcionarios, literatos y cuanto tiene de representativo nuestro mundo político, intelectual y social.

EL CUARTO 52

Cuando Máximo Fourseau salió de la estación, la vista de la ciudad lo tranquilizó.

Era una población pequeñita, como otras muchas; una ciudad tranquila, con un río, una vieja iglesia, un cielo azul.

El aspecto del hotel donde fué a alojarse le inspiró también confianza. Su cuarto daba a un jardín con grandes macizos de flores.

Máximo respiró el aire puro de la primavera y se puso a deshacer su equipaje.

Había elegido aquella ciudad al azar para hacer una vida de soledad en una hora atormentada de su vida. Tenía relaciones desde hacía medio año con una joven divorciada muy linda, de la que estaba bastante enamorado, pero cuya influencia temía. Le había hecho la corte sin preocuparse de las consecuencias de su capricho, pensando en que aquello sería un pasatiempo sin importancia, y ahora se encontraba con que Clotilde de Brisayes, que había sido muy desgraciada con su marido, mostraba a Máximo un amor cada vez más apasionado y amenazaba la tranquilidad de su vida. Había, pues, buscado un pretexto para huír de París y poder refugiarse en aquella ciudad provinciana para tener el valor de romper con Clotilde antes de que la ruptura fuese imposible.

Salió del hotel y paseó por la orilla del río. Al cabo de algún tiempo sintió la nostalgia de París; pero estaba contento de haberse alejado de Clotilde. Comió con apetito, fumó un cigarro en el jardín del hotel y subió a acostarse.

Ocupaba el cuarto número 52. El número le llamó la atención. ¿Qué haría cuando tuviese cincuenta y dos años? Tenía treinta y siete y se creía muy joven. ¿Seguiría solo a los cincuenta y un años orgulloso de su libertad e independencia?

Leyó un par de horas en la cama. En la habitación contigua hablaban en voz baja. No prestó atención. De pronto oyó que lloraban. Era un llanto que acusaba un dolor hondo. No era el llanto que sigue a una disputa vulgar de enamorados; era una especie de gemido sordo y monótono. De vez en cuando una voz de hombre. Después un silencio... Y luego prolongados sollozos.

* * *

Máximo Fourseau era bastante sensible. El sufrimiento y las lágrimas de una mujer lo impresionaban mucho. Precisamente por eso había salido de París para escribir lejos de Clotilde la carta de ruptura.

La voz de la mujer se destacó en el silencio de la noche:

—No podré vivir sin ti.

—Ya te acostumbrarás — repuso la voz masculina.

—Es necesario, porque me caso.

—Cásate, pero deja que sigamos viéndonos. No me digas que todo ha concluído entre nosotros. No es posible. Aunque murieses no habría terminado. ¿Cómo quieres que te pierda si vives?

—Calla, Julieta. Nuestra separación es inevitable.

—¿Y he de vivir sola toda mi vida?

Un gesto de dolor... Nuevos sollozos que partían el alma.

Máximo se levantó y salió. Estaba impresionado. Le parecía asistir al dolor de Clotilde cuando recibiese su carta. Clotilde lloraría lo mismo; quedaría también sola... ¡Y él seguiría tan tranquilo en el refugio de aquella ciudad, orgulloso de conservar su inútil independencia!

Paseó por la calle durante toda la noche. Seguía oyendo los sollozos de Julieta...

* * *

Al día siguiente, a mediodía, Clotilde de Brisayes recibía de Máximo, que le dijo al partir que su ausencia duraría un mes, el siguiente telegraam:

"No puedo vivir sin ti. Saldré para París esta noche".

Edmond JALOUX

LOS JUICIOS

Existen juicios, en apariencia inmediatos y espontáneos, que nos permiten distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo noble de lo innoble.

No es el que mejor razona quien goza de mayor acuidad ética.

Sabios puede haber que la tengan muy obtusa; genios inclusive han padecido de miopía o ceguera moral.

Maestros son del mundo por derecho propio; pero si bajo este aspecto de su cultura está muy por encima del nivel común, bajo el aspecto moral es inferior a la del analfabeto de fino sentido y buena crianza que frena la voluntad al prever el mal que va a causar.

Este ser humilde no habría vendido la justicia que vendía Bacón de Verulamio, por serle muy superior en ese ramo del conocimiento humano, con ser Barón el excelso.

Ramón TURRO

PENSAMIENTOS

La vida del hombre sobre la tierra es una guerra continua, y sus días son los días de un mercenario — SACI.

Si muy presto se envejece en los países cálidos, más aún es lo que desquicia la humana vida la abundancia de pesares — BERNARDINO DE SAINT PIERRE.

La calumnia es como el carbón: si no llega a manchar, tizna. — AROLAS.

La indulgencia con el vicio es una conspiración contra la virtud. — BARTHELEMY.

Se es dueño de la vida de los otros cuando para nada se cuenta con la de uno. — FENELON.

La esperanza es el sueño del hombre despierto. — ARISTOTELES.

No consiste la fuerza en echar por tierra a un enemigo, sino en domar su cólera. — HUSCHKE.

La humildad, esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que, cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla; esa virtud es, no obstante, el guía más seguro para la perfección. — FERNAN CABALLERO.

Dignidad, conocimiento y dominio de sí mismo conducen a la culminación de la vida. — TENNYSSON.

No menosprecies nada por mínimo que parezca, pues granos de arena forman las montañas, momentos el año, y menudencias la vida. — YOUNG.

¡MADRE!

A mi querida madre, en su día

En el desierto del ser
Eres oasis de calma,
Eres la cálida palma
Que acuna el amanecer
Eres la santa mujer,
De fe, la llama votiva,
La casta flor sensitiva
Que tiembla al beso de plata
Mientras la Luna desata
Su góndola fugitiva.

Eres la playa soñada
Por la cansada fragata,
La del pendón escarlata
Por los tifones tronchada
Cama de arena dorada
Para la nauta viajera
Que se perdió en la quimera
De los altivos antojos...
Que son magnéticos ojos
Los de la náyade artera

Eres el claro cristal
De la piedad infinita
Que los colores agita
De la paleta boreal,
Eres el albo rosal
Que germinó en el martirio,

Eres el místico cirio
Que en el altar de tu pena,
Ruegas por mí, luz serena,
Para pagar mi delirio.

Eres la mágica estrella
Que al juvenil desvarío
Vas mitigando el desvío
Que padeció mi querella,
Eres la rauda centella,
Que vence a la obscuridad
Y en la feroz tempestad
Vas señalando el camino
Comó siguiendo el destino
De mi mortal ansiedad.

Eres el verbo que gime
Por mis dolores, y alcanza
Solo tu excelsa venganza
Hasta el amor más sublime,
Eres el Dios que redime
Desde la cruz inmolado
Con el supremo llamado
De su perdón para el hombre...
¡Madre! cuán dulce es el nombre
Por la maldad olvidado.

Humberto SOLDANO

El poeta Félix B. Visillac y su vida romántica

Allá en el tradicional barrio de Flores, enclavada en una calle que fué lugar de dulces idilios, se halla la casa de Félix B. Visillac. Mirada de afuera no parece la estancia de un cantor lírico. Las construcciones modernas van disipando todo rasgo que se aleje de la simple y escueta conformación de líneas que en su sobriedad no nos transparentan el espíritu de sus moradores. Pero en cuanto el visitante traspone el umbral, siente la proximidad del alma del dueño de casa, que vibra en manifestaciones perceptibles para todos.

El vate se halla en su escritorio. Contesta cartas de numerosos amigos intelectuales de diversos países sudamericanos. Contemplamos su figura romancesca, gallarda. Su físico es el retrato de su mundo subjetivo.

Soñador, poeta de estro exquisito, Félix B. Visillac, sueña y escribe con la diafanidad de su alma romántica.

—¿Qué opina acerca de las nuevas tendencias poéticas? —le preguntamos de entrada?

—Es tarea difícil una declaración en estos momentos en que todo se renueva, varía y cambia. El arte, en sus múltiples manifestaciones, pasa por el crisol de un cambio inexplicable. En cuanto a lo poético, tengo la convicción íntima y grande de que esas orientaciones descabelladas, no se abrirán camino. No concibo lo clásico permanente, pues hago mías las palabras claras y elevadas del eminente Rodó: "Renovarse es vivir", pero al menos que las nuevas escuelas que han denominado: ultraístas, izquierdistas, etc., dejen en el verso la emoción y la armonía, que complementan su estructura rítmica y lo enaltecen.

Un poema con figuras fuera de toda lógica, desconcierta; una estrofa fría, alambicada, sin un dejo del espíritu, cansa. He aquí por qué no creo en el avance de las nuevas corrientes literarias y artísticas, aunque soy partidario de algo nuevo, pero siempre dentro de lo correcto y sentimental.



Busto del poeta Visillac obra de la escultora Andrée Moch

—Nos interesaría su opinión sobre los poetas actuales.

—Solo dos me encantan por la fuerza de expresión: Arturo Capdevila y Enrique Banchs. El primero es de una hondura interior admirable, el segundo de un gran vuelo romántico, literario y sentimental. Pese a los jurados que premian lo exótico, son estas dos figuras sobresalientes y profundas lo más representativo de la poesía argentina.

Pasando a otros temas evocamos con el espiritual poeta tiempos pasados. Sus años mozos, de bohemia moral e intelectual, sus aleteos de soñador impenitente y muchacho lírico romántico

—Y de las remembranzas que acarician su mente ¿no salta ninguna anécdota para que la transcriba el cronista?

—¿Una anécdota?... Pensando con Amado Nervo diré que: "Como las mujeres honradas no tengo historia!... Solo recuerdo una, que carece de importancia pero que la reflejaré por satisfacer su amable pedido.

Hace tres lustros a lo menos, recién empezábamos con un amigo a tejer estas guirnaldas del verso. Recorríamos las revistas pidiendo hospitalidad para nuestras endechas espirituales. Una tarde me encuentro con mi amigo que me invita para ir a una de nuestras más importantes publicaciones que en ese entonces era dirigida por un distinguido facultativo. Yo, no tenía ningún poema, en ese instante, pero al pasar por la calle de Chacabuco, reparo en cierta ventana donde había unas hermosas jóvenes que bordaban con femenino cuidado y gracia exquisita. Aquel cuadro, me inspiró fuertemente y como poseído por una luz interior que guiaba los pasos de mi intelecto y las inclinaciones de mi corazón al compás de una concordancia armónica elaboré una producción. En la desmantelada mesita de un café cercano escribí lo que dejaría un rastro imborrable entre mis recuerdos queridos. Fué un soneto y con la convicción de que no sería insertado, lo llevamos a la revista. Quince días después se publicaba mi trabajo y por esos criterios, a veces raros de las revistas, a pesar de su buena estructura, rechazaron el de mi amigo.

—¿Y el nombre del próximo libro?

—"La aventura de ser", prologado por el genial escritor Manuel Ugarte. En breve lo haré editar satisfaciendo un anhelo legítimo, que me induce a reunir en un volumen la cosecha de mis sembrados.

La visita desconocida

Por Mauricio Dekobra

Sir Hugo Thoroughbean es amigo mío desde hace diez años.

Hugo, cuando no está en Enex, habita en Francia; generalmente pasa el mes de junio en Marlotte, en una villa confortable.

Aquella tarde estábamos en el jardín de su villa hablando de cosas indiferentes. De pronto me dijo:

—Si comemos solos nos vamos a aburrir en la mesa. Voy a invitar a una dama. Será más alegre.

—¿Una de tus amigas, Hugo?

—No. No tengo amigas... Voy a invitar a una desconocida.

—¿Cómo?

—Hago esto con frecuencia... Telefoneo a París, a casa de una señora muy bien relacionada. Me conoce bien y me envía una amiga, que me hace compañía durante unos días. Luego, la despido cortésmente y le hago un pequeño regalo. Voy a telefonear.

Hugo obtuvo comunicación, me ofreció el otro receptor, y habló:

—Buenos días, señora. Soy Hugo Thoroughbean... Envíeme a alguien a Marlotte, a la villa Mary-Rose...

—Comprendido, señor — respondió la voz—. Sus deseos se verán cumplidos antes de una hora.

Hugo me miró sonriendo.

—Como ves, mi sistema es perfecto. Cenaremos con una joven bella, graciosa, espiritual, que nos ayudará a matad el tiempo contándonos sus aventuras. Mientras viene, vamos al pueblo a tomar el aperitivo.

* * *

Volvimos a la villa. Sir Hugo me mostró un auto que estaba parado delante de su parque.

—Ya llegó — dijo, y acercándose al chauffeur le preguntó:

—¿Es usted quien acaba de conducir a una señora hasta aquí?

—Sí, señor.

—¿Le ha pagado el viaje?

—No, señor.

Hugo depositó un billete en la mano del chauffeur, y le dijo:

—Es inútil que espere. La señora volverá mañana. Venga a buscarla a las once.

—Bien, señor.

Atravesamos el parque. Benjamín, el viejo criado, apareció en la escalinata. Inclinándose, dijo:

—Sir..., la señora está en el salón.

—Muy bien, Benjamín. Usted servirá la cena, a las nueve. Tres cubiertos.

Entramos en el salón. En efecto, la dama estaba allí.

Era una mujer algo gruesa, con los cabellos agrisados, vestida con un modesto traje gris.

Las mejillas, un tanto enrojecidas; la nariz, sombreando por un bigotillo, no respondía a la ilusión que nos habíamos hecho acerca de la linda mujer que nos enviaría. Yo tenía la impresión de hallarme delante de una lechera en vacaciones, o de una dueña de alguna pensión.

Hugo, en cambio, la saludó sin afectar la menor sorpresa.

Mi estupefacción no tuvo límites cuando oí hablar a la visitante.

—Se... se... señor. Me han di... dicho que... que... usted de... deseaba al... alguien por... por... unos dí... días. Por... por eso estoy a... a... aquí.

¡Era tartamuda! La conversación no dejaría de tener gracia con una interlocutora así. Hugo, inclinándose hacia mí, me susurró:

—Es curioso, ¿no te parece? No negarás que el numerito es bastante original.

Y muy galante añadió, dirigiéndose a la visitante:

—Tiene usted un ligero defecto de elocución, pero Demóstenes mismo tenía que ponerse piedrecitas pequeñas en la boca para corregirse... ¿A quién tengo el honor de hablar?

—A ma... ma... madame Amelia Cou... Coulignat. En efecto, señor, yo tar... tar... tartamuha... hablo: pero norma... norma... normalmente no tar... tar... tartamudeo.

—¡Ah! Eso es perfecto — repuso Hugo con una leve sonrisa— Usted se quedará con nosotros, señora Coulignat, hasta el próximo lunes. ¿Le parece bien?

—Sí..., se... se... señor... ¿Haré de ex... ex... ex... tra?

—Justamente...

—Yo... yo... yo entiendo algo de re... re... repostería...

—No se preocupe, señora. Si usted ama la buena cocina, tengo un cocinero excelente.

—¡Ah, usted tiene un co... co... cocinero!

Yo me incliné hacia Hugo y le dije:

—Yo creo que esta señora viene equivocada. Pregúntale de dónde viene.

La señora, que me había escuchado, respondió:

—De... de la agencia de colocaciones de... de... la... la... la calle Am... Am... Ampére...

Hugo me miró.

—Esto sí que es gracioso. He comunicado con una agencia de la calle Ampére. ¿Cuál es el número de su agencia, señora?

—Wa... Wa... Wagram 95-82.

—Y el número a que yo he llamado es Wagram 83-32.

—Todo se explica... Es un error de la telefonista.

—Entonces, se... se... señores..., ¿ustedes no... no... no... no... no tienen necesidad de un ex... ex... extra?

—No, señora Coulignat — respondió Hugo—. Pero como no queremos hacerle perder dos días, ahí tiene doscientos francos para volverse a París...

Quimeras de juventud

Por Juan del Huecar

I

¿Qué delicioso recordar aquellos bellos tiempos y aquellas floridas glorietas donde tanto te amé, bella Palermo!... ¿Recuerdas cuando bajo la fronda perfumada de alhelíes y de albahaca, de jazmínez y crisantemos, entre el susurro de la fuente clara, olor de de la fuente clara, olor de acacias y de rosas, noches de estío, de luna y de candor, de poesía, noches de fantásticos sueños, de perfumes, de besos y de amor, te recitaba mis primeros versos inspirados por tu dulce musa, que eran cadencias de mi amor tan puro y anhelos de mi doliente pecho?...

¿Recuerdas cuánto te amé? ¿Recuerdas?...

Después... sed de gloria y de aplausos... y partí.

Y la gigantesca mole de hierro dejó oír un estridente ruido y nos apartamos entre el humo blanquecino que su chimenea soltaba en el espacio como nubes. Al volver mi vista hacia las últimas casas de mi pueblecito castellano, pude apreciar que el humo se desvanecía, y empecé a ver otros parajes, otras cosas que también desvanecían el recuerdo nostálgico de las otras.

Sólo un instante recordé... el susurro de la fuente clara, los perfumes de acacias y de rosas, las noches de estío, de poesía, de ensueño...

¿Recuerdas?... Pero óyeme, Palermo, óyeme; hoy que no puedo quisiera recordar...

II

Jueves Santo..., día esplendoroso de sol y de majencias. Allá arriba, en la esfera del reloj de la alta torre de Mangana, que domina el panorama de la pequeña ciudad castellana, refulgía con los rayos solares como un potentísimo reflector y los arrojaba a las casas y a las cúpulas de los álamos de los parques.

Fiesta en el templo; mujeres bellas y adornadas; movimiento inusitado hacia el puente de San Antón, de donde había de salir la procesión de Paz y Caridad, y un tumulto de personas abigarradas, confundidas entre el azul granate de las túnicas de los nazarenos.

Fué una coincidencia, o quizá una cosa predestinada que había de suceder.

...Y, aquella tarde de Jueves Santo, fiesta en el templo, día esplendoroso de sol y de majencias, me tropecé contigo y te amé como un loco, con pasión ingenua, sin conocerte; ¡qué quieres! ¡Si fué vehemencia de poeta que al escribir mis versos cantaba a una mujer creada por mi mente, y tú te parecías tanto!...

!Y nos amamos tanto, que fué un amor sin freno, sin medida, bárbaro, arrollador!...

Y luego juré..., juramos ambos, en la comunión mutua de nuestras almas, que nada ni nadie podría separarnos y en la primera estrofa que escribí decía:

"Aunque el mundo traidor nos aleje,
tú has de ser mía..."

¡Qué dulce es ser poeta cuando se ama a una mujer!...

Pero ¿no me oyes?... ¡No te duermas, mujer, que quiero recordar!...

III

Como ahora apoyo mi cabeza sobre tu enjuto, así yo entonces descansaba sobre tu sonrosada cara, y blandíala sobre tus hombros cubiertos de sedas y de tules; y bajábala a tu regazo... y me adormecían tus perfumes, y soñaba.

Un día recuerdo... que premiaste un trabajo mío y me concediste un beso porque era una poesía muy bonita, eso sí; se la dedicaba a tu madrecita muerta, y llorabas de pena... y de alegría.

¿Recuerdas las almendras del Santo?... ?Y los bailes de allá de la Alameda?

¡Pero no te acuerdas, mujer! ¿Tú no te alegras con recordar todas estas bellas cosas?... ¡Si los nietos se fueron! Ya no molestan.

IV

¡Cuántos días pasaron desde aquel que nos juramos mutuo amor...

...bajo la fronda perfumada de alhelíes y albahaca, de jazmines y crisantemos, entre el susurro de la fuente clara, olor de acacias y de rosas, noches de estío, de luna y de candor, de poesía, noches de fantásticos sueños, de perfumes, de besos y de amor..., noches de aquellas floridas glorietas donde tanto te amé, bella Palermo...

¡Llanto..., dolor...! ¡Ya no me escucha..., se duerme! ¡Se duerme..., ya no me escucha!...

Notas cinematográficas

"Cama y sofá" — Acaba de ser estrenada entre nosotros una producción rara, exótica, salida de los estudios rusos bajo la dirección del milagroso animador Alejandro Room, el que dirigió "Ivam el terrible".

Se titula "Cama y sofá" y es una de las producciones más originales de la moderna cinematografía rusa, pues que careciendo de espectaculosidad, nos da la sensación de hallarnos ante una obra maestra de síntesis y psicología.

Podrá no gustarle a muchos el desarrollo de "Cama y sofá", pero reconocerán que se encuentran ante una obra donde el drama interior desborda entre escenas comunes de intensionada ironía.

Por estos valores ha sido recibida en Europa con absoluta aprobación no teniendo en todo su desarrollo ni el más mínimo asomo de interpretación dudosa.

Como hemos dicho, su director, Alejandro Room, ha sido el realizador de producciones tan importantes como "Iván el terrible" que tuvo una triunfal acogida entre nosotros.

"Rue de la Paix", el film de la elegancia parisien será estrenado por la Selección Golpe Film — "Rue de la Paix", el gran film realizado por Henry Diamond - Bergert, llevando el sello de Natán Film, que significa en Europa algo de artística distinción, será estrenada a fines del corriente mes por la Selección Golpe Film, empresa que estrenó, no ha mucho, "La sirena de los trópicos".

"Rué de la Paix" está basada en una popular obra de Abel Hermant presentándose un aspecto típico del París elegante.

En el mundo de la moda femenina es la calle de la Paix la única atracción de la riqueza donde se evoca lo que puede el dinero. En medio de este ambiente curioso se ha intercalado una intriga emotiva entre los personajes de este mundo cosmopolita, notablemente interpretadas por los artistas de la pantalla francesa Andres Lafayotte, León Mathét y Armando Bernard.

Diamont-Bergert ha querido presentar, y le ha conseguido, una obra eminentemente parisien y de una elegancia que seduce.

"Por el honor de su hermano". La Corporación Argentino Americana de Films ha estrenado recientemente, en los principales cines, la película de su programa Extra Arte, titulada: *"Por el honor de su hermano"*, con Dorothy Sebastián, Patt O'Malley, Harry Murray e Ida Darling.

Patt Regan, es un agente de la policía de New York, pundonoroso y cumplidor. Un buen día llega de Irlanda un hermano suyo Danny Regan.

(Harry Murray) al que por circunstancias varias aún no conoce. Bien pronto llega a sus brazos identificados ambos por fotografías y la indumentaria de agente seduce inmediatamente a Danny Regán que ve en el modesto puesta de vigilante un ideal que ha de de tender a su obtención. Sin embargo en varias insinuaciones es reprochado por Patt, pues según éste han de ser otros sus destinos. A pesar de esto por mera ambición Danny durante horas de descanso del hermano se viste con las prendas de él y se pasea orondo por las habitaciones.

En esos instantes acaece frente a la misma casa un choque de automóviles. No titubea en intervenir; y sus brazos recogen exánime el cuerpo de una esbelta joven, Anne Rourke, (Dorothy Sebastián) y la conduce a su domicilio. Dada la simpatía que emana la persona del falso pero solícito agente, Anne Rourke, siente una viva atracción hacia el significando esta naciente relación un serio inconveniente para el desarrollo de ciertas actividades poco lícitas en que se ve partícipe En efecto: al día siguiente la pandilla de la que forma parte Anne Rourk al hacer traer con fines de compra un collar de perlas valioso pretende hacer desaparecer el verdadero y poner en su lugar el falso; pero el joyero se da cuenta de las redes tendidas e increpa del mal proceder a los presentes. Pero no puede gritar mucho porque es atacado inmediatamente por dos de los de los compinches. En eso entra Danny Regán, interviniendo.

El joyero trata de poner en claro la verdad de la situación pero es todavía tachado de ladrón y llevado preso por el falso agente Pero a qué comisaría será llevado? A aquella a la que no pertenece Danny Regán? Lógicamente la inminencia del descubrimiento del falso ejercicio del puesto de agente se hace amenazador. Danny Regán, opta por dejar en libertal al joyero pero éste está más interesado que nunca en hacer intervenir las autoridades. Danny Regán escapa y el joyero a sus talones. En la huída pierde un botón de su uniforme el que es encontrado por el agente que en compañía del joyero perseguía al fugitivo. Y un compromiso, el compromiso que afecta su reputación de policía perfecto e intachable, se cierne sobre el dueño del uniforme que no es otro que Patt Regán.

Entonces, Danny, herido en su dignidad en la nobleza de sus sentimientos de hermano no titubea en exigir a Anne Rourk aclare la situación sin desmedro de sufrir las consecuencias legales. Pero al entrevistarse es atacado por dos componentes de la banda y herido mortalmente. Para la scalvación de su vida es necesario una intervención quirúrgica. Esta se efectúa, felizmente.

La joven explicado que hubo el verdadero curso de los hechos paga con la cárcel el desliz cometido, para después, rehabilitado plenamente entregarse a una vida más honesta, pletórica de esperanzas mejores

Es una película que ensalza la adopción de la lealtad como una mejor elevación moral de los hombres. Su interpretación es de primer orden y su dirección como siempre acertada por ser un film del sello Tiffany Stahl Pictures.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Barniz de alcohol para el cuero. Se compone de 70 partes de alcohol desnaturalizado al 95 por 100; 30 partes de copal pulverizado; 10 de trementina de Venecia, y 0'6 de nigrosina o negro de anilina soluble en el alcohol. La nigrosina se disuelve en 20'3 partes de alcohol frío y la trementina en 7 ú 8 partes del mismo disolvente. El copal se echa en un barrilito con el resto del alcohol, y al cabo de 3 ó 4 horas se pasa por un tamiz muy frío. Se añade a continuación la disolución de trementina y el tinte. Puede añadirse aceite de espliego y disimular el olor del alcohol desnaturalizado con la esencia que se produce haciendo obrar el ácido nítrico sobre la bencina.

* * *

Para hacer lavable el papel de las paredes. — Disuélvanse dos partes de bórax y otras dos partes de goma laca en 24 de agua caliente. Cuando la solución sea completa, se filtra por un trapo, y se dan varias manos de ella al papel, frotándolo con un cepillo suave después de aplicar cada mano de barniz, con lo que se conseguirá darle un brillo muy pronto.

La operación puede hacerse lo mismo si el papel está en rollos que si ya está pegado en la pared. De todas maneras esta preparación permite lavarlo luego con agua y jabón sin que los colores se corran o desaparezcan.

* * *

Cemento para pegar porcelana y loza. — Se mezcla cal en polvo con una clara de huevo, obteniéndose de este modo una pasta que se seca pronto y con la cual se pueden pegar loza y porcelana.

Esta cola debe emplearse no muy espesa y aplicarse inmediatamente, pues su acción es muy rápida.

* * *

La hinchazón de los pies producida por una larga caminata, desaparece en seguida tomando al llegar a casa, un baño de pies algo largo, en una decocción de hojas de sauco con un puñado grande de sal.

También puede emplearse para el mismo objeto, un cocimiento de hojas de nogal con sal gorda en abundancia.

* * *

Los pinceles y brochas que se usan para los barnices hay que limpiarlos bien, pues, de lo contrario, se endurecen los pelos y se rompen con facilidad. Así, pues, es necesario lavarlos cuidadosamente con trementina, y aún mejor, meterlos en un baño compuesto de tres partes de trementina y una parte de aceite de linaza, que les da toda su flexibilidad.

* * *

Líquido para quitar las manchas de tinta. — Este líquido puede hacerse con el ácido clorhídrico y con el hipoclorito de sosa. En el primer compuesto, entran una parte de ácido clorhídrico fuerte y diez partes de agua; en el segundo, entran dos soluciones, ambas en 600 gramos de agua: una de 250 gramos de cloruro de cal y otra de 360 de carbonato de sosa; se mezclan las dos soluciones una vez terminadas, y se filtra la mezcla.

* * *

Para pegar fotografías se emplea una mezcla compuesta de 106 partes de sandáraca, 40 de almáciga, 2 de alcanfor, 16 de esencia de lavanda, 180 de alcohol absoluto, 12 de éter y 8 de trementina de Venecia.

* * *

Todos los que emplean reveladores fotográficos de diamidofenol o de amidol saben que el bromuro potásico ejerce muy poco efecto y por consecuencia es bastante difícil sacar partida de un cliché muy pasado empleando dichos reveladores. Pero en el Congreso de química celebrado el pasado año en Londres, M. Namias hizo notar que los baños de diamidofenol se tornan muy sensibles a la acción del bromuro si se les añade ácido bórico. Esta adición no influye nada en la aparición de la imagen aun cuando el baño esté saturado de ácido y en cambio tiene la ventaja de conservarlo largo [illegible] y de asegurar su sensibilidad a los bromuros alcalinos.

La fórmula recomendada por Mr. Namians es la siguiente:

Sulfito de sosa cristalizado	100 g.
Agua	4 g.
Acido bórico en polvo .. .	5 g.
Diamidofenol	0,5 g.

La solución de bromuro potásico al 10 por 100 se agrega cuando es necesario, como los demás reveladores.

* * *

Contra las moscas. — He aquí algunas nuevas recetas para exterminar las moscas, en esta época del año más molestas que nunca.

Tómense parte iguales de alcanfor y de esencia de trementina, y con su mezcla empápese bien una hoja de papel secante, que se dejará secar y se colocará donde haya guardado pieles o ropa.

Puede también emplearse la siguiente fórmula: lupulina, 3 gramos y medio: rapé, 60 gramos; alcanfor, 30 granos; serrín de cedro, 150 gramos.

Mézclense estos ingredientes, y espolvoréese con la mezcla los sitios amenazados por aquellos insectos.

Pueden también usarse con éxito la bencina, un poco de bórax disuelto en agua caliente, y hasta la sal común.

* * *

Las sortijas y demás alhajas que contengan perlas, no deben lavarse con agua caliente ni tampoco con jabón, porque les quita el lustre y además tiende a disolverlas.

Cuando las perlas pierdan su blancura, da buenos resultados el guardarlas en una caja que contenga magnesia pulverizada.

* * *

Una tinta indeleble muy buena se hace disolviendo gramo y medio de anilina negra superior en 42 gramos de alcohol, 170 de agua muy caliente y sesenta gotas de ácido clorhídrico, y añadiendo tres de goma pulverizada.

DESORDEN Y ARMONIA
(Fantasía)

Al músico y poeta, señor José M. Oyuela.

¡Son los ríos de la sombra!
Que bajando de montañas
De penumbras
En torrentos muy obscuros,
Cual brumosas cataratas
En océanos de limbos; mustios mueren
Ofrendando las tinieblas de sus aguas!...

Ni el abismo del abismo,
Ni la sombra de la sombra,
¡Han dejado hallar sus costas!...
Do, tal vez, un raro alcázar de fulgores invencibles,
Con sus lumbres salvadoras
¡Deje entender la lucha de las cosas!...
Y entrever, siquiera,
Los futuros y lejanos horizontes
Circundandos de oquedades,
Donde moran los noctívagos espectros
(Los sin nombre),
Los que llevan cual sudarios
Al enigma y al misterio:
Esos hijos de la noche,
Esas flores de Noctulios,
Esas trágicas incógnitas que el hombre
Persiguió desde su infancia,
Anhelando hallar la clave
Del desórden...

¡Del desórden!...
Del desorden que no explican sus teoremas...
Del desorden infinito y majestuoso,
Fiel reflejo, quizás, de la luz supraterrena
De un confín donde los ogros, en un caos,
Sin cadenas,
Silenciosos se transforman
Ante Orfeo indescriptible que aquilata
Con su música a sus vidas, cuando pesa
Por fantásticos abismos,
En los círculos dantescos de horas muertas;
Del pasado ¡sus poemas!...

Y los ríos de la sombra
(Torbellinos insondables;
Tenebrosas florescencias de intangibles laberintos),
Que entre místico desordén agigatan
A los mares de las nieblas
Al brindarles nuevas olas,
Entre arpegios del eterno movimiento
¿No nos hablan de la ley de la armonía...
De ese ritmo incomprensible cual la boca
De la esfinge imperturbable
Que a la vez; es luz y sombra?...

Wellington Zerda

CIENCIA MODERNA

Los superrayos revelan los secretos de la creación

Hace pocas semanas, el doctor Millican daba una conferencia en la Academia de Ciencias de Wáshington sobre sus últimos estudios de los misteriosos rayos cósmicos descubiertos por él.

Desde que en 1925 los dió a conocer, la ciencia ha venido ocupándose de ellos con entusiasmo.

Son los rayos más potentes que se conocen, con una fuerza penetrante mucho mayor que la del radium y de los rayos X.

Estos rayos, dice Millican, son los mensajeros invisibles de la creación.

La creación continúa, no solamente haciendo nuevos mundos y seres que los pueblen, sino creando las partículas de materia con las que se hacen igualmente las rocas y los animales.

El estudio de los rayos cósmicos, añadió, dieron la primera e indisputable evidencia de que más allá de las estrellas, y quizá en la misma tierra, nacen todos los días cuatro de los cuerpos simples, nacidos del hidrógeno y del helio.

Estas cuatro substancias son: el oxígeno, o gas de la vida; el magnesio, con cuya luz cegadora se hacen las fotografías de noche; la sílice, que da origen a la arena y el vidrio, y, por último, el hierro. Y los misteriosos rayos que vienen probablemente de la gran nebulosa espiral que los astrónomos creen sean mundos en formación, son energía emitida por los átomos en el incomparable trabajo de la nueva creación.

En otros términos, los rayos cósmicos son los mensajeros que nos traen la noticia de que el universo sigue trabajando y creando las dos substancias simples, los dos cuerpos de que hemos hablado, los dos gases tan abundantes en el mundo estelar.

Cuando se descubrieron los rayos X, los ultravioleta, los del radio, etc., se tomó como una diversión de los hombres de ciencia, y, sin embargo, han revolucionado la vida de la humanidad. ¿Qué podemos esperar de los rayos cósmicos?

¿Qué sería de nuestra vida sin el radio, los rayos ultravioleta, los X y otros inventos que hoy son auxiliares grandes de nuestra salud y nos procuran comodidades y diversiones? ¿Qué sorpresas nos reservan los misteriosos rayos de la creación?

Su poder penetrante es enorme: atraviesan una plancha de plomo de más de seis metros de espesor. La coraza de los más protegidos buques de guerra es para ellos un pellejito de cebolla. Están en todas partes; caen sobre nosotros en todo el mundo, con una décima parte de la fuerza de la luz y el calor totales que la tierra recibe del sol y las estrellas. Se necesitan más de mil millones de sus ondas para obtener el grueso de una hoja de papel de fumar. Se parecen a los rayos X, pero tienen una fuerza de penetración mil veces mayor.

En 1910, Millican se enteró de que el alemán Gockel había encontrado en la atmósfera unos rayos muy cortos, de gran rapidez en la vibración, que afectan el electroscopio, experimento que había hecho haciendo elevar globos a grandes alturas.

Estos rayos eran, al parecer, más cortos que todos los demás conocidos y Millican sabía que los rayos de radium, tan abundastes en la tierra, no podían penetrar a tales alturas. ¿Serían otros rayos esos que venían de arriba abajo?

Si los rayos vienen de fuera, se dijo Millican, serán cientos de veces mayores en las altas capas atmosféricas que en la superficie de la tierra, y para ver si así era, lanzó un globo-sonda con los aparatos correspondientes.

Al recoger el globo, grande fué el desencanto del doctor al ver que el electroscopio apenas indicaba una débil mayoría de rayos que la registrada abajo, y entonces pensó que si existían los rayos cósmicos, habían de ser tan penetrantes que sólo se podía notar una ligera variación en su intensidad, aun después de haber atravesado la espesa capa de aire que rodea a la tierra.

Entonces pensó que no dejase una pared o plancha que no dejase pasar los rayos de mayor fuerza penetrante conocida y ver si existía alguno que pudiese pasar a través, y si había alguno de mayor potencia, ir aumentando el grosor de la plancha, hasta lograr contenerlos, lo que daría la medida de su fuerza.

Así lo hizo: pero no había pared que los contuviera.

¿Para qué construir esas murallas? ¿No sería mejor subir al monte Whitney, lo más alto de los Estados Unidos, y meter en las aguas friísimas del lago que hay en la cima y a gran profundidad el electroscopio?

La idea se llevó a cabo, y Millican lanzó un grito de triunfo. Eran los rayos cósmicos, rayos que atravesaron quince metros de agua helada en sentido vertical.

Habían atravesado una capa de agua equivalente a una plancha de plomo de cerca de dos metros.

¿De dónde venían aquellos rayos? ¿De las estrellas?

Muchos fueron los críticos que negaron tal procedencia, señalando que el aire está lleno de polvo radio-activo de gran energía radiadora.

Millican, probó lo contrario de una manera ingeniosísima:

Repitió el experimento en el lago Arrowhead. Si los rayos venían de más allá de la tierra, tendrían que atravesar primero una capa de aire equivalente a seis pies de agua, pues este lago se encuentra a 6700 pies más bajo que el del monte Whitney; por lo tanto, si los rayos venían del espacio, los electroscopios, a un pie de profundidad en el lago Arrowhead, darían una medida de uno más seis, es decir, siete pies en el otro lago. Si los rayos venían de la atmósfera, la altura no señalaría ninguna diferencia entre las dos lecturas.

Luego Millican fué a Bolivia para continuar sus experimentos y encontrar la verdadera fuente de aquellos rayos. En los Andes encontraron los rayos lo mismo de día que de noche. Bajo la Vía Láctea o en otra latitud, los rayos siempre eran lo mismo y procedían con igual fuerza de todas las direcciones del firmamento. En California, en Panamá, en Bolivia, siempre eran idénticos. Era otra prueba de que eran cósmicos.

A su regreso de la América del Sur siguió un experimento con aparatos diez veces más sensibles que los anteriores, logrando encontrar estos rayos a doscientos pies bajo el agua en los lagos de California; es decir, rayos que podían atravesar una plancha de plomo de cinco metros de espesor.

El mundo científico preguntaba cómo venían esos rayos y cómo nacían.

Millican lo ignoraba; pero, hace pocas semanas, trabajando con su ayudante, el doctor Cameron, éste tuvo una inspiración: Sólo una cosa podría producir rayos de tan extraordinaria energía, el cambio completo de un elemento tal como el hidrógeno, o su pariente el helio, en elementos más complejos tales como la sílice y el hierro.

Calcularon la fuerza que perdería un rayo al cambiar el hidrógeno en helio y encontraron: Energía penetrante, 32.

Millican la comparó con un rayo cósmico ya observado: Fuerza penetrante o coeficiente de absorción, 35, pequeña diferencia o error que se concede en estos experimentos.

¿Cómo venían los rayos en esas transformaciones?

Supongamos que el hidrógeno se cambia en helio. Un átomo de helio es casi cuatro veces más pesado que uno de hidrógeno. Hacen falta cuatro átomos del segundo para hacer uno del primero. Hay una fracción de átomos de hidrógeno sobrante. ¿Qué se hace de ella? Según Millican se convierte en energía y esa energía, que llega a la tierra en forma de radiación, es el rayo cósmico.

Esto ocurre en las nebulosas. He ahí la fuente de estos misteriosos rayos.

PENSAMIENTOS

El carácter es la fuerza más poderosa en el mundo moral. En sus personificaciones más nobles presenta ejemplos en la naturaleza humana en las formas que tienen mayor dignidad, porque muestran al hombre bajo el mejor aspecto. — SMILES.

***

¿Perseguimos lo que Dios tolera? — SAN AGUSTIN

***

La absoluta libertad de la controversia religiosa resulta del principio de la tolerancia. — VILLEMAIN

***

Los hombres que se equivocan de buena fe son dignos de compasión, jamás de castigo. — DIDEROT.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — Sábado: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ oro 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ oro 8.00
N.º suelto . „ 0.20	N.º suelto . „ 0.25	
N.º atrasado „ 0.40	N.º atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

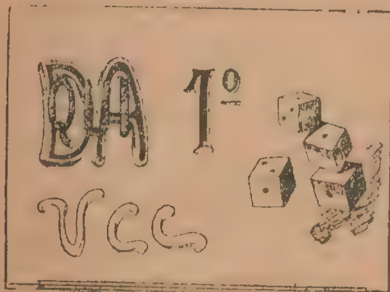
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 1 — CHARADAS

Conozco a una *dos* con *prima*
de muy singular belleza:
su nombre es Evangelina
y se apellida oropeza.
Armas blancas se les llama
a las *segunda* y *tercera;*
se usó en la última guerra.
Si en dirigible caminas
y te llega a faltar *tres*
te aconsejo no hagas mohinas
si *cuatro tres* buenos pies.
Mi *todo* una isla es
en el Africa Oriental,
donde el Gobierno francés
tiene poder gubernal.

N.o 2 — JEROGLIFICO



N.o 3 — COMPRIMIDO

PPA NOTA

N.o 4 — JEROGLIFICO



N.o 5 CHARADA

Ese tigre no se aparta
y un *todo* es, seguir. Andrés
prima-segunda-tres
y *segunda-tercia-cuarta.*

N.o 6 — ADIVINANZA

—¿Por qué los panaderos
trabajan de noche?

N.o 7 — CHARADA

Acudí, amigo José,
a la *todo* del teatro;
por cierto que me llevé
prima tres segunda-cuatro
y sin entrar me quedé.

N.o 8 — INTERPRETATIVA (FRASE CRIOLLA)



¿Que estará diciendo el gaucho a su china?

N.o 9 — FRASE HECHA



N.o 10 — CHARADA

A un *todo* vió Rosalía,
que trata él doctor Cervera,
y; aunque cuerdo parecía,
está peor cada día
primera la *dos-tercera.*

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 47—Rascacielos.
,, 48—La espada.
,, 49—Es cariñosa en extremo.
,, 50—Una mulatada.
,, 51—Endoses.
,, 52—Carabela — Entre paréntesis.
,, 53—Cucaracha.
,, 54—Mil pesos.
,, 55—Vulcano.

PIEDRAS PROTECTORAS Y AMULETOS

El uso de objetos con miras supersticiosas a los cuales se atribuye poder protector contra los sortilegios, enfermedades, accidentes y otros males, se remonta a la infancia de la humanidad.

Las figuras de animales grabados o pintados en las paredes de las grutas, no son únicamente muestras de un arte sutil, son también representaciones mágicas destinadas a conjurar el ánimo cobrado o al que se quiera cazar. Hasta las alhajas de aquellos tiempos remotos, como collares y brazaletes de piedra tenían propiedades mágicas. Los pueblos del Oriente clásico desarrollaron el uso y variaron las formas de los amuletos. Los asirios alejaban los malos espíritus llevando tablillas y cilindros de arcilla, cubiertos de fórmulas mágicas. Los persas se rodeaban el cuerpo con vendajes o con sentencias. Los egeipcios tenían joyas en forma de nudos y de anillos de tierra barnizada, porque el ojo era el símbolo de Ra, el Sol, de donde procede toda salud en forma de cruces en aspa...

Los romanos atribuían virtud particular a cada piedra preciosa; la amatista preservaba del granizo y de las langostas; el jaspe atraía la lluvia y favorecía la elocuencia, el ágata es poderosa contra las picaduras venenosas.

En la primera edad del cristianismo se heredaron todas estas supersticiones. La invención de las campanas, cuyo sonido aleja los demonios y la tempestad, puso en moda la campanilla mágica, que se llevaba al cuello. Se multiplicaron los amuletos contra el "mal de ojo". Se substraían objetos benditos para coserlos en bolsitas, vendiéndose como amuletos. Se recogían las gotas de los cirios, el agua de la nieve caída en día de Navidad, el huevo puesto en día de Pascua.

También en el Islam se emplean los versículos del Corán arrollados en envoltura de seda. La "mano de Fotma" deriva toda su virtud del número cinco mágico y bienhechor, representado por los cinco dedos.

No hay país que ignore lo que es un amuleto. Los fieles tibetanos los fabrican con los jirones de las vestiduras del Gran Lama. Los negros y salvajes africanos usan el "gris-gris", y en sus pechos se ven los amuletos más raros, hechos de pelos, plumas, madera o conchas.

Lógicamente parece que este género de supersticiones debía ser incompatible con los progresos de nuestra civilización. Sin embargo, comprobamos que las más felices inteligencias sufren esta curiosa debilidad. El químico inglés Roberto Boyle llevaba siempre consigo polvos de cráneo humano para preservarse de las hemorragias nasales y Pascal cosía a su traje un pergamino con inscripciones místicas, con cuya virtud contaba para huir de dudas y desesperaciones.

En la época presente no se rechazan los amuletos legados por nuestros antepasados o inventamos otros a capricho.

Los fetiches pueden clasificarse en dos grupos: campesinos y ciudadanos.

La superstición impera en el campo. Créese, por ejemplo, en la llave de plomo para preservarse de la mordedura del perro hidrófobo; en el anillo de cobre contra la jaqueca; en el cigarro como vehículo de maleficio; en los submarinos; en los collares de ajo contra la lombriz y la mordedura de serpientes; en las herraduras de caballos que atraen la suerte...

Los habitantes de la ciudad se conforman con llevar pequeños dijes de oro, plata, de coral o de ámbar.

También a las piedras preciosas se atribuye influencia especial transformándolas en talismanes. Desde la antigüedad se perforan yemas para suspenderlas en el cuello, los brazos o tobillos sin quitarlas nunca.

Los yanquis pusieron de moda las piedras preciosas como amuletos. Recogieron las indicaciones dejadas por los magos sobre la materia.

Para elegirlas hay que recordar el mes de nacimiento, pues cada una supone cualidades particulares.

Entre los egipcios todo ser terrestre era la condensación de un rayo astral. Según ellos, cada astro estaba representado en la tierra por un vegetal o un animal, una piedra o un metal.

Toda piedra preciosa, así considerada, hará consigo una dicha para los mortales puestos bajo la dependencia del astro, o una desgracia para cuantos estuviesen bajo la influencia de una constelación enemiga.

"Shakespeare", por David Peña

"Peña conoció a Shakespeare hace muchos años, en la iniciación de su vida literaria, y ello le abrió el horizonte, le dió puntos de vista nuevos, y aseguró a su producción literaria una verdadera base artística". El Dr. Mariano de Vedia y Mitre, sabe lo que dice, dice lo que siente y lo manifiesta. Así es Peña en esta obra que ha brotado como una magnolia en su patio solariego de arte y Belleza. Como una magnolia, por la forma opulenta de su belleza, bajo el riego espiritual de aquella nube fulgurante que surgió "con el vigor del sol tras las tormentas" en el pasado ensueño del mundo. Aun, bajo el control materialista de la democracia moderna, aquel descendiente directo de Esquilo — aquel Guillermo Shakespeare de Stratfor-on-Avon, es un mundo desconocido del Arte divino.

Quien se acerque a esta nube de sol fulgurante en inextinguible ignición, corre el peligro de arderse las alas. Icaro, no podría llegar hasta EL y penetrar en su espíritu, casi cósmico, de ardiente fulgor. Quien no sea un poeta, un verdadero poeta, no puede ponerse impunemente a prueba "penetrando" a actuar en ese mundo invisible que es el genio de Shakespeare. La aniquilación, el apocalipsis, sería su sentencia y su obscuración.

David Peña, ha hecho esa aventura del espíritu. Ha probado que podía hacerla, porque ante todo, EL es un máximo poeta del Ensueño y de la Esperanza, es el Espíritu ondulante ciego en el espacio como un pájaro que vuela sobre el viento que le riza las alas, es más todavía, es el Animador de las Formas y el Adorador de las Almas. El ha podido entrar sin miedo por la terrible selva oscura donde relampaguea el genio sakespearino y ruge la loba que aulla en la tremenda visión del Dante. Guiado por Virgilio habría recorrido también los terribles círculos dantescos para salir ileso como el gibelino, de la mediocridad humana.

Así lo revela esta obra en tres actos y seis cuadros de difícil repre sentación por la categoría de cada personaje, de "primo cartello", como que son los personajes principales de cada una de las diez obras maestras de que ha nacido la idea de esta "fábula" que viene a ser el comentario o la "representación" de Shakespeare, y que como anhelaba el autor al escribirla, refleja aunque sea lejanamente, la "mole granítica" de Shakespeare. Las ocho Tragedias y las dos Comedias elegidas para esta gran Síntesis shakespiriana, son: *Hamlet. El Mercader de Venecia — Otelo — Romeo y Julieta — Macbeth — La Tempestad Ricardo III — Julio César — Las Alegres Comadres de Windsor — La Fierecilla Domada.*

Por las hojas de este Libro pasan verdaderas ráfagas del gran aliento. Razón tiene el Dr. Vedia y Mitre cuando dice del autor: "hechas todas las reservas que se quiera y salvadas todas las distancias, debe reconocérsele como discípulo de Shakespeare, el único de sus discípulos argentinos".

PAPEL Y TINTA

"Estudio sobre la evolución biológica de algunos parásitos del género Rymenolepis", por el Dr. Juan B. Bacigalupo— Buenos Aires.

Este eminente médico argentino, autor de infinidad de obras de carácter científico, ha publicado un libro con el título de estas líneas.

Muchas publicaciones como la citada, han dado un gran renombre al Dr. Bacigalupo, porque en ellas se trasluce su afán de escudriñar, y facilita a los que se inician conocimientos de valor.

Si su actuación como facultativo es de lo más descollante, como escritor de trabajos científicos, es mayor, porque su obra facilita sus conocimientos.

El Dr. Bacigalupo ha partido recientemente para "El Cairo", ha sido enviado por nuestro Gobierno, al congreso de Medicina que ha de celebrarse en esa Capital, en el presente mes.

No dudamos de su actuación y el rol importante que desempeñará, quien ha sabido con su estudio, despertar la admiración.

Lleva el libro mencionado al referido congreso, para discutir ante los hombres de ciencia, sus descubrimientos y las teorías que sustenta.

"Rosas del ocio", por José Azerrad Lasry.

Este opúsculo contiene una crítica literaria, en forma sinóptica, una selección de poesías del autor, y algunos pensamientos que, con otros más, anuncia para un próximo libro.

Para realizar su crítica sinóptica, se ocupa el señor Lasry de dos libros de carácter literario, que dicho sea de paso, no valía la pena detenerse tanto; pues, con lo que ha perdido de tiempo, bien pudiera haberlo aprovechado en infundir más fuerza emotiva a sus producciones en versos, dado el buen gusto y preparación estética de que hace gala en su meditada crítica.

Decimos esto, no con el fin de molestar al señor Azerrad Lasry, sino que esa forma de juzgar un libro, debe utilizarse en obras de mayores quilates. Y, porque vemos en el autor condiciones para ello, es que lamentamos la ímproba labor llevada a cabo, sin ningún resultado positivo en bien de los estudiosos que, seguramente, le agradecerían.

"El hechizo de una sombra", por Alcira Bonazzola. Editorial "Tor".

La autora de "El alma desnuda", señorita Alcira Bonazzola, acaba de publicar su tercer libro de versos, intitulado: "El hechizo de una sombra".

En este último volumen, la distinguida poetisa santafesina se muestra en toda su pujanza. Sus poesías, la mayoría de ellas, son verdaderos poemas de amor y dolor, compuestas con habilidad y sentimimiento.

También conviene destacar, en elogio de su labor de artista, la forma adoptada para la libre expresión del pensamiento: con ser clásica en la forma, alcanza a darnos estrofas originales en variados metros, sintetizando admirablemente la tristeza o el ensueño que embarga su alma.

De esta manera, su verso resulta flúido y musical.

Así, en la composición "A un desconocido", hay tal expresión de encanto y de ternura, que nos invita a releerla repetidas veces.

En la imposibilidad de ir señalando los méritos que acompañan a cada uno de sus poemas, nos limitaremos a citar por su epígrafe, los que más nos han agradado anteriormente. Ellos son: "La puerta", "El viaje", "A un avaro", "El ensueño", "La Magdalena", "La sonrisa del príncipe", "El nido", "La barca", "Sin alma", "El lago" y "Desilusión".

"El hechizo de una sombra" es, pues, un libro que merece nuestro encomio, por la sinceridad y honestidad artísticas con que está realizado.

La España incógnita

La riqueza paisajista de España, la abundancia de sus aspectos pintorescos, de sus lugares históricos, de sus maravillas artísticas y naturales es tan grande, que aún siendo muchas de ellas conocidas y lugares habituales de las peregrinaciones turísticas, existen otras poco menos que desconocidas por los extranjeros y aún por los mismos españoles. Por esta causa Gurt Hielscger ha podido rotular con toda justicia "La España Incógnita" al conjunto sorprendente, el maravilloso portfolio de vistas fotográficas de los más bellos lugares españoles que reune en este libro. Ciudades y pueblos, iglesias y catedrales, castillos y murallas, paisajes y jardines, trajes regionales y vida popular son los elementos principales que se reflejan con absoluta veracidad e insuperable belleza en las páginas de "La España Incógnita".

Este libro será el mejor compañero o introductor del viajero sudamericano en la tierra española; constituirá un valiosísimo guía al que habrá aquel de recurrir necesariamente cuando intente conocer a fondo los aspectos, lugares y motivos más representativos de la madre Patria.

La España incógnita contiene trescientos cuatro hermosas vistas, reproducidas por el moderno procedimiento del huecograbado acompañado de un proemio explicativo. Forma un bello volumen de 24 x 31 lujosamente encuadernado en tela, vale $ 25 y lleva el pie editorial de Editorial Espasa Calpe.

TEATROS

"DON JUAN TENORIO"

¿Qué se hizo de aquel caballero gentil y enamorado, símbolo de una época y de una raza? ¿Qué fué de aquel galante aventurero que vivía para el amor y cuyo nombre hacía estremecer de dulces terrores a doncellas y casadas? Este Don Juan de carne y hueso que representaba lo mejor que el hombre puede tener para la mujer, ha muerto en la realidad. Lo ha matado, como a muchos otros tipos y cosas, la civilización. Pero no la civilización genérica, permanente, fuerza motriz de la evolución y del progreso, sino la civilización de nuestros días.

No está en el espíritu de los hombres de hoy el donjuanismo, como fin, del mismo modo que no está en nuestras mujeres la sugestión donjuanesca, como medio. A ningún hombre, realmente del siglo, se le ocurre seducir mujeres por que sí y con el solo prestigio de su bizarría y masculinidad, ni tampoco mujer alguna de nuestro ambiente social, es capaz de adormecer su corazón en el ensueño de una noche perfumada de jazmines y de madrigales.

Si hubiera en ello delito, no podría inculpársele ni al hombre ni a la mujer. A ninguno de ellos, pero tal vez sí a los dos. Porque el amor, que es función del individuo para la especie, no ha disminuído. Antes al contrario, puede decirse y comprobarse que se ha generalizado, más aun, que se ha vulgarizado.

Lo que antes estaba reservado al valor, a la gallardía, al ingenio y al arte de los donjuanes, ahora lo consigue cualquier pelafustán que tenga un auto, un buen departamentito o la influencia política necesaria para facilitar un puesto público o un modesto empleo particular. La tarea de la conquista se ha simplificado estupendamente.

Aquellos amores de las mujeres de Don Juan estaban hechos de misterio, de deslumbramiento, de peligro, de zozobra, de sacrificio, muchas veces de lágrimas. El amor no era una dicha tomada como una fruta de un árbol, sino conquista lograda por el rito y el esfuerzo. Eran necesarios, en el hombre y en la mujer, la vocación y la aptitud. El amor era pasión de elegidos, tal vez de predestinados, acaso de víctimas. Había locura, vértigo, azar. Y como compensación natural el amor así logrado, era un éxtasis.

En el día, es sencillo y hacedero. No hay que luchar, no hay que perseguir, no hay que tener esta condición ni aquella calidad. Es para todos, sencillamente, vulgarmente, sin afanes y sin lágrimas. Pero también por justa compensación, ese amor es un episodio sin importancia, sin interés, sin emoción.

Murió Don Juan. Sus mujeres son esas muchachitas pálidas y tristes que viven voluntariamente solitarias, se disocian del ambiente, viven retraídas en el silencio de sus meditaciones y mueren prematuramente llevándose encerrado en la rosa hermética de su pureza, el secreto de su amor.

Pinto.

"PIGGALL'S" EN EL NACIONAL

Hay en esta pieza de José A. Saldías, una intención buena, un propósito desacertado, un asunto trivial, un desarrollo bien logrado y un final efectista. La buena intención ha consistido en renunciar a las probabilidades de éxito que importa para cualquier pieza de teatro nacional la introducción de una escena de cabaret, con números de varietés, recurso que ha salvado del fracaso a muchas piezas, pues aunque en tales casos los aplausos son para la empresa y los artistas, los beneficios más saneados son para el autor.

El desacertado propósito a que hemos aludido, consiste en haber tratado de pintar un cabaret con personajes de cabaret, pero sin cabaret propiamente dicho, que es como hacer un guiso de chancho sin chancho.

El asunto es trivial, porque se trata de un caso anormal y de pasiones y actos subalternos, con características de crónica policial. Esa mujer que ama al hijo de un antiguo amante, tratando de poner en ese segundo amor la pureza que el otro no tuvo y que después de celestinear a beneficio de una rival (ya que en amor nadie acepta colaboraciones, pues todo el que ama considera rival a cualquier persona de su sexo), arma su mano de un revolver y defiente a tiros al amado contra el ataque de unos facinerosos, no es, precisamente una creación ibseniana.

Pero el conflicto está hábilmente desenvuelto y abundan a través de sus escenas los aciertos de observación.

Así, con méritos destacados y fallas fundamentales, la pieza de Saldías resulta en conjunto inarmónica, pero encomiable.

El papel de mayor responsabilidad estuvo a cargo de la señora Rosa Catá, colaborando con ella acertadamente Olinda Bozán, María E. Lagos, Herminio Jacucci, Santiago Arrieta, Francisco Busto, Félix Mutarelli, etc.

Pura Blaya

La estereotipada frase de "muerte generalmente sentida", pocas veces habrá podido usarse con la propiedad y exactitud que adquiere en el presente caso, al ser aplicada, como expresión de realidad, en el reciente fallecimiento de Pura Blaya.

En efecto; el numeroso cortejo fúnebre que acompañó los restos mortales a su última morada, y en el cual predominaban actores, escritores, músicos, pintores, y, en general, cuantos artistas alientan en el mundo de la lucha diaria de nuestra complicada metrópoli, ofreció un imponente testimonio de duelo ante los despojos de la artista fallecida, complementado por el aluvión de telegramas y misivas de condolencia que, no solo de la capital federal, sino del interior del país, y hasta de fuera de la República, llegaron al espíritu atribulado de la familia de la extinta, el sedante lenitivo de los tributos sentimentales espontáneos y sinceros.

Y es que Pura Blaya, bella flor hispánica tronchada en la plenitud de sus encantos, tuvo el hermoso privilegio de dejar tras si esa luminosa estela de hondos afectos y simpatías, que solo las a l m a s fundamentalmente buenas saben trazar a su paso por la vida.

Ruiseñor canoro, cruzó, en triunfo, el cielo de su lírica desgranando el caudal de sus trinos, que muchos públicos pagaron con cálida adhesión a su arte delicado y a su rara belleza. Abeja laboriosa, labró la miel de sus panales para que su bondad innata prodigara el bien, con generoso derroche, entre no pocos necesitados...

¡Paz en su tumba!

"COMPADRON Y GUITARRERO", EN EL BUENOS AIRES

Esta pieza de Alberto Godel responde lo mismo que su anterior producción, al género de las que no tienen características definidas ni mantienen en toda su extensión una línea general uniforme.

Si quisiéramos definir en forma aproximada esta producción, diríamos que el autor de "Compadrón y guitarrero", con un asunto de comedia novelesca ha querido escribir un sainete de costumbres, que le ha resultado algo parecido a un juguete cómico.

Aparecen en escena, desde luego con una lógica muy complaciente, un tenebroso que fracasa dos veces consecutivas en sus manejos; las dos presuntas víctimas; el tipo simpático que logra en momentos difíciles salvar el honor y buen nombre de ambas y que, como se habrá presumido, es un mozo compadrón y guitarrero y unos cuantos personajes más que tienen a su cargo rellenar los vacíos frecuentes que se producen en el movimiento de los personajes.

A simple vista se puede apreciar que el propósito permanente del señor Godel al escribir su obra no ha sido otro que el de acumular escenas reideras y chistes sueltos para dar amenidad a "Compadrón y guitarrero", siendo de justicia declarar que el público necesita muy poco para reir en el Buenos Aires.. Generalmente basta que se encuentre en escena Enrique Muiño.

La labor de dicho primer actor en la pieza que nos ocupa es muy eficaz y como siempre, puede asegurarse que su intervención es casi decisiva para el éxito del conjunto. Es un cómico experto que tiene el secreto de todos los recursos de su arte para emocionar y divertir, aunque sea pasando bruscamente de una a otra cuerda y sin mayor justificación en cuanto a la hilación de las situaciones.

Los demás componentes del conjunto cooperaron con su actuación ajustada y eficaz al éxito de la obra.

"LOS PARIENTES SON LOS PEORES", EN EL LICEO

Una pieza satírica, en la que la poca originalidad del asunto puede excusarse en gracia a las afortunadas ocurrencias del diálogo, ha sido estrenada por la Cooperativa de Actores del Liceo, con excelente éxito.

Trátase de los líos de familia que origina el inminente fallecimiento de un tío adinerado, cuya fortuna pasará a manos de los parientes que lo rodean y cuya situación angustiosa mejorará de ese modo. Pero resulta que el enfermo no muere y todos los planes quedan frustrados, reflejándose el desencanto en las actitudes y comentarios de todos. Aunque no de todos, pues una de las sobrinas ha sentido siempre un sincero afecto por el tío y ella recoge el fruto de su buena conducta y decide el perdón de los demás.

La compañía de Pierina Dealessi dió movimiento a la pieza, obteniendo un resultado halagüeño, si bien acentuó en forma exagerada la nota grotesca.

Se trata de una pieza interesante, que sale del repertorio común del teatro por horas.

GRAND SPLENDID

Las últimas novedades del film, en cuanto hay de meritorio e interesante en todas las marcas, serán las cintas con que ha sido formado el programa de la semana que empieza hoy. En esta sala todos son días de moda, a juzgar por la cantidad y calidad de su concurrencia, que hace de las funciones de esta sala verdaderas fiestas sociales, llenas de color, distinción y agradable entretenimiento.

GLORIA

En plena Avenida de Mayo, este cine es el más cómodo, además del más céntrico. Sus programas son inmejorables, con cintas de todos los géneros y siempre de lo mejor.

CINE PARC

En Palermo goza de la predilección de las familias, esta sala de la plaza Italia, que ofrece siempre novedades del país y extranjeras.

CAPITOL

Es un buen cine. Tiene comodidades y excelente orquesta.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 y 2 — Lindo traje y abrigo ejecutados con crespón de China color negro, liso, y crespón estampado de varios tonos. El abrigo rayado con grupos de pliegues.

3 y 4 — Traje de crespón de China negro estampado con florecillas blancas, y fondo confeccionado con crespón de China negro liso. El abrigo es de drapella negro cortado en dos direcciones y forrado con la misma tela del traje

A. García y Cía., Perú 1746